

Capítulo 16

Esperar la ausencia (1971-1976)

En diciembre de 1971, Lezama y María Luisa se ingresaron juntos en el pabellón José Elías Borges del Hospital “Calixto García”. A ninguno de los dos le gustaban los hospitales, pero los problemas cardíacos de María Luisa forzaron el alta, en la que jugó un papel importante la doctora Ada Kourí, esposa del entonces canciller cubano Raúl Roa.

Además de sus habituales signos de insuficiencia coronaria, desde octubre a la esposa del escritor le habían diagnosticado una lesión en la válvula mitral. Alejada de su familia, casi toda exiliada como la de Lezama, su dolencia cardíaca se agravó. La noticia de que su madre, de casi 90 años, empezaba a mostrar síntomas de demencia senil fue el detonante de la crisis, asociada también a un exceso de trabajo doméstico. En junio, tras unas gestiones del padre Gaztelu, el matrimonio había conseguido ingresar a Baldomera en el asilo Santovenia.¹ Todas las labores del hogar recayeron entonces sobre aquella “mujer de pelo en pecho”.

Las carencias de todo tipo se multiplicaban y las colas para comprar algo de comer se hacían interminables. Lezama, obeso y enfermo, no era de mucha ayuda. Hasta tal punto que cuando los doctores decidieron ingresar a María Luisa y le aconsejaron reposo absoluto, su esposo ingresó con ella: era incapaz de sobrevivir solo. Aprovechó para revisar sus bronquios y usar el hospital como un sanatorio con comedor, del que podía entrar y salir. Tener la comida garantizada no era un detalle banal en aquel momento. Del asilo de Baldomera, por ejemplo, Lezama decía envidiar los almuerzos, y aseguraba que su antigua niñera comía mejor que él.²

¹ Envejecida y casi sorda, Baldomera era más un estorbo que una ayuda en la casa. Tras la muerte de Rosa, se había vuelto difícil de manejar, y María Luisa se quejaba de que era insoportable, “peor que el comunismo”. Así lo cuenta Eloísa: “Cuando mamá murió y la esposa de mi hermano pasó a ser la señora de la casa, Baldomera no toleraba que suplantaran las costumbres de su ama. Ante cualquier cambio protestaba diciendo: —La difunta no lo hacía así. Y no obedecía sus órdenes”. (*Una familia habanera*, Ediciones Universal, Miami, 1998, pág. 81).

² “Eran ya tiempos de gran escasez de alimentos en Cuba y haciendo broma me decía que cuando veía la comida [de Baldomera] se hubiera quedado allí”. Eloísa Lezama Lima, *Una familia habanera*, edic. cit., pág. 82.

En carta a su hermana Eloísa, el escritor reconoce que a su esposa “el exceso de trabajo la ha ido agotando. Tiene un gran sentido del deber y yo me desespero, pues el asma me ha deteriorado mucho y desgraciadamente estoy imposibilitado para el trabajo doméstico”.³ Las opciones son pocas porque “no hay manera de conseguir una criada que nos trabaje por horas en la limpieza y, mucho menos, una cocinera”.⁴ A esas labores cotidianas “hay que sumar las colas para el pan, para la ropa sucia, para la tintorería, para adquirir los víveres en la bodega, etc., y eso la fatiga y la enferma de cuidado”.

El 25 de noviembre de 1971 falleció en Miami la madre de María Luisa, María Treviño, una misionera mexicana que había llegado a Cuba en noviembre de 1900, con 19 años, para fundar en Gibara y Banes, al oriente de la isla, sucursales del colegio cuáquero “Los Amigos”. La esposa de Lezama había crecido en una familia triste, marcada por la muerte temprana de dos hermanos; casi todos los parientes que le quedaban estaban fuera de la isla y el deceso de la madre los deprimió más. María Luisa (o “Cachita”, como la llamaban sus allegados), llevaba siete años junto al escritor, compartiendo sus penas, atendiendo todas las necesidades de aquella especie de niño grande, reforzando cada uno la fe del otro. Dominaba lo que Lezama llamó “el arte de las persianas”⁵, es decir, fungía de intermediaria del poeta en los tratos con el “exterior” y de muro protector contra las irrupciones de una cotidianidad acuciante. En la casa de Trocadero había conseguido hacer “de cada minucia un

³ José Lezama Lima: *Cartas a Eloísa y otra correspondencia*, Verbum, Madrid, 1998, pág. 164.

⁴ En esos años era muy difícil contratar una criada en Cuba. “Casi no hay sirvientas ni cocineras. Sólo en algunos casos en que una mujer se ha quedado por cariño sirviendo a una familia. No hay sirvientas en Cuba”, le dice Margaret Randall a Ernesto Cardenal (*En Cuba*, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1974, pág. 23). En una carta inédita a su hermana Eloísa (del 25 de noviembre de 1971), Lezama precisa que “no hay quien quiera trabajar en las casas y las exigencias son tantas y tales que hacen casi imposible la situación. Quieren que se les dé un cuarto y se les ponga en la libreta [de abastecimiento] y ya adquieren los mismos derechos. Ya no los puedes separar de la casa y tienen iguales derechos que los propietarios”. A principios de 1971, Lezama y María Luisa utilizaban los servicios de alguien que limpiaba y cobraba por horas, pero que, según palabras de Lezama “es muy informal y falta mucho”. También los ayudaba Beba, cuñada de María Luisa. Meses después, una vecina, Nélida, los ayudará en la casa a cambio de una módica cantidad.

⁵ En carta a Alfredo Lozano, de junio de 1971: “Como a mí me ha ayudado mucho mi matrimonio, pienso que es una solución para el artista en su madurez. Llega el invierno y hay que trabajar con las puertas cerradas y la mujer domina con exactitud el arte de las persianas, con el que rescatamos el mundo exterior en su momento de magna eficacia” (*Cartas a Eloísa...*, edic. cit., pág. 368).

sacramento”, diseñar un orden doméstico cuya ruptura Lezama percibía como una tragedia: “Si te atolondraras/ el firmamento roto/ en lanzas de mármol,/ se echaría sobre nosotros”, escribe en “La mujer y la casa” (1976). Dentro de aquel matrimonio tardío, María Luisa había asumido, además, el rol de las figuras femeninas ausentes: “Eres la hermana que se fue,/ la madre que se durmió/ en una nube frente a la ventana”. Son esas presencias las que “me levantan —dice el poeta en ese poema de 1972— todos los días/ para fortalecer la mañana/ y comenzar el hilo de la imagen”.

A diferencia de Piñera, que con su callejeo y su eterna jaba de jubilado bajo el brazo sentía una especial solidaridad con María Luisa (la camaradería de los que, como dice en un poema, ya sólo podían esperar el Juicio Final), Lezama tenía una vaga idea de las dificultades cotidianas que hacían cada vez más dura la vida del cubano. Sólo la más evidente, el racionamiento de la comida, lo preocupaba desde hacía años. Tomás Eloy Martínez cuenta que el escritor se le quejó, por ejemplo, de que a su edad no tenía derecho sino a un cuarto de litro de leche al día, y para completarlo debía apropiarse de la ración de Baldomera. “Mi naturaleza humana se nutre de los inocentes que tienen ya un pie en el Hades”, le dijo al periodista. “En este país fogoso solo hay leche para los mayores de setenta y los menores de siete; cifras cabalísticas, enigmas deuteronomícos. Yo, como viejo de 58, salgo a roer la leche ajena, cual sierpe gongorina”.⁶

Abroquelado en Trocadero 162, Lezama añoraba las opíparas comilonas de antaño y su único consuelo culinario eran las invitaciones a restaurantes que le hacían algunos diplomáticos y visitantes extranjeros. “Anote usted enseguida el gran pecado imperdonable de todos los tiempos: la despensa vacía, el caldero ocioso”, le ripostó en esa época a un periodista que le preguntaba, para chincharlo, sobre su propensión a la gula. Pero mientras su esposa reservaba en una modesta pizzería del barrio o se desesperaba tratando de conseguir algo para saciar aquel inmenso apetito, él bromeaba con sus visitantes sobre las colas

⁶ Tomás Eloy Martínez: “Último viaje del peregrino inmóvil”, en *La Nación*, Buenos Aires, 29 de septiembre de 2007.

para los víveres, comparándolas con “una larga trenza china” o “la interminable prórroga de poderes de Machado”.⁷

El doble ingreso en el hospital fue una solución de urgencia; los médicos le habían advertido a María Luisa que debía *compensarse*, estabilizar su salud con un descanso total si no quería sufrir un infarto. Los ánimos de Lezama se volvían cada vez más sombríos y varias de sus cartas a Eloísa de esa época reflejan una amargura cargada de viejos reproches: “Yo soy el que ha sufrido las consecuencias terribles de la dispersión de la familia —le escribe—, tengo que estar día y noche con María Luisa porque no hay un solo familiar que me reemplace. Lo hago con gusto, ella ha sido muy buena esposa y todo sacrificio me parece insuficiente, pero la muerte de Mamá me dejó muy quebrantado para siempre y me siento cansado”.

Esa carta de diciembre de 1971 es una de las más tristes que escribió Lezama. En ella parece asumir que ya no saldrá de la isla y que su función es custodiar arcones, huesos y cenizas: “Alguien tenía que guardar las bóvedas del cementerio, donde están nuestros padres y nuestros abuelos, guardar de cerca los recuerdos, las ropas, los cofres y todos los lugares en donde nuestra sangre dejó una sombra. Yo fui el guardián de la sustancia para la resurrección y tengo que sufrir las consecuencias y desgarrarme como el pelícano por el peso de la maldición”.

La metáfora del animal que alimenta a sus crías con la propia sangre muestra el nivel de angustia del escritor en esos años. Él mismo habla en otra carta de “estados depresivos, en los que la melancolía se une con el cansancio”. Esa zozobra se traslada a sus versos, donde se imagina “como una rana/ dentro de la botella” o nadando dormido “dentro de un tonel de vino/ (...) con las dos manos amarradas”. En la foto que le tomó Paolo Gasparini por esa época se le ve hundido, descolocado y frágil como un quelonio gigante cuya única protección o coraza son su casa y sus recuerdos. Ese evidente declive empezó a preocupar a sus amigos más cercanos.

⁷ Esos símiles burlescos aparecen citados por Manuel Pereira en su ensayo “El curso delfico”. Cito de una versión reciente, en la revista digital *Literal*, el 24/09/2020: <https://literalmagazine.com/el-curso-delfico/>

EL 8 DE DICIEMBRE, mientras María Luisa sigue ingresada en el hospital, Lezama recibe una carta en que la periodista Loló de la Torriente, su amiga desde mediados de los años 50, se excusa por no poder ir a verlos. Loló, que escribía con pseudónimo para *Bohemia* y pasaba temporadas en México, le pide que haga un esfuerzo para superar sus problemas:

“Todos tenemos dificultades pero las de algunos son más difíciles y hasta lucen insuperables. Sin embargo, Pepe, yo creo que tú debes poner de tu parte por solucionar por lo menos en parte, las incomodidades que te cercan. El hospital unos días no es solución. ¿Por qué no procuras, como te han ofrecido, trasladarte a una casa mejor situada (por ejemplo, en el Vedado) en donde nos sería más fácil entrar en comunicación más regular y en donde tú disfrutarás, con María Luisa, de un ambiente más acogedor? Verde y más amplitud de calle, comunicación más fácil. La Habana Vieja que es tu ámbito (y que a mí me encanta) ha resultado una zona muy desatendida y hasta deprime...”⁸

Que la misma persona que el año anterior, en un artículo para la revista *Cuadernos Americanos*, reconocía la importancia de la casa de Trocadero para Lezama (“hablan en los rincones de esta casita de Lezama Lima los fantasmas evocadores que fluyen en su literatura y poderosamente mandan en la vida del escritor”⁹), le proponga ahora acudir a “amigos que te estiman mucho y que pueden ayudarte a lograr un medio mejor para tu vida y tu trabajo” y optar por una vivienda nueva en el Vedado no deja de ser un poco contradictorio. Este exceso bienintencionado (“tal vez me estoy extralimitando en mi condición de amiga”, dice Loló) coincidía con una recomendación policial. “Un día se apareció inesperadamente un policía cultural y le sugirió que todos sus problemas podían ‘resolverse’ (...), hasta cambiar de casa. Lezama, por

⁸ Carta del 8 de diciembre de 1971, de Loló de la Torriente a JLL. En *Archivo de José Lezama Lima. Miscelánea*. Transcripción, selección, prólogo y notas de Iván González Cruz, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces S.A., Madrid, 1998, pp. 699-701.

⁹ Lolo de la Torriente, “Fiesta de Natalicio. En los 60 años de José Lezama Lima, en La Habana”, en *Cuadernos Americanos*, 29, 173 (6), México, nov.-dic., 1970, pp. 158-166.

supuesto, no accedió a los ambiguos y mezquinos ofrecimientos interesados del castrismo”, cuenta Armando Álvarez Bravo.¹⁰

Vale la pena reconstruir esta secuencia temporal: *visita de la Seguridad del Estado* para “aclarar algunas cosas” (el interrogatorio que cuenta Padilla); *mención destacada en el discurso donde Padilla se autoinculpa* (“ese miserable me ha llenado de mierda”, se quejó Lezama); *frustradas negociaciones o, al menos, ofrecimientos que Lezama no aceptó*, no sólo porque le horrorizaba la idea de mudarse sino porque sabía que, en algún momento, las autoridades le cobrarían esos favores reclamándole adhesiones políticas.

“Sé que sabes muy bien lo que quieres y no quieres —prosigue Loló en un tono medio críptico— pero hay veces, Pepe, que una nota nos da la clave de la claridad y nos obliga a oírla, atenderla y acogerla (...) Acaso tu aislamiento y soledad te sea algo necesario pero una cosa es la soledad cuando uno la vive y la goza por su pleno gusto, pudiendo romper su clausura, y otra cosa es tenerla por circunstancias insuperables (...) Estamos viviendo tiempos muy difíciles (ya de esto hemos hablado mucho) pero creo que hay que defenderse y buscar los medios de disponer de nuestras armas. Tú tienes muchas.”

Desde luego, el aislamiento de Lezama no era en lo absoluto voluntario. Su interlocutora podía imaginar, porque su amigo le había dado varias veces su opinión sobre el curso que había tomado la Revolución, que el escritor no estaba dispuesto a subirse a las tarimas de la cultura oficial a cambio de una casa o un carro con chofer¹¹. Aun así, trata de convencerlo para que haga lo mismo que ella: *integrarse* (“me ayuda en mi trabajo y en la tranquilidad de mi vida”). Al final de su carta, le ofrece prestarle al poeta un pequeño radio portátil “que coge estaciones extranjeras y por el cual se informa uno de muchas cosas”.

¹⁰ Armando Álvarez Bravo, en Gema Areta Marigó: *JLL. La palabra extensiva*, Verbum, Madrid, 2011, pág. 18.

¹¹ Lo del carro con chofer fue una petición que hicieron algunos amigos de Lezama al presidente Osvaldo Dorticós en 1970, según Ernesto Cardenal, “porque por su obesidad no puede viajar en los buses de La Habana que son los más atestados de gente que hay en el mundo. Sólo sale si un amigo que tiene carro se acuerda de él y lo lleva a alguna conferencia o exposición. (‘Es el escritor cubano de más prestigio internacional, y está enfermo, y es justo que tenga un carrito’, me dice Fina)”. *En Cuba*, edic. cit., pág. 213.

En enero de 1972, Cortázar le escribe a Lezama a través del periodista de Prensa Latina Haroldo Wall. Es el primer mensaje que recibe del argentino luego del escándalo internacional por la detención de Padilla. Recordemos que Cortázar había firmado el año anterior la primera carta de intelectuales a Fidel Castro en *Le Monde* y, tras los reclamos de Haydée Santamaría y Retamar, se retracta con explicaciones en su famosa *Policrítica a la hora de los chacales*.¹² Son esas las “circunstancias” a las que se refiere cuando le escribe a su amigo para confirmarle “un afecto que ni las circunstancias ni el tiempo pueden cambiar en lo que se refiere a ti, a María Luisa, a todos mis amigos cubanos, a Cuba y su lucha por un mundo mejor”.

A los males del recién concluido Año del Cerdo, Cortázar debe sumar un accidente de coche en Provenza y una caída en París (para esquivar una inmensa chimenea desprendida de un tejado) que, por suerte, sólo le provocó la rotura de dos costillas. “Ya ves que no lo pasé demasiado bien, máxime cuando mis opciones y definiciones en lo que se refiere a las cuestiones cubanas del mes de mayo no habían sido precisamente agua de rosas”, le explica a su amigo, antes de referirse a la *Policrítica...*, que, “habrás sabido leer como lees tú las cosas, yendo al meollo y comprendiendo mi sinceridad y mi angustia”. “Necesito decirte todo esto a ti —prosigue—, que no estás en el juego cotidiano de los avances y los retrocesos, así como te digo la alegría con que seguí el viaje de Fidel a Chile y sus repercusiones en nuestro Cono Sur”.

Lezama, en efecto, no estaba en el juego de desmarques y alineamientos políticos que provocó el arresto y la confesión de Padilla, pero sí había sido una de sus víctimas. Por supuesto, leyó horrorizado aquel engendro cortazariano, mezcla de poema revolucionario y petición de perdón (“Tienes razón Fidel: sólo en la brega hay derecho al descontento,/ Sólo de adentro ha de salir la crítica, la búsqueda de fórmulas mejores,/Sí, pero de adentro es tan afuera a veces,/ Y si hoy me aparto para siempre del liberal a la violeta, de los que firman los virtuosos textos/ por-que-Cu-ba-no-es-eso-que-e-xi-gen-sus-es-que-mas-de-bu-fe-te,/ no me creo excepción, soy como ellos...”). Como ha escrito Emir Rodríguez Monegal, “la adhesión y el poema reflejaban un estado emocional cercano al pánico”. O como le dijo Cabrera Infante a Octavio Paz, “había que

¹² Aparecida primero en mayo, en uno de los Cuadernos de *Marcha* (49, pp. 33-36) y luego en el n° 67 (julio-agosto de 1971) de *Casa de las Américas*.

tener corazón de concreto para no reírse de la *Policrítica* de Cortázar”.¹³ Pero a Lezama, cada vez más enclaustrado y relegado, aquellos versos no le dieron risa; sólo le confirmaron que había cosas de las que ya no iba a poder hablar con su amigo argentino.

Lorenzo García Vega cuenta que desde finales de los años 60, Lezama, “hablando *en intimidad* con Cortázar”, se había atrevido a hacer ciertas críticas al régimen. “Cortázar lo *paró en seco*, contestándole que *esas cosas eran inevitables, y que lo principal era la revolución*. ‘Estimé que replegar velas era lo más prudente’”.¹⁴ Esto coincide con una opinión que Manuel Pereira le oyó a Lezama: “Cortázar es un ingenuo en política”. Medio en broma y medio en serio, el cubano decía que su amigo padecía una envidiable enfermedad llamada *efebicia*, “que lo mantiene joven a cambio de que sus huesos crecen desmesuradamente”.¹⁵ La *efebicia* de Cortázar, ese síndrome del gigante con cara de niño, también servía para disculpar su candidez política.¹⁶

Sin embargo, a finales de 1968 el argentino captó las señales que le enviaban muchos de sus conocidos cubanos¹⁷ y tuvo la idea de escribir una carta privada de queja a Fidel Castro, “basándonos en una serie de informaciones

¹³ Otra opinión, en la misma línea, sobre el poema de Cortázar, es la que da Juan Goytisolo: “Cuando Cortázar mandó su texto, nuestra reacción fue de abrupta y frondosa incredulidad. El autor sutil de *Bestiario* y *Las armas secretas*, ¿podía haber escrito aquellos versos ramplones y zafios, que merecían figurar por méritos propios en una antología ucraniana o uzbeka de los tiempos benditos del zhdanovismo?// El 'poema', como dijo Marvel Moreno después de leerlo en la oficina de *Libre*, parecía 'un tango con letra de Vichinsky'.” Juan Goytisolo, *Memorias*, Península, Barcelona, 2002, pág. 504.

¹⁴ Lorenzo García Vega, *Los años de Orígenes*, Bajo la luna Editores, Buenos Aires, 2007, pág. 107.

¹⁵ Manuel Pereira: “Julio Cortázar: viaje al centro de la tierra”, en *Literal*, 08/03/2021: <https://literalmagazine.com/julio-cortazar-viaje-al-centro-de-la-tierra/>

¹⁶ “Lezama le confesó algunos de sus recelos políticos a Cortázar” —asegura también José Triana. “Pero Cortázar, al parecer, decía una cosa con Lezama y otra cuando estaba entre los funcionarios de la cultura cubana. A mí Lezama me llegó a decir: ‘Este es un ingenuo o un canalla, Pepe. Mira el poema que le ha hecho a Haydée’”. (Entrevista del autor con José Triana y Chantal Dumaine, en París, el 19 de enero de 2001).

¹⁷ Hay una clara crítica política en su fabulilla “Con legítimo orgullo”, incluida, como su ensayo sobre Lezama, en *La vuelta al día en 80 mundos* (1967). El relato cuenta la historia de un país dedicado a un extraño ritual: cada noviembre todos sus pobladores se entregan a la recogida de hojas secas, solo que en lugar de recogerlas directamente utilizan mangostas, luego de haber rociado previamente las hojas con extracto de serpiente. Todo esto parece una evidente alusión en clave a las UMAP y otros ejemplos de represión revolucionaria en los 60. Al respecto, véase el ensayo de Enrique del Risco: “Nitrógeno y mangostas: Julio Cortázar y la Revolución Cubana”, en *Hypermedia magazine*, 7/10/2019: <https://www.hypermediamagazine.com/critica/julio-cortazar/>.

fidedignas que nos han llegado últimamente”. La misiva estaría firmada por escritores que en ese momento estaban cerca de la Revolución (Vargas Llosa, Semprún, Juan Goytisolo, Carlos Fuentes...) aunque preocupados por los síntomas de represión interna y el apoyo de Castro a la invasión soviética de Checoslovaquia. “Se trata de conectarse mano a mano con Fidel, evitando la publicidad, que es inútil y contraproducente”, le escribe Cortázar a Vargas Llosa¹⁸. Ambos llegaron incluso a redactar un borrador, pero García Márquez los alertó de que la iniciativa no caería bien: “El texto, en efecto, me parece excelente. Creo, sin embargo, que no servirá de nada. Fidel contestará, con la mayor fineza que le sea posible, que lo que él haga con sus escritores y artistas es asunto suyo, y que por tanto podemos irnos a la mierda. Sé de buena fuente que está disgustado con nuestra actitud respecto a Checoslovaquia”. Tres años después, tras el arresto de Padilla, esa carta inconclusa será el embrión de la primera epístola de intelectuales a Fidel, con las consecuencias conocidas. Asustado ante la posibilidad de ser incluido entre los “enemigos de Cuba”, Cortázar prefirió disculparse públicamente en su *Policrítica...* y no volver a cuestionar, en público ni en privado, la política castrista.

Regresó a la isla varios años después (en mayo de 1976, por ejemplo, pasará todo un mes en La Habana). Para que se le volviera a permitir la entrada, primero tuvo que apostatar de su posición inicial sobre Padilla, renunciar definitivamente a la revista *Libre* en abril de 1972, declarar varias veces su apoyo al gobierno de Allende y formar parte del Tribunal Russell, que juzgaba la situación de los derechos humanos bajo las dictaduras militares en Latinoamérica. Al volcarse en esas causas, Cortázar recibió críticas de muchos de sus antiguos colegas, que lo acusaron de maniqueo: hacía fuertes condenas a la política exterior norteamericana y a las dictaduras de derecha pero olvidaba o minimizaba los problemas de gobiernos de izquierda como Cuba y, posteriormente, la Nicaragua sandinista. Tras el reclamo de Haydée Santamaría en 1971, pidiéndole que decidiera si estaba “con Dios o con el diablo”, Cortázar tomó el camino de una fe ciega en la Revolución, opción que mantuvo hasta su muerte, en 1984.

¹⁸ Hay más detalles sobre esta carta frustrada a Castro en un libro de Xavi Ayén: *Aquellos años del boom*, Debate, Barcelona, 2014, pp. 236-237.

EN MAYO DE 1972, Lezama recibe la primera buena noticia en mucho tiempo: ha ganado el Premio Maldoror de Poesía en Lengua Española, convocado por Barral Editores. Se otorgaba a obra publicada, pero con la pretensión de “elevar a lugar destacado a un poeta que aún no ha alcanzado aclamación universal”.¹⁹

Aunque el jurado incluía al propio Carlos Barral y otros colaboradores de la editorial²⁰, el proceso de concesión era bastante democrático: se consensuaban unos finalistas, que luego debían ser defendidos por cada miembro del jurado ante un público de importantes críticos y escritores (en esta ocasión estuvieron presentes, además de los diez jurados, intelectuales como Max Aub, Camilo José Cela, Guillermo Carnero, etc.), a la manera de un senado literario. El debate tuvo lugar en el Círculo de Bellas Artes de Palma de Mallorca. La votación, pese al desenfado con que un veinteañero Félix de Azúa le resume a Lezama el asunto,²¹ fue bastante reñida. Cinco jurados votaron por el ganador, otros cuatro por el poeta Ernesto Cardenal. Entre los finalistas estuvieron, además, Blas de Otero, Ángel González, Nicanor Parra, José Ángel Valente, Martín Adán y Alberto Girri. Lo ajustado del veredicto obedecía a una

¹⁹ Ver Carta de Carlos Meneses a Cintio Vitier, del 9 de mayo-Fondo JLL-BNJM 1238. El Premio se entregaba cada año con esta especificación: el impar iba a un poeta con trayectoria (el primero recayó en Octavio Paz), mientras que los años pares estaba dedicado a una obra inédita. Se trataba, sobre todo, de un galardón de prestigio, pues sólo incluía una medalla y la promesa de una antología con gran tiraje en Barral Editores. No se concurría, se era seleccionado. La vida del premio fue muy corta, apenas un par de años, lo mismo que el intento de independencia de Barral tras la muerte de Víctor Seix. Hay documentación y correspondencia sobre el premio en la notable investigación y tesis doctoral de Fernanda Bustamante, *El asmático insigne, monstruo de Trocadero. José Lezama Lima y José Agustín Goytisolo*, editada por Verbum (Madrid, 2017).

²⁰ Los diez jurados del premio fueron Félix de Azúa, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, José María Castellet, Caballero Bonald, Luis Rosales, el peruano Rodolfo Hinostroza, José Agustín Goytisolo, Carlos Meneses (como secretario) y Octavio Paz, ganador de la edición anterior, como Presidente (su voto llegó por correo). En esa misma ocasión también se entregó un premio especial al poeta catalán Gabriel Ferrater, que se había suicidado unos días antes. Según telegrama enviado por Barral, él, Castellet, Gil de Biedma, Azúa y Goytisolo dieron su voto a Lezama. Eran, también, los pocos españoles que conocían su obra poética, pues en España para esa fecha apenas estaba publicada la antología de Ocnos. En alguna carta, Goytisolo asegura también haber provocado “maquinaciones” entre sus compañeros de jurado.

²¹ “Félix de Azúa que actuó con éxito: defendió a Lezama Lima con entusiasmo, votó a Lezama Lima y ganó Lezama Lima. Como en los concursos de canciones, premio a autor e intérprete.” Esta frase se lee al pie en Carta de Félix de Azúa a JLL, enviada desde Barcelona, el 12 de mayo de 1972. [En *El espacio gnóstico americano. Archivo de JLL*, pág. 252]. En la misma carta hay una alusión política apenas disfrazada: “Si fuera más asequible la Isla, acudiría a conocerle, pero de momento es casi imposible llegar allí si uno no es un consagrado por la primavera, y yo estoy en pañales todavía”.

disputa estética, que fue luego resumida por el crítico y académico Guillermo Díaz-Plaja en un artículo de prensa.²²

Para Díaz-Plaja, que un poeta culterano se hubiera alzado con la “difícil victoria” sobre otro considerado como “poeta social” era un indicio de la intemporalidad de la poesía, arte necesariamente minoritario, alejado de las modas y orientado hacia la belleza como fin en sí mismo. “¿Y no representa su triunfo —escribe el académico—, por proceder de donde procede, una confesión de la crisis de la llamada ‘poesía social’, que parecía instalarse irreversiblemente en la moda de hace diez años?”.

El fallo fue el 5 de mayo y se anunció al día siguiente. Barral envió un telegrama a Lezama, y semanas después, el 31 de mayo, le comunicó que entregaría el premio al cónsul cubano en Barcelona para que se lo hiciera llegar.²³ Tan pronto supo que había ganado, Lezama envió otro telegrama a Azúa y, poco después, una carta a Meneses. “El premio me llenó de alegría —le dice— pues sé la forma libre y creadora en la que se otorga. Las gracias para todos aquellos que tomaron parte en ese torneo. La medalla de oro me la puede enviar con el Sr. Juan Torroba, que es el encargado de Negocios de España en Cuba./ Me gustaría saber el nombre de las cinco personas que votaron por mí para darle las gracias./ También me agradecería que me informase sobre otros extremos, tales como la publicación de la obra, la fecha de la edición y formato de la misma”.²⁴

Comenzó entonces una negociación a tres bandas (Lezama-Azúa-Barral) para editar la *Poesía completa*. Los españoles preferían una edición ampliada

²² “Notas a la actualidad cultural”, en *La Vanguardia Española*, 6 de junio de 1972, Barcelona, pág. 15. El artículo de Díaz-Plaja parece responder a otro, publicado antes por Baltasar Porcel en el mismo periódico: “Exclusivamente, poesía”, 17 de mayo de 1972, pág. 15.

²³ El cónsul cubano en Barcelona durante esos años, amigo de varias figuras de la llamada *gauche divine*, fue Manuel Estévez Pérez, un oficial de la Seguridad del Estado, con amplia carrera diplomática (Praga, Madrid, la Santa Sede, Portugal...) que llamó la atención de la CIA por considerarlo uno de los principales propagandistas de la Revolución cubana en Europa. Véase: <https://www.archives.gov/files/research/jfk/releases/104-10186-10391.pdf>. Estévez también aparece mencionado en las memorias de Roman Gubern, *Viaje de ida*, como el instigador del veto a Néstor Almendros, en la película de Glauber Rocha filmada en España *Cabezas cortadas*: “Su nombre se barajó para fotografiar *Cabezas cortadas*. Pero el cónsul de Cuba en Barcelona, Estévez, que había sido antes actor de teatro, me llamó para hacerme saber con energía que consideraba impropio que un cineasta progresista del Tercer Mundo, como Glauber Rocha, utilizase los servicios de un gusano como Néstor. Finalmente, por problemas sindicales, Néstor no fue elegido”.

²⁴ Carta de JLL a Carlos Meneses, 19 junio de 1972, en *Miscelánea*, edic. cit., pág. 519.

con material inédito; el premiado estaba impaciente y daba por definitiva la edición cubana de 1970. “Dan disculpas, dicen que les mande poemas inéditos para que la edición les dé a ellos jugosos dividendos. Pero ellos saben, o deben saber, que aquí no se pueden mandar obras al extranjero”.²⁵ Ante tanta demora de una publicación que debía ser parte del premio, Lezama primero se irritó y luego esperó “con la paciencia de un bonzo budista”, como le dice a Meneses en carta. El libro saldrá finalmente en febrero de 1975.

MAYO PARECÍA SER el mes de los laureles. Días después del Maldoror, llegó la noticia de otro premio, esta vez desde Roma. *Paradiso* había ganado el galardón del Instituto Italo-Latino Americano, uno de los más prestigiosos y mejor dotados de ese momento en Europa. Creado en 1969 para dar a conocer las obras de escritores latinoamericanos al público italiano, en el jurado estaban críticos de la talla de Giovanni Macchia, Guido Piovene y Angelo Maria Ripellino. Su monto, además, era sustancioso: tres millones de liras: 2 millones para el autor y un millón para los traductores. Lo de Lezama eran en esa época unos 3,500 dólares (unos \$16,000 al cambio actual) que le hacían mucha falta. Pero ni las liras ni los dólares llegaron nunca. El dinero lo recibió, como puede leerse en un artículo de *L'Unità* publicado el 18 de junio, el embajador cubano de esa época ante Il Quirinale, Salvador Vilaseca. A él también se dirigió el IILA para gestionar el viaje del escritor.²⁶

Sobrevino un inquietante mutismo oficial sobre el asunto. Tanto el dinero del premio como la posibilidad de un viaje a Italia, que había vuelto a ilusionar a Lezama, se diluyeron. Aunque escribe una carta de agradecimiento y varios cables a los organizadores, ninguno de esos mensajes parece haber llegado a su destino. Tampoco las invitaciones y felicitaciones desde Roma. “No he recibido la menor noticia interior ni exterior sobre el premio. Todo es muy

²⁵ *Cartas a Eloísa...*, 5 de septiembre de 1974, edic. cit., pág. 185.

²⁶ Véase la carta de Julio Macera dall'Orso, responsable del servicio de prensa del Instituto, fechada el 3 de febrero de 1972 y recogida en *El espacio gnóstico*, edic. cit., pág. 322: “Sobre su viaje estamos a la espera de las noticias que nos dará el Embajador Vilaseca o de comunicaciones directas suyas”. Vilaseca por cierto, conocía muy bien a Lezama, con quien había coincidido en la Facultad de Derecho de la Universidad, y en las protestas estudiantiles de los años 30.

raro”, le escribe a su hermana en diciembre de 1972. La explicación de este misterioso bloqueo de comunicaciones podría estar en algo que cuenta Valerio Riva en el documental *La otra Cuba* (1984) de Orlando Jiménez-Leal: “Yo recuerdo que le dieron en Italia un premio de un millón de liras, y con el premio querían que Lezama Lima hiciera un viaje a Italia, y él no vino, y el Embajador cubano en Roma nos contó que no venía porque tenía disturbios nerviosos”.

Aquella traducción italiana de *Paradiso*, la segunda de la novela a una lengua extranjera (salió en abril de 1971, un mes después de la edición francesa), no estuvo exenta de contratiempos. Apareció firmada por Valerio Riva y Arrigo Storchi, pero este segundo nombre encubría al conde Enrico Cicogna, que al final se negó a suscribirla porque, según él, estaba demasiado reelaborada y homogeneizada por Riva. García Márquez, del que Cicogna fue traductor al italiano hasta su muerte, cuenta cómo intentó ayudarlo a descifrar la prosa lezamiana. “Entre otras cosas, encontramos una frase cuyo sujeto cambiaba de género y de número varias veces en menos de diez líneas, hasta el punto de que al final no era posible saber quién era, ni cuándo era ni dónde estaba. Conociendo a Lezama Lima, era posible que aquel desorden fuera deliberado, pero sólo él hubiera podido decirlo, y nunca pudimos preguntárselo. La pregunta que se hacía Cicogna era si el traductor debía respetar en italiano aquellos disparates de concordancia, o si debía verterlos con rigor académico. Mi opinión era que debía conservarlos, de modo que la obra pasara al otro idioma como era, no sólo con sus virtudes, sino también con sus defectos. Era un deber de lealtad con el lector en el otro idioma”.²⁷ Al final, Riva y Cicogna no consiguieron ponerse de acuerdo, por lo cual se adoptó el pseudónimo como una solución de compromiso.

En cualquier caso, había sido Riva, director literario y cofundador de Feltrinelli, el “descubridor” y principal valedor de la novela. La editorial había tenido un gran éxito con la publicación de *El doctor Zhivago* (1957) de Pasternak y *Cien años de soledad* (1968). Durante esos años, Riva funcionó como puente entre la literatura del *boom* (García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa, Sábato, Donoso...) y los lectores italianos. Desde 1964 viajó frecuentemente a La Habana por encargo del director de la editorial,

²⁷ Gabriel García Márquez, “Los pobres traductores buenos”, en *El País*, 21 de julio de 1982. Incluida luego en *Notas de prensa (1980-1984)*, Norma, Bogotá, 1988.

Giangiaco, para conseguir unas *Confesiones*, autobiografía oral de Fidel Castro en primicia mundial, que saldría de varias entrevistas con los italianos arregladas por Carlos Franqui. Ese libro, por el que Castro recibió 25 mil dólares, nunca llegó a cuajar (al parecer, su protagonista se negaba a hablar del presente). Pero Riva no salió de Cuba con las manos totalmente vacías. También a través de Franqui había conocido a Lezama, en 1964. Empezó a traducir el manuscrito de *Paradiso*, y su intención era presentarlo en Italia como la mejor novela del *boom*. Por razones políticas, más tarde Riva se peleó con Feltrinelli y la novela acabó publicándose en Il Saggiatore, una pequeña editorial fundada en Milán por Alberto Mondadori. Se anunciaba como “Il più straordinario romanzo sudamericano”, llevaba como introducción el ensayo de Cortázar y de postfacio el poema de José Agustín Goytisolo, “Vida de Lezama”, una idea del propio Mondadori.

La crítica local estaba muy bien dispuesta hacia el escritor cubano desde que, años antes, fragmentos de *Paradiso* habían aparecido en varias revistas importantes.²⁸ Lo más notable fue la traducción del capítulo VIII que con el título “In collegio” salió publicada a finales de 1970 en *Nuovi argomenti*, que dirigían en ese momento Alberto Carocci, Alberto Moravia y Pier Paolo Pasolini. Así presentó Riva la novela en esas páginas:

“Este *Paradiso* del cubano José Lezama Lima no es sólo el fruto más extraordinario de esa literatura [latinoamericana]: es una de esas raras obras universales que han marcado el destino de la novela actual”. Lezama, a su vez, era descrito como “Orfeo de un mundo de piedras, caobas, vitrales, mármoles, ónices, plantas en búcaros, mosaicos y sombras enrejadas de persianas: un Valéry tropical, de interiores silenciosos y umbríos, donde el frescor salobre lucha con el caparazón algodonoso del tórrido (...) mundo pánico de la *brujera*” (sic).²⁹

²⁸ Los adelantos salieron en las revistas *Carte Segrete* y *Nuovi Argomenti*. El trimestral literario *Carte Segrete*, incluyó en el número de julio de 1967 la traducción de varios fragmentos de la obra lezamiana. En 1970, la revista literaria *Nuovi Argomenti*, dirigida por Carocci, Moravia y Pasolini traduce y publica el capítulo VIII de *Paradiso* con el título “In collegio”. Para algunos críticos, ese capítulo tuvo una gran influencia sobre Pasolini y las desinhibidas escenas eróticas de su novela póstuma, *Petrolío*, que se empezó a escribir en 1972.

²⁹ Valerio Riva, “Nota a *In collegio*”, en *Nuovi Argomenti*, n° 20, oct.-dic. 1970, pp. 56-58.

Otra gran valedora de Lezama y *Paradiso* en Italia fue la escritora Alba de Céspedes Bertini, hija de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, y nieta del famoso prócer de la independencia cubana Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, “Padre de la Patria” y primer presidente de la República en armas. Nacida en Roma en 1911, criada fuera de Cuba y residente en París, De Céspedes fue muy amiga de Arnoldo Mondadori y de su hijo Alberto. A partir de enero de 1968, viajó a menudo a La Habana. Como tantos otros intelectuales europeos, quedó fascinada con Cuba y con Fidel Castro, que la animó a que escribiera sus memorias cubanas, le inspiró el título (*Con grande amore*) y le otorgó en 1989 la orden Félix Varela por sus contribuciones a la cultura nacional. De Céspedes, que estuvo varias veces en casa de Lezama durante los setenta, se convirtió en una especie de embajadora cultural, bien vista tanto por las autoridades cubanas como por los principales editores italianos, a quienes solía hacer resúmenes entusiastas de las novedades literarias de la isla.

LA ALEGRÍA DE los premios quedó opacada por una dolorosa noticia: el 15 de mayo fallecía en Miami la hermana mayor de Lezama, Rosa. Después de la muerte de su madre, otra “gran desgracia” tocaba a la puerta del escritor.

Rosa Lezama Lima, casada a los 18 años, no había tenido un matrimonio feliz. Su esposo, Antonio Bustillo Ventura, había dilapidado la fortuna heredada de su padre, sobre todo en apuestas y carreras de caballos. Incluso después de haber tenido dos hijos (Ernesto Antonio, en 1928, y Marta Ana, en 1935), esa adicción al juego se mantuvo y un día tocó fondo: mandó a su hijo a cambiar un cheque sin fondos a un comercio cercano. Tras veinte años de matrimonio, Rosita empacó sus cosas, cogió a los niños y regresó a la casa familiar, con su madre y sus hermanos. Lezama, aunque era abogado, se negó a divorciarla.

Aquel matrimonio fracasado, en el que, según su hermana Eloísa, Rosa “soportó lo indecible”, dio un poco el tono trágico de la vida de aquella niña de colegio de monjas, criada para ser una buena esposa y ama de casa, siempre preocupada por el “qué dirán” en una época en que el divorcio acarreaba un estigma. Todos coinciden en su delicadeza; la recuerdan como una presencia

risueña y ligera, envuelta siempre en su preferida fragancia de violetas³⁰. Lezama la llamaba “la hermana abuelita” y la definía como “un espíritu puro, sencillo, bueno, incapaz de concebir el mal”. Su madre decía que tenía “bondad de lirio”, y su hermana Eloísa cuenta que en las celebraciones de Santa Rosa siempre le tocaba sentarse junto a la bobita de la familia, para entretenerla. Según su nieto Ernesto Bustillo, fue “la más humilde, la más infeliz”.³¹

“Ahora que ya está muerta —escribe Lezama a Eloísa a finales de mayo— su figura sencilla cobra inusitado tamaño. Qué vida de sacrificio. Qué honda capacidad para soportar el dolor. Desde muy joven empezó a sufrir y a desgarrarse, a chocar con la más despiadada vulgaridad, ella que tenía la pureza de una mañana tropical. Quizás ahora es cuando podemos empezar a darnos cuenta del tamaño exquisito de su bondad. Ese fue el misterio de su vida, su depurada capacidad de sacrificio”.

Tras su separación, Rosita se había ido a vivir un tiempo con su madre y sus hermanos, y otro con su cuñada, pero en septiembre de 1961, pocos meses después de que Eloísa y Orlando salieran del país, también ella partió al exilio. Las hermanas vivieron juntas en Miami, y en 1969, cuando Eloísa viajó a Puerto Rico para ejercer de profesora, fue como si se produjera una segunda escisión familiar. Ajena a los asuntos mundanos, incluido los literarios, Rosa se dedicó por entero a sus hijos y nietos. En 1970 se operó de diverticulitis y luego su salud empezó a flaquear. Cercada por la nostalgia, las cartas y conversaciones con su hermano eran una de sus pocas alegrías. “Buscó consuelo en él en muchos momentos”, cuenta su nieto. En una carta del 30 junio de 1971, Lezama trata de explicarle el dilema de tantas familias divididas de aquella época y de paso define su vocación literaria como un tipo de alegría superior:

³⁰ Véase también el testimonio de la hija de Rosa y sobrina del poeta, Marta Ana Bustillo Lezama, en entrevista hecha por Rolando Germán Santini: “Mi mamá era una persona muy callada, muy medida, muy religiosa. Él decía que mamá era como una violeta, que cuando le daba el sol se acurrucaba, y entonces por eso fue que él le puso en la novela [*Paradiso*] *Violante*”. Video del 2010: <https://youtu.be/-1xCNzv-IEQ>

³¹ Ernesto Bustillo y Sotolongo: “José Lezama Lima: mi semblanza personal”, Revista de la Arquidiócesis, La Habana, 14/02/2010. Ver también las dos cartas de Lezama a Rosa, fechadas en septiembre y diciembre de 1966, publicadas por la revista *Vivarium* en su número XXIX, La Habana, noviembre de 2010.

“Nunca podré ser un ser feliz, pues si tuviese la familia me faltaría la tierra, aunque realmente me conformo con muy poco, pero ya estoy convencido hasta colmar la copa que nunca podré ser feliz, pues soy de esa raza de los que siempre le falta la otra mitad. Toda mi vida he sentido un anhelo, un deseo, que ni yo mismo puedo precisar, pero que es tan poderoso que todavía basta para mantenerme en pie (...) Ni antes ni después, nunca he sido feliz, pero no obstante, me sentía arrebatado por una poderosa alegría, indefinible, intocable, siempre lejana, pero que ha sido el impulso de mi vida ¿afán de perdurar? ¿espejismos de la inmortalidad? Me río pero sigo machacando en hierro frío”.³²

Para atender a su hermana enferma, Eloísa pidió licencia en su trabajo y viajó de Puerto Rico a Miami. Fueron días difíciles, pues el agravamiento de la enfermedad trajo una fase de intensos dolores. La muerte de Rosa vino a agregarse al ya largo rosario de tristezas familiares. Para Lezama fue algo inesperado, pues aunque su hermana mayor “aludía constantemente a sus dolorines”, él no conocía su verdadero estado de salud; le llegaban, apenas, noticias de una convalecencia demasiado prolongada. En conversaciones telefónicas con su hermano, Rosa dejaba entrever señales de lo peor y le pedía que se apresurara a viajar para poder verse. En la última, le hizo un ruego que Lezama detalla en su dolorosa carta a Eloísa: “No olvidaré nunca su voz de ese día, me dijo con sencillez de siempre: ‘mi hermano, reza por mí’. Todas las noches lo hacemos”.

El íntimo duelo por su madre y su hermana provocó que Lezama reforzara esos últimos años su catolicismo y sus lecturas bíblicas, bajo la influencia de María Luisa. En una carta de respuesta al pésame de la profesora Edenia Guillermo por la muerte de Rosa, el escritor le asegura que “por nuestra fe nos queda la esperanza de volvernos a encontrar en el valle del esplendor, en el camino de la gloria el día de la resurrección”.³³

³² Esta carta de Lezama a Rosa estuvo inédita por mucho tiempo, hasta que una editorial madrileña, Del Centro editores, la incluyó en un estuche de lujo junto con el facsimilar mecanografiado del poema “La madre”.

³³ Carta de JLL a Edenia Guillermo, 20 de septiembre de 1972, en *Cartas a Eloísa...*, edic. cit, pág. 413.

Así, el “valle de sombra de muerte” del Salmo 23 (uno de los que, según carta de María Luisa a María Zambrano, Lezama y ella leían a menudo esos años), se vuelve su contrario: espacio de fulgor y consuelo. Vencidas las esperanzas terrestres, la resurrección parece ser la única manera de superar el dolor de tantas separaciones forzadas.

EN ESAS MISMAS fechas, Lezama encara otra triste evidencia: la fractura del antiguo cenáculo origenista, por culpa, entre otras cosas, de la política. Cintio Vitier y Eliseo Diego han firmado la *Declaración de escritores cubanos* contra la carta de intelectuales a Fidel Castro por el caso Padilla. Antes, Vitier ha participado en la recogida de tabaco cerca de Alquizar y en el corte de caña para el central Habana Libre. Esas experiencias, como le dice a Ernesto Cardenal, contribuyen a su conversión revolucionaria tras “ocho años de estar al margen y a la expectativa por un escrúpulo de conciencia religioso”. Asombran algunas de las opiniones de Vitier recogidas en el libro del cura nicaragüense: confiesa haber llorado cuando Fidel Castro anunció que los Diez Millones no iban (“¿será que Cintio habla así para que lo oiga el chofer?”) y asegura que tras ir a cortar caña, hacerse miliciano y firmar los manifiestos revolucionarios al fin lo ha “entendido todo”.

Otros origenistas, incluido Lezama, no comparten este entusiasmo del converso. Desde su exilio neoyorquino, Julián Orbón lee, indignado, la frase de Vitier a Cardenal sobre los fusilamientos de religiosos en La Cabaña.³⁴ También se las arregla para hacerle llegar a Lezama el número doble de la revista *Exilio*, publicado el año anterior³⁵, donde aparece su ensayo “José Martí: poesía y realidad”.

En ese texto, el creador de la versión más famosa de la *Guantanamera* dialoga y reconoce sus deudas con Lezama, Cintio y Fina pero, al mismo tiempo,

³⁴ Vitier le dice a Cardenal: “Allí [en La Cabaña] murieron muchos jóvenes idealistas en el paredón. Morían gritando ¡VIVA CRISTO REY! Creían que morían por Cristo y no sabían que estaban siendo utilizados por agentes de la CIA y batistianos. Eso es lo más triste”. Ver las “Palabras a Ernesto Cardenal” de Orbón, en *En la esencia de los estilos y otros ensayos*, edic. cit., pp. 159-161.

³⁵ Revista *Exilio*, n.º. 16-17, Nueva York, invierno-primavera de 1971.

polemiza con el reduccionismo de Ezequiel Martínez Estrada y su idea del “Martí revolucionario” asegurando que “junto a una idea trascendente de justicia llevan las revoluciones un peso de odio que aumentará a medida que los objetos intencionales se vayan alejando de las zonas de valor más altas”. El ensayo termina acusando a la Revolución de haber traicionado la esencia martiana al plegarse a las formas marxistas del peligro totalitario y recuerda la terrible división nacional, el desgarró que esa traición ha implicado:

“Como hace cien años, cientos de miles de cubanos vuelven a llenar Tampa, Cayo Hueso, Jacksonville, New York, México, Costa Rica, Venezuela, en la aciaga permanencia de un destino migratorio que parece estar en la entraña misma de nuestro ser. No buscaremos razones que nos llevarían a un maniqueísmo fatal; el destino más desgarrador, sea dado desde la prisión, desde el destierro, desde la muerte, desde la permanencia honesta en la actual vida política del país, lo da la horrenda división en sí misma. En medio de esta división debe estar, despedazado, como el cuerpo de Osiris, el cuerpo de José Martí.

Sólo creemos en la revolución que le envuelva de nuevo y le haga ‘casa’ a ‘todos sus cubanos’, en la revolución que no implique necesariamente, en un juego dialéctico infernal, la contrarrevolución cargada con los mismos males que la revolución que divide y odia”.

En su carta de respuesta a Orbón, Lezama le dice que el ensayo le pareció “magistral, por las sugerencias que entraña y por la forma que reviste”, y vuelve al espacio reconfortante de la nostalgia: “qué bien hubiera lucido en *Orígenes*, cómo hubiéramos celebrado tu triunfo. Es tan necesario que nos encontremos que tendrá que suceder”. Lo imposible posible, por esta vez, no alumbrará *potens* alguno, sólo dolor y lontananza.

El poeta también le pide a su “queridísimo amigo” que disculpe su silencio, le confiesa estar al borde de una depresión y reconoce que “si no fuera por mi buena esposa” hubiera caído en el desespero. “Ver cómo va desapareciendo nuestra familia, la lejanía de amigos como tú, a veces me llena de pavor”. Orbón, pese a disfrutar de su segunda beca Guggenheim, tampoco era feliz en Nueva York. Hay consenso en que, a pesar del reconocimiento

profesional que recibió en Estados Unidos, su capacidad creativa se vio afectada esos años por la lejanía de la tierra elegida como segunda patria.

Mientras Orbón y Lezama se cuentan sus respectivas angustias, Cintio ha sido autorizado a viajar a un coloquio sobre Martí en la Universidad de Burdeos (en mayo de 1972, vigilado de cerca por el mismo Guillermo Castañeda, alias “Gustavo”, que había interrogado a Lezama) y Gaztelu anda en visita familiar por España. Eliseo Diego ha iniciado labores como miembro de la comisión de publicaciones de la UNEAC y se dedica a recorrer la URSS: lo mismo se le ve en un homenaje a Pushkin en Moscú que en el Congreso de Literatura Soviética de la República de Uzbekistán. En Madrid, Gastón Baquero trabaja para el Instituto de Cultura Hispánica: edita en la sombra la revista *Mundo Hispánico* —donde solía publicar artículos con pseudónimo—, redacta discursos para las autoridades franquistas y colabora en el guión de *España, puerta abierta*, un documental del polaco Tad Danielewski sobre la esencia hispana, que acabará misteriosamente confiscado por la censura. Justo Rodríguez Santos, que en 1967 había sido expulsado de la UNEAC y enviado a trabajar a una plantación tabacalera antes de conseguir emigrar, pareciera la encarnación del “sueño americano” cuando en julio de 1972 se convierte en director general de publicidad de Goya Foods.

Pese a su conversión revolucionaria, las cosas para Vitier no serán fáciles. Varias de las tesis de *Lo cubano en la poesía* son abiertamente impugnadas por críticos como Mirta Aguirre y Nancy Morejón.³⁶ En octubre de 1972, Cintio decide renunciar a la dirección del *Anuario Martiano* ante el bando de censura (“discrepancias con un funcionario”, explica él mismo en una entrevista con Arcadio Díaz Quiñones) dictado contra Lezama Lima, Manuel Pedro González e Ivan Schulman: ninguno de los tres podía ser citado, ni siquiera en una nota al pie. Él y Fina son trasladados de la Sala Martiana a un pequeño cubículo del segundo piso de la Biblioteca Nacional, dirigida a partir de entonces por Luis Suardíaz. Más tarde, entre 1974 y 1975, Vitier deberá esperar a que una comisión ideológica autorice la edición mexicana de su libro *Ese sol del mundo moral*, que no se publicará en Cuba hasta 1990. Las objeciones de los censores

³⁶ Para un análisis detallado de las objeciones de ambas a Vitier y el origenismo, véase el cuarto capítulo del libro de Duanel Díaz, *Los límites del origenismo* (Editorial Colibrí, Madrid, 2005), en especial las páginas 217-219.

conciernen, sobre todo, a sus páginas sobre José de la Luz y Caballero, Julián del Casal y, de nuevo, Lezama Lima.³⁷

En medio de esa realidad hostil, Lezama regresa al ideal del llamado “ceremonial origenista”, ahora adornado con los ribetes de la nostalgia. Cuando el joven poeta Luis Rogelio Noguerras le pide que rinda testimonio de aquella empresa para un trabajo crítico que prepara sobre Eliseo Diego, Lezama le envía “Un día del ceremonial”³⁸, donde tras explicar “la necesidad casi fanática que teníamos de hacer revistas” declara que “lo característico de la generación de *Orígenes* es que casi toda su tripulación se salvó. Se salvaron, más porque eran buenos nadadores que por un tablón de apoyo o una súbita calma”. A la hora del balance, aquella aventura colectiva se equipara a una expedición marítima que consiguió superar los embates de una meteorología adversa. En esas páginas también se habla de la amistad “como un misterio y una decisiva fuerza aglutinante”, se critica “aquel vivir banal y tonto” de los años republicanos y se califica a *Orígenes* de “gesta” excepcional que había lanzado revistas y libros como “corpúsculos de irradiación” en medio del vacío.

Aquel “ceremonial de la amistad”, sin embargo, no casaba bien con el creciente exilio, y de ahí la angustia que sentía Lezama ante la salida del país de amigos cercanos como Orbón, García Vega, Carlos M. Luis y Alfredo Lozano. Esta escisión entre los destinos de los antiguos origenistas, que en los años 70 vieron su estética arrinconada por una serie de anatemas marxistas,³⁹ fue parte

³⁷ Arcadio Díaz Quiñones, “Conversaciones con Cintio Vitier, 1979-1980”, en Arcadio Díaz Quiñones y Cintio Vitier, *La memoria integradora*, Editorial Sin Nombre, San Juan, Puerto Rico, 1987, pág. 125. El “funcionario” en cuestión fue el tristemente célebre Luis Pavón Tamayo, por entonces presidente del Consejo Nacional de Cultura, que hizo numerosas objeciones al número 5 del *Anuario* preparado por Vitier. Entre ellas la prohibición explícita “por razones obvias” de mencionar el nombre de Lezama Lima que aparecía en un artículo de Cintio: “En torno a la poética de los *Versos libres*”. Otras molestias del censor (enlistadas en una carta del 17 de octubre dirigida al entonces director de la Biblioteca Sidroc Ramos) eran las menciones al filósofo Teilhard de Chardin, al italiano Ferruccio Rosi-Landi, al “gusano” Carlos Ripoll y un artículo de Enrique H. Moreno Plá sobre el encuentro en La Mejorana entre Martí y Maceo. Todos los detalles de la censura y la renuncia en un artículo de Félix Julio Alfonso López, “*Ese sol del mundo moral: agonía y eticidad cubana*”, publicado en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, Año 112, nº 2, 2021, pp. 156-174.

³⁸ Ese texto permaneció inédito hasta su inclusión, póstuma, en *Imagen y posibilidad* (Letras Cubanas, La Habana, 1981), antología preparada por Ciro Bianchi.

³⁹ “Al imponerse en la crítica y la historiografía literarias las tesis de los críticos comunistas, en los setenta *Orígenes* fue completamente marginado como parte de la lucha contra el ‘formalismo’, la ‘evasión’, el ‘hermetismo’ y el ‘apoliticismo’, etiquetas que la doxa histórico materialista convirtió en verdaderos anatemas”. Duanel Díaz, en *Los límites del origenismo*, ed. cit., pág. 217.

de un proceso más profundo de división nacional, bien descrito por Orbón en su ensayo sobre Martí. En medio de ese proceso, Lezama se siente fatalmente atrapado: su fama aumenta en el extranjero, pero en la isla, que es donde ha querido estar y destacar, su voz ha dejado de existir. Una vez más, lo ronda la maldición de un equívoco insalvable, un desencuentro entre la poesía y la historia. Al final de su carta a Orbón, tras presumirle al amigo sus recientes premios en Europa, remacha con una confidencia amarga: “Pero ya esas cosas, ¿qué nos importan?”.

EN EL VERANO de 1972, Virgilio Piñera cumple 60 años, y Lezama le dedica un poema, donde alude y riposta a otro, “El resultado” (rebautizado en 1967 como “El telegrama”)⁴⁰, que Virgilio le había escrito diez años antes, tras leer *Paradiso* y reconciliarse con su autor. El poema de Lezama se abre con “un pistoletazo en el violáceo azufre”, señal para un pacto entre ángeles y demonios, “buscando el gran ojo primigenio”. Si antes Virgilio se había atribuido el papel demoníaco y Lezama el angélico, ahora la búsqueda de la sabiduría los hermana. Uno se había movido “rápido como el alfil”; el otro saltó, “como el caballo oblicuo”. Pero resulta que, al final, el poeta endemoniado y el angélico buscaban lo mismo. Parejamente relegados, ahora son los que no pueden salir de la isla. En los últimos versos del poema, el ojo de ese ciclón simbólico se junta con el mar, y el tablero de ajedrez se convierte en un tablón de naufragos: jugando lo terrible, se encuentran “el bien y la ausencia”. Con la ironía cariñosa de esa comunión remisa, Virgilio ha sido poéticamente perdonado.

Entre 1970 y 1972 (las fechas y los manuscritos son cambiantes), Piñera también escribe otros dos poemas explícitamente dedicados a Lezama: “Bueno, digamos” y “Un duque de Alba” que tienen un aire similar de quejoso balance

⁴⁰ Es curioso comparar las dos versiones que hizo Piñera de este poema, dedicado a Lezama. En la primera versión (fecha en 1962, según su poesía completa) Piñera lloraba sobre el hombro de su antagonista preferido unas “lágrimas negras” que se quedaban en su pechera, como joyas de rencor. Lágrimas negras para un alma negra. La otra versión —manuscrita en el “Libro de los amigos” de Trocadero— es de mayo del 67, cuando ya ha salido *Paradiso* y la vieja porfía que los separó un buen tiempo ha quedado saldada por la grandeza indiscutible de Lezama, ante la cual Piñera rinde su rencor. Sin embargo, ahora es Lezama el que llora en el hombro de Piñera y sus lágrimas, como diamantes negros, caen sobre la pechera del *enfant terrible*. Hermoso ese final de reconciliación cristiana, partiendo el pan de la gloria.

generacional. En el primero, Virgilio despliega un orgullo irónico y se autoeleva con un raro “nosotros” a la altura de su antiguo contrincante:

Bueno, digamos que hemos vivido,
no ciertamente —aunque sería elegante—
como los griegos de la polis radiante,
sino parecidos a estatuas kriselefantinas,
y con un asomo de esteatopigia.
Hemos vivido en una isla,
quizá no como quisimos,
pero como pudimos.
Aun así derribamos algunos templos,
y levantamos otros
que tal vez perduren
o sean a su tiempo derribados.

Detrás de esa vanidad atemperada está el subtexto de otro rasgo común: ambos escritores han decidido permanecer en la isla y pagado el precio por ello:

Alzamos diques
contra la idolatría y lo crepuscular.
Hemos rendido culto al sol
y, algo aún más esplendoroso,
luchamos para ser esplendentes.
Ahora, callados por un rato,
oímos ciudades deshechas en polvo,
arder en pavesas insignes manuscritos,
y el lento, cotidiano gotear del odio.

Ciudades en ruinas, manuscritos vueltos ceniza, odios rezumados de enemigos consuetudinarios: en la lectura que hace Piñera de su circunstancia sólo la memoria de otros tiempos parece servir de consuelo:

Mas, es sólo una pausa en nuestro devenir.
Pronto nos pondremos a conversar.
No encima de las ruinas, sino del recuerdo,
porque fíjate: son ingrátidos
y nosotros ahora empezamos.

Sin embargo, en el otro poema de ese mismo año, “Un duque de Alba”, la relación entre ambos amigos está vista en un tono más amargo, con evidente sorna. El poema gira sobre la imagen del mencionado duque que “por más de veinte años” permaneció echado en su cama: “Entre la mugre de sus detritus/ y la lepra de un amor desdichado,/ veía salir el sol y ponerse,/ veía como una tumba más la noche”. Ejemplo de tozudez, el aristócrata del poema recuerda eternamente el olor a azahar de su amada a pesar de la fetidez cotidiana que lo envuelve; es alguien que vive, por así decirlo, de la fragancia del pasado, entregado a una causa que, por absurda que parezca, resulta preferible a la de quienes, también “con mugres y millones de lepras”, son simples víctimas calladas de su entorno:

A este duque de Alba, tan feliz,
lo envidiamos noblemente,
nosotros, en edad asolada
por la tecnocracia y la desconfianza.
Este duque de Alba tenía un solo
pensamiento, una idea, pero suya.
Lo iba gastando,
y al mismo tiempo enriquecía.
Pero nosotros, en varias camas,
con mugres y millones de lepras,
entre planes y simulaciones,
ya no sufrimos nada.
Nos permiten tomar pastillas,
y callar.

Fina García Marruz ha dicho que a Piñera “lo seducía el teatro que llevaba una situación cotidiana, por repetición, aumento y humor negro, hasta el grotesco”, y que a “ellos”, al núcleo duro de *Orígenes*, los seducía, en cambio, “ese momento en que una cotidianidad es visitada por la gracia”. No hay dudas de que el ambiente sofocante de los 70 (“No me han dejado ni un huequito para respirar”, dice Arrufat que repetía Piñera) favorecía la primera estética.

Virgilio, excluido para entonces de la cultura oficial y condenado a traducir del francés autores africanos o vietnamitas, fue de los visitantes habituales de Lezama durante esos años “de grisura y atonía” (Arrufat). Acompañado siempre de aspavientos y equívocos, polémico y mordaz, nunca complaciente. Prats Sariol lo recuerda, por ejemplo, en una de esas visitas, *circa* 1974, quejándose de un pisotón sufrido en una guagua y discutiendo con Lezama sobre Paul Claudel.⁴¹

Su talento amargo se muestra también en un texto que debe corresponder al año 72 o 73, en ocasión de haber sido invitado al santo de Lezama, un 19 de marzo. Allí Piñera compartió con el doctor José Luis Moreno del Toro y su esposa Onilda, el poeta y dramaturgo José Triana y su esposa Chantal, el pintor Umberto Peña, el arquitecto Armando Bilbao, el dramaturgo Armando Suárez del Villar y, tal vez, el historiador Manuel Moreno Friginals. En esas páginas, tituladas “Una velada bajo la advocación del santo José”, Piñera despliega toda su ironía y se burla sin compasión del ritual de adoración del Maestro en el que él mismo no ha tenido más remedio que participar:

“Después de las efusiones de rigor, después de un breve intercambio de impresiones, después de preguntarse y contestarse por los respectivos estados de salud de cada cual y sobre todo de la del Maestro y de su esposa María Luisa, se abre la sección poético-fotográfica de la *soirée*. Ya es *violin obligato* en estas amables veladas de santoral que el poeta Triana declame, con voz de Stentor, unas décimas al Maestro, digamos unas diez, lo cual arroja un resultado apreciable de cien versos, que todos escuchan extasiados, y más que todos el Maestro que obligado está a un éxtasis mayor por razón de

⁴¹ José Prats Sariol: “La galaxia Lezama”, en *La Habana 1952-1961. El final de un mundo, el principio de una ilusión*. Jacobo Machover ed., Alianza Editorial, Madrid, 1995, pág. 134.

que esas décimas le han sido dedicadas con motivo de su santo patrón y además por ser dueño de casa y consecuentemente anfitrión”.

Sigue la descripción del ambigú, con especial regodeo en los selectos postres, y se pasa después a la sección fotográfica, a cargo de Bilbao:

“Aquí todo un problema de *preséances*: quién se immortalizará con el Maestro; por supuesto todos afirman a una que el otro Maestro, el Piñera, si no tan glorioso al menos tan viejo como el Maestro número uno. Así pues, el lente mágico del arquitecto Bilbao toma al Maestro número uno y al Maestro número dos, ambos sentados, como dos caguamas filosóficas, calentándose con el sol de los muertos y el o menos muerto sol de la gloria literaria”.

Después de las fotos de los maestros llegan las fotos de grupo, y Piñera, empalagado de tanta cortesanía, se imagina dentro de una noche implacable, sepultado “en un polvo impalpable, no precisamente de estrellas, sino de ese otro, tan feo, llamado ceniza”:

“Ahora la velada se ha cambiado de agradable en pompeyana, ya la lava empieza a ascender y casi llega al borde de los sillones, pero no habrá catástrofe pues el santo patrón José hace tiempo que tiene probados sus diez y seis cuarteles de inmortalidad. Así pues, más *liqueur*, más noche, más coco, más fruta bomba, más fotos. Hasta que llegue la extremaunción”.

Incluso después de reconciliado con el “Maestro número uno”, Piñera seguía siendo Piñera.

EN OCTUBRE DE 1972, el historiador Manuel Moreno Friginals, le propuso a Lezama pasar una semana en el valle de Viñales, en Pinar del Río.⁴² Friginals, que conocía a Lezama desde principios de los años 40, se volvió en los setenta

⁴² El valle, por cierto, es el escenario de un extenso poema de Lezama, “El arco invisible de Viñales”, recogido en *La fijeza* (1949), que empieza con una escena costumbrista: un muchacho que vende a los turistas estalactitas de las numerosas cuevas de la zona y guarda en una botella llena de cocuyos los centavos que gana por cada venta.

uno de sus amigos más cercanos. Era de los pocos que podían visitarlo sin avisar, y del círculo, aún más reducido, que conseguía sacarlo de su casa. Así lo hizo, por ejemplo, en mayo de 1975, cuando lo llevó en silla de ruedas a una retrospectiva del pintor Mariano Rodríguez en el Museo de Bellas Artes, para la que el poeta había prestado algunas piezas de su colección personal.

Moreno Friginals y Lezama tenían una relación curiosa, basada en una común pasión por la cultura cubana, pero desde perspectivas muy diferentes. Diferencia que incluía los credos políticos: por esos años, Lezama era un apestado y Moreno Friginals una firma habitual en todos los manifiestos y cartas de intelectuales revolucionarios. “Creo que lo que más nos unió fue que desde el principio estuvimos en contradicción”, recuerda el historiador. “Lezama fue lo que se puede llamar un idealista; yo, en cambio, pertenecía ya a la juventud comunista del Partido Socialista Popular. Dentro de la esfera política, no había posibilidad de entendimiento. Él se interesaba por la literatura. Para mí, ésta ha constituido siempre un deleite, no una profesión”.

Tras la publicación de *El Ingenio* (1964) y, sobre todo, de su ensayo “La historia como arma” (1966), Friginals se convirtió en paradigma del historiador marxista cubano. Era muy crítico con una visión criollista de la historia nacional y trató de rebatir lo que consideraba el mito de “la burguesía como grupo creador de la nacionalidad”.⁴³ A Lezama, por supuesto, le parecía que reducir la

⁴³ Al final de “La historia como arma”, un ensayo dedicado al Che Guevara y publicado en la revista *Casa de las Américas* en 1966, se lee: “Quien no sienta la alegría infinita de estar aquí en este mundo revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como el, creador de nueva vida, está incapacitado para escribir historia. Y quien, sobre todas las pequeñas rencillas personales, no sienta su deber moral de entregarlo todo por la Revolución y esté consciente de las taras que arrastra y que no debe transmitir; quien en esta hora no sienta el deber de crear; quien no sienta el deber de estar aquí aunque sea simplemente quemándose como leña en este fuego; quienes no estén más allá de tu libro y el mío, de te-escribo-la-nota-de-tu-libro para que luego tú-me-escribas-la-nota-de-mi-libro, jamás podrán ser historiadores”. Esta ferviente declaración de fe revolucionaria se fue debilitando con los años, y Moreno terminó exiliado y desencantado en Miami, donde murió en el 2001 (lo cual, según su propia teoría de los años 60, debería descalificarlo como historiador). En su prólogo a *Oppiano Licario* y su testimonio sobre Lezama recogido en *Cercanía...*, todavía incurre en interpretaciones oficialistas. Critica al “oportunista” Padilla, habla de “un plan para provocar que el autor de *La fijeza* desertara de las filas revolucionarias” y culpa de su marginación a “tres o cuatro funcionarios ineptos, envidiosos, y resentidos”. “Aquello significó un desplome para él, que creía lo habían dejado solo sin tener culpa. Entonces yo estreché mis relaciones con Lezama, y fue esa la época de mayor lucha mía con él, pues me di a la tarea de ponerlo en el camino de la verdadera realidad. Sabía como era y me le impuse como una especie de padre o de hermano mayor, si bien cronológicamente yo era menor. Iba a visitarlo dos o tres veces por semana. Otras personas acudían también a su casa por ese tiempo; algunos porque el poeta se había puesto de moda, otros porque lo estimaron realmente, y unos pocos porque querían ganarlo para las filas enemigas, aunque fue en vano: el ‘caso Lezama’ no podía crearse”.

historia a aspectos económicos y cuantitativos era una gran limitación, así que solía aleccionar a Moreno y le soltaba frases como ‘¿Por qué no haces un estudio cualitativo de la historia de Cuba? ¿Por qué no un estudio ético?’, “como si viera en mi apego a los números y la economía una especie de dios malo”. Pese a la disparidad de opiniones, sus frecuentes y francas discusiones nunca llegaron al conflicto personal. “María Luisa, su esposa, se asombraba de que nos quisiéramos tanto y, sin embargo, nos dijésemos tantas barbaridades. Lo hacíamos, eso sí, con un respeto profundo y mutuo”, asegura Moreno.

Aunque disfrutaba con aquellas polémicas y las bondades de la erudición lezamiana, a Moreno le encantaba, además, otra característica de su interlocutor: Lezama era, recuerda, “el más sabroso y divertido contador de chismes que conociera La Habana”.

Por eso, cuando se tuvo que operar de cataratas, y la UNEAC o alguna otra institución oficial le consiguió una reservación en el hotel Los Jazmines, Moreno pensó en extender la invitación a su amigo y aliviar su evidente depresión. “Era sabido que si dejaban a mi padre en la Habana, cogía calle rápido y la operación hubiese sido un desastre”, comenta su hija, que por ese entonces estudiaba Física en la Universidad de La Habana.

“Mi madre [la arquitecta Beatriz Masó] estaba trabajando. Por eso, nos fuimos para Los Jazmines Lezama y María Luisa papá y yo (...) En Viñales, Lezama y papá se pasaban todo el día en lo que me gusta llamar ‘la maledicencia’, ese arte de hablar mal de todo el mundo, específicamente de otros intelectuales. No te vayas a pensar que Lezama hablaba de ello como escribía poesía. Nada de eso. La maledicencia se entiende siempre. La suya era muy comprensible. Yo los dejaba en lo suyo y me iba para la piscina”.⁴⁴

El viaje, aunque breve (el valle está a sólo 180 km al oeste de La Habana) no fue un simple trámite. Lezama estaba feliz de poder salir de La Habana y, al mismo tiempo, tenía miedo a romper su rutina. “Salimos hacia Pinar del Río, y cuando íbamos por Artemisa me planteó que necesitaba regresar a su hogar”, cuenta Moreno. “Yo me negué, le armé un gran pleito y le quité al incidente el carácter

⁴⁴ “Un humanista muy singular”, entrevista de Julio César Guanche y Joan Casanovas Codina con Beatriz Masó: <https://www.sinpermiso.info/textos/el-otro-ingenio-el-complejo-vital-cubano-de-manuel-r-moreno-fraginals>

dramático que él quiso darle. Cuando llegamos a Viñales, nos encontramos con una comida exquisita, cosa que como se sabe, era una de sus grandes debilidades. Pasamos allí una semana deliciosa. Su habitación daba al valle y desde la misma se apreciaba un espléndido paisaje”.

En esa condición de sibaritas criollos también coincidían Moreno y Lezama. “Con él podías pasarte horas enteras hablando de cómo se hace el mejor cusubé, o qué distingue el sabor del anón del de la guanábana. Cocinar no sabía, y yo bromeaba con él acerca de ello; pero hablaba como el más experto chef”. Y aquí el historiador desliza uno de sus reparos de marxista: “Fue muy hábil para probar el gusto, la textura, mas no para pararse ante el fogón”. Lezama bien pudo haberle ripostado con una teoría cromático-palatal: aseguraba que las gradaciones del verde que derramaban los mogotes y los pinos enanos de esa región —esos ejércitos shakesperianos— le abrían el apetito. “Cuando se lanzaba en este tema, su capacidad para levantar una carta sideral de la sensualidad gastronómica cubana era imponente”, cuenta Pereira.

Otro de los diferendos entre escritor e historiador era cierta visión romántica que siempre tuvieron los origenistas de la cultura colonial cubana. Para Moreno, en cambio, La Habana evidenciaba, a través de una pobre arquitectura colonial, su historia de plaza fuerte y tierra de paso. “Éramos la ciudad más fortificada de América, y la más atrasada y plagada de vicios” — escribe en un interesante *Diario* de 1945. Nada más alejado de aquella Habana fundacional, sacralizada por el verbo lezamiano. Los dos también podían enredarse en una disputa sobre los verdaderos intereses patrióticos de la sacarocracia o la autenticidad de la primera obra literaria cubana, *Espejo de Paciencia*, del canario Silvestre de Balboa, que a Lezama le parecía una inmejorable metáfora inaugural y a Moreno un texto dudoso, lleno de anacronismos. Quizás saldría a colación el periplo cubano de la novelista sueca Fredrika Bremer en 1851, embelesada por la flora y la fauna de la isla, o el viaje de García Lorca al mismo mirador en el que ahora conversaban los amigos. Eruditas y rebuscadas pullas iban y venían, pero nunca faltaban las risas de dos criollos que sabían conservar la etiqueta.

Tampoco cuesta imaginar aquellas sesiones de maledicencia, centradas en una figura que tanto Lezama como Moreno Friginals detestaban: el historiador Julio Le Riverend, por entonces viceministro de Educación.

Pudieron haberse mofado, también, de las simpáticas pifias que un joven Moreno había detectado en una conferencia del pintor Diego Rivera, exaltando unos inexistentes “frescos griegos” o “tumbas de esclavos egipcios”. Esos días, las carcajadas de ambos resonaban en todo el hotel.

El 20 de octubre, Lezama le escribe a su hermana desde el mirador de Viñales, “que es, como tú recordarás, uno de los sitios más bellos de Cuba”. “El valle luce todo su esplendor y su gracia esbelta. Sentirse instalado frente a él es sentir el peso de toda la historia de Cuba, la que no se hizo, la que se quedó en posibilidad potencial y parece que va a irrumpir como un chorro de luz”. Instalado en “los placeres de la contemplación”, el poeta encuentra un raro momento de calma frente a “una inmensa gama de verdes, de azules cúpricos, por donde parecen saltar hilachas de oro y todo parece como si adquiriese alas y se precipitase en incesante parábola de la tierra al cielo”.

Aquel calmo valle salpicado de mogotes se convirtió en su benéfica Arcadia. “Me era muy necesaria esta salida al campo”, confiesa a su hermana, en uno de los raros paréntesis a su desolación epistolar de esos años. También le avisa de que ha recibido (icuatros meses después!) la medalla de oro del premio Maldoror, en la que aparecen grabados los emblemáticos delfines de Barral. “Con qué honda alegría Mamá la hubiese visto, pero yo recuerdo que ella me decía siempre: cuando llegue el triunfo yo ya estaré muerta. Así ha sido, pero nosotros creemos en lo invisible y veo su preciosa mirada de alegría”.

La estancia en Viñales dejó, según recuerda Moreno, momentos gratos. Una de esas tardes, el historiador advirtió a su hija Beatriz, que solía bromear con Lezama, del momento privilegiado que estaba viviendo: “Un día, cuando pasen muchos años, podrás contarle a tus hijos que has estado compartiendo con una verdadera gloria de la literatura mundial”. Lezama se emocionó hasta las lágrimas con esas palabras.

EL PRESTIGIO INTERNACIONAL de Lezama seguía creciendo. A Trocadero llegaban visitantes de todo el mundo, desde unas estudiantes eslovacas pastoreadas por Retamar (a las que Lezama interroga sobre Rodolfo II de Habsburgo) hasta el pintor español Antonio Saura, en busca de un texto para su catálogo. El cubano se cartea con viejos amigos (como María Zambrano) y con

escritores y críticos de España y Latinoamérica (Octavio Paz, Severo Sarduy, Rodríguez Monegal, Julio Ortega, Efraín Huerta, José Emilio Pacheco, José Ángel Valente...). Su nombre llegó incluso a aparecer en las quinielas para el Nobel de Literatura.⁴⁵ Pero en la isla esa creciente atención internacional no siempre lo beneficiaba.

A finales de 1973, Jorge Edwards publica en Seix Barral su libro-testimonio *Persona non grata*, donde narra los detalles de su breve estancia en Cuba durante 1971 y su posterior expulsión de la isla. Allí aparece un Lezama marginado y desafecto, que se queja del hambre y advierte al diplomático chileno sobre los peligros del “modelo cubano”. El libro fue inmediatamente censurado, tanto en Cuba como en Chile.

La muerte de Allende, en septiembre, había sido recibida en Cuba como una gran tragedia continental. Mientras Fidel Castro daba un discurso en el que declaraba al presidente chileno muerto en combate, Lezama prefirió suscribir la versión de su suicidio, interpretado en clave pitagórica como una inmolación que conducía al “logro de la totalidad de la persona”. Ese texto, titulado “Suprema prueba de Salvador Allende” y fechado en abril de 1974, es uno de los pocos en que Lezama se refiere a la actualidad política:

“La delicadeza de Salvador Allende lo convertirá siempre en un arquetipo de victoria americana. Con esa delicadeza llegó a la *polis* como triunfador, con ella supo morir. Este noble tipo humano buscaba la poesía, sabe de su presencia por la gravedad de su ausencia y de su ausencia por una mayor sutileza de las dos densidades que como balanzas rodean al hombre. Tuvo siempre extremo cuidado, en el riesgo del poder, de no irritar, de no desconcertar, de no zarandear. Y como tenía esos cuidados que revelaban la firmeza de su varonía, no pudo ser sorprendido. Asumió la rectitud de su destino, desde su primera vocación hasta la arribada de la muerte. La

⁴⁵ Dice María Zambrano en carta a Agustín Andreu (del 22 de junio de 1975): “Durante decenios he luchado para que le publicaran en revistas y editoriales. Sin lograrlo más que en las revistas en que yo tenía parte. Lo propusieron para el Nobel hace dos años”. En una entrevista que le hizo Ernesto González Bermejo (“De las penas y amores del Premio Nobel”, *Triunfo*, Num: 632 Año XXIX, 09-11-1974, pp. 58-59), Artur Lundvisk, el único de los 18 miembros de la Academia Sueca que dominaba el español, fue preguntado por las posibilidades del Nobel de los cubanos Lezama y Carpentier. Al parecer, prefería al segundo. En su respuesta, califica la poesía de Lezama de “demasiado hermética” y agrega que “no se sabe si escribirá más novelas”.

parábola de su vida se hizo evidente y de una claridad diamantina, despertar una nueva alegría en la ciudad y enseñar que la muerte es la gran definición de la persona, la que la completa, como pensaban los pitagóricos”.

Es bastante obvia aquí la alusión a un liderazgo de izquierdas diferente del castrista. “No sólo en la interpretación de la muerte de Allende —dice Rafael Rojas— sino en su lectura de la política del socialista chileno, Lezama procedía en sentido contrario a Fidel Castro en su famoso discurso. Cuando Lezama se refiere a la “delicadeza” de Allende, está recurriendo a la clásica contraposición entre *fidelismo* y *allendismo* o entre socialismo totalitario y socialismo democrático, que manejaron muchos escritores latinoamericanos —Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y Jorge Edwards, entre otros—, partidarios de la ‘vía chilena’ y críticos de la ‘stalinización’ de Cuba, tras el caso Padilla”.⁴⁶

Una prueba de que ese texto sobre Allende no fue bien visto en Cuba está en los archivos de la Seguridad del Estado de Alemania Oriental. El 13 de septiembre de 1974 la Stasi recibe del Ministerio del Interior cubano la solicitud de censurar el artículo, que era parte de una antología sobre Allende que iba a ser publicada por la editorial Mitteldeutscher Verlag, con sede en Leipzig. En la nota se precisa que “el autor del artículo es un enemigo de la Revolución cubana y del socialismo”.

Semanas después, el 10 y el 18 de octubre de 1974, la Stasi informa a la Seguridad del Estado cubana que el nombre de Lezama tampoco aparecerá en un ensayo de Julio Cortázar sobre Pablo Neruda, previsto para editarse en la primavera de 1975. El director de la editorial germano-oriental comunicaba a la policía política la decisión de sacar a “Lima” del libro porque había “traicionado a su pueblo”.⁴⁷

Las últimas publicaciones de Lezama en revistas cubanas habían sido algunos poemas de lo que será *Fragmentos a su imán*: siete en el número 11 de

⁴⁶ Rafael Rojas: “El Allende de Lezama y la vía chilena”, en el blog *Libros del crepúsculo*, 18/03/2016: <http://www.librosdelcrepusculo.com.mx/2016/03/el-allende-de-lezama-y-la-via-chilena.html>

⁴⁷ Véase “Operativo Órbita”. La Stasi y la Seguridad del Estado de Cuba contra Lezama Lima”, una entrada del blog del investigador Jorge Luis García Vázquez, *Conexión Habana-Berlín*, fechada el 29/07/2016. <https://stasi-minint.blogspot.com/2016/07/operativo-orbita-la-stasi-y-la.html>

la revista *Unión*, en marzo de 1972, y otro, “Antonio y Cleopatra”, en el número de *Casa de las Américas* correspondiente a julio-agosto de ese mismo año. Pero a partir de 1973, el veto a Lezama se vuelve férreo.

En junio del 73, por ejemplo, le cuenta a su hermana que él y María Luisa recibieron una invitación del Fondo de Cultura Económica para viajar a México pero “no se pudo resolver el asunto de la salida”. Lezama llevaba muchos años intentando ese viaje, que le permitiría encontrarse con Eloísa. Una invitación de la UNAM de 1970, propiciada por el poeta Efraín Huerta, acabó en nada. Otro segundo intento, en diciembre de 1971, como invitado a una conferencia de Leopoldo Zea, tampoco tuvo éxito. Con renovado optimismo, en mayo de 1973 Lezama le explica a Huerta que ha recibido al fin invitación del FCE pero “yo le he dicho que las gestiones hay que hacerlas aquí para que me autoricen la salida. Si lo logran, iría a saludarlo...”.⁴⁸ Por lo visto, no lo lograron.

Otra anécdota con implicaciones policiales es la que cuenta Virgilio López Lemus: en una de sus visitas a Lezama a mediados de 1972, acompañado de los también estudiantes de Letras Jesús Barquet y Heriberto Pagés, vio entrar en Trocadero “a dos jóvenes a arreglar un desperfecto telefónico no reportado, antes bien, Lezama les indicó que su teléfono no tenía nada, pero aún así los jóvenes hicieron esto y lo otro y se fueron enseguida. El poeta protestó por la rudeza del trato, pero su esposa le dijo: ‘Lezama, son dos chicos obreros y no intelectuales como estos jóvenes’”.⁴⁹ No es demasiado arriesgado concluir que esos reparadores de imperfectos inexistentes eran obreros, pero del espionaje.

Mientras se refuerza la vigilancia sobre Lezama, crece su lista de invitaciones frustradas: “me han invitado el Instituto Latinoamericano de Cultura [de Roma], la casa editorial Alianza Editorial, a un congreso a México, pero todo se queda en el aire... Supongo que algún día cuajará y, entonces, podremos vernos. ¡Vale la pena tener esa esperanza en la vida!”.

En noviembre de ese año, el hijo de Efraín, David Huerta, que por entonces trabajaba en el FCE, le escribe de nuevo a Lezama para insistir en la posibilidad de un viaje patrocinado por esa institución: “Si [Jaime] García

⁴⁸ Carta de JLL a Efraín Huerta, mayo y 1973. “Efraín Huerta-José Lezama Lima: Correspondencia”, en *Crítica*, N° 41, ene.-feb. 2011, Puebla, pág. 32.

⁴⁹ Virgilio López Lemus: “El Lezama Lima que yo conocí”, incluido como “José Lezama Lima visitado” en *Elogio de los poetas*, Ediciones Luminaria, Sancti Spíritus, 2016.

Terrés o yo pudiéramos hacer algo para que usted viniera, díganoslo con toda confianza. ¿Habrá quizá que hablar con alguien de la Embajada de Cuba en México o escribirle a algún funcionario del Ministerio de Cultura? Sería maravilloso tenerlo a usted unos días entre nosotros, escucharlo, conversar de tantas cosas”. Invitación similar le hace, a mediados de 1973, Luis Rosales para que Lezama participe en un curso del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid titulado *La literatura hispanoamericana comentada por sus creadores*: “Se trata de pasar quince días en España con viaje y estancia pagadas, y además, acompañado aquí por muchos y buenos amigos.// Decídete a venir y dime qué trámites oficiales tengo que hacer para resolverlo. Tengo gran ilusión en ello”.

Todas esas oportunidades de viaje entre 1972 y 1973 fueron vetadas. En octubre de ese último año, Lezama recibe en su casa al escritor y diplomático Mario Martínez Sobrino. Antiguo abogado, Martínez Sobrino había sido miembro del Servicio de Inteligencia Militar en el gobierno de Batista, pero pronto se sumó a la Revolución. Según el testimonio de Rogelio Llopis, el escritor también devino informante de la policía política castrista “a fuerza de estar casado con una agente de la Seguridad: Carmen Villar”.⁵⁰ Aunque con apariencia de pleitesía literaria, la visita de Martínez Sobrino tiene toda la apariencia de un control policial; es posible que Lezama también aprovechara para indagar sobre sus viajes frustrados con alguien del MINREX.

EL 2 DE ENERO DE 1974, Cortázar vuelve a escribirle a Lezama desde París para felicitarlo por año nuevo, comentarle la “tragedia chilena” y ofrecerle el envío de medicinas a través de la valija diplomática. Se cartea también con Gregory Rabassa para celebrar la aparición de *Paradiso* en inglés. Un amigo (al parecer, Pablo Armando Fernández) le ha contado que visitó a Lezama un día en que estaban rompiendo la calle y el escritor tenía un fuerte ataque de asma. “¿Cómo está, maestro?”, preguntó el visitante, antes de recibir la típica *boutade* lezamiana: “Pues aquí me tienes, con mi chaleco mozartiano en pleno apocalipsis wagneriano”.

⁵⁰ Rogelio Llopis Fuentes: “Testimonio de un apestado”, en revista *Mariel*, año I, n° 3, otoño de 1983, pp. 23-25. Curiosamente, Villar, que era sobrina de María Villar Buceta e hizo carrera como periodista oficialista luego de estudiar en la escuela Manuel Marquez Sterling, fue una de las pocas novias que tuvo Lezama en su juventud.

La edición en inglés de *Paradiso*, en la laboriosa traducción de Rabassa, representó otra alegría para Lezama, que gracias a Eloísa se mantuvo al tanto de las reseñas del libro en la prensa norteamericana: una de Edmund White en *The New York Times*, donde la novela era catalogada de “obra maestra”, lo complació; otra, de Michael Wood en *The New York Review of Books* (“no estoy convencido de que *Paradiso*, incluso en español, sea la obra maestra que mucha gente cree que es (...) Se trata más bien un monumento derrumbado, un gran hito fallido, hundido en las arenas de la colosal autocomplacencia de su autor”) le pareció dogmática y sombría, llena de “simplificaciones ridículas”.⁵¹ En cualquier caso, ninguna opinión crítica sobre la novela podía influir tanto sobre la vida del escritor en ese momento como la nota que aparecía en la sobrecubierta de la edición de Farrar: “As *Paradiso* contains no political implications, no mention of the revolution, and frank discussion of homosexuality (a taboo topic in Cuba), Lezama has not been favored by the regime since the time of its publication”. A su pesar, Lezama había pasado a convertirse en un escritor disidente.

La prueba definitiva de esa disidencia no ha de buscarse en las páginas de Lezama sino en los archivos del Departamento de Seguridad del Estado del Ministerio cubano del Interior. Después del “caso Padilla”, todos los intelectuales cubanos cayeron bajo sospecha. Sobre ellos planeaba la sombra de un nuevo concepto policial: el llamado “diversionismo ideológico”, tema al que Raúl Castro dedicó su discurso del 6 de junio de 1972, con motivo del oncenavo aniversario del MININT.

El “diversionismo” era una especie de Proteo multiforme: lo mismo servía para fundamentar cargos contra la llamada Microfracción que para discriminar a religiosos y homosexuales o descalificar a intelectuales “revisionistas”. Como bien ha analizado Duanel Díaz⁵², ese término es una

⁵¹ Edmund White: “Four ways to read a masterpiece”, en *The New York Times Book Review*, 21 de abril de 1974, pp. 515-516, y Michael Wood, “Purgatorio”, en *The New York Review of Books*, 18 de abril de 1974, pp. 14-16. La reseña de Wood suscitó incluso una réplica del traductor, que se sintió obligado a romper una lanza por Lezama y recordó que el título de la novela tenía que ver no sólo con Dante, razón por la cual el crítico llamaba “pomposo” al escritor, sino con la descripción de Cuba hecha por Cristóbal Colón.

⁵² Véase Duanel Díaz: “¿Qué es el diversionismo ideológico”, en *Palabras del trasfondo. Intelectuales, literatura e ideología en la Revolución cubana*, Colibrí, Madrid, 2010, pp. 119-164.

versión de “lo real bajo forma juzgada”, y aparece siempre asociado a un amplio léxico descalificador, que muta en función de las necesidades represivas. De entrada, como deja bien claro Raúl Castro en su discurso, los diversionistas utilizan las artes del engaño, “los métodos sinuosos, la perfidia, el fariseísmo y la simulación a que han apelado los ideólogos burgueses en el último decenio para criticar al marxismo desde posiciones supuestamente marxistas”. A partir de Padilla y de las reacciones suscitadas en el extranjero por su encarcelamiento, ya no debemos creer lo que afirmen los intelectuales, ni siquiera aquellos que se digan de izquierdas. Toda esa tipología cultural y política de los años 60 ha quedado anulada, sumergida en una gran paranoia: los intelectuales son vistos como simples marionetas y la cultura como un campo de batalla; el enemigo último es la CIA, y como ella lo utiliza y lo disfraza todo, también todo es susceptible de ser impugnado en el tribunal revolucionario.

Sabemos ya, luego del trabajo del investigador Jorge Luis García Vázquez, que existió un “Caso Órbita”, llevado “contra el escritor diversionista JOSE LEZAMA LIMA”, posiblemente paralelo o posterior al “Caso Iluso” abierto contra Heberto Padilla. Esa referencia a un expediente abierto a Lezama por la Seguridad del Estado apareció primero en un folleto de 1974⁵³ que, como sostiene Díaz, parece la “demostración gráfica” de aquel discurso de Raúl del 72.

Tras un exergo tomado de esa intervención del ministro de las Fuerzas Armadas (“El diversionismo ideológico, arma sutil que esgrimen los enemigos contra la Revolución”), está la lista de las “evidencias” policiales repartidas en tres salas de muestras y un cuarto de proyección: folletos publicados en EE.UU., propaganda religiosa, libros de René Dumont, K. S. Karol y un ejemplar de *Persona non grata* de Edwards; revistas pornográficas, juegos infantiles, programas radiales, obras “diversionistas” premiadas en concursos nacionales por jurados extranjeros, libros y publicaciones del grupo asociado a la revista *Pensamiento Crítico* y un largo etcétera. Todos eso junto a los restos de material explosivo utilizado en atentados contra sedes diplomáticas cubanas en el

⁵³ El folleto, de 18 páginas, lleva las marcas de los archivos secretos de la época comunista (“MfS” o *Ministerium für Staatssicherheit*, abreviadamente, Stasi; “ZAIG” o uno de los departamentos de la Stasi, el Grupo Central de Análisis e Investigación) y también el sello de los archivos consultables del poscomunismo: “BStU”, siglas de la oficina para la preservación de los fondos de la Stasi.

extranjero. Y allí estaban también, como parte del expediente del “caso ÓRBITA”, algunos manuscritos confiscados a Lezama.

Según Antonio José Ponte, ese folleto “fue el programa de mano de una exposición abierta al público en La Habana de 1974 y organizada por el Ministerio del Interior cubano”.⁵⁴ Hubo exposición del MININT, pero nunca estuvo abierta al público porque era una muestra exclusiva para los representantes de los servicios de inteligencia de los países socialistas, reunidos en La Habana con ocasión de un Seminario sobre el Diversionismo Ideológico.⁵⁵

Gracias al abarcador archivo de la Stasi, podemos sumar a ese folleto otra contundente evidencia, hasta ahora inédita: unas páginas del informe que presentaron los servicios cubanos de inteligencia en ese seminario. En él también se menciona a Lezama como parte de un supuesto entramado de “elementos” enemigos de la Revolución y de una campaña propagandística “contra la política cultural y el prestigio de la Revolución”:

“La celebración del Congreso de Educación y Cultura, que resumió y organizó las opiniones de las masas en relación a la necesidad de una cultura socialista y cuya resolución final es una amplia plataforma de trabajo que constituye la política cultural de nuestro Estado, convence a estos elementos de la necesidad de modificar sus métodos, los que se tornan más sutiles.

Tras unos meses de espera, continúan desarrollando su trabajo dirigido a mantener figuras de algún renombre real o fabricado como centro de posibles conflictos, esta vez en la persona del escritor José Lezama Lima, autor de procedencia católica, de extracción pequeño-burguesa y plenamente definido como enemigo ideológico de la Revolución.

Para esto publican sus obras en varios idiomas, le otorgan premios literarios en el exterior y le dedican artículos y comentarios, situándolo

⁵⁴ Antonio José Ponte: “Lezama en los archivos de la Stasi”, en *Diario de Cuba*, Madrid, 10/06/2011. https://diariodecuba.com/cultura/1307701546_1423.html

⁵⁵ Ningún ejemplo mejor de la visión policiaca de la cultura que la coincidencia del Seminario de los servicios de inteligencia con otro encuentro, la Sexta Reunión de Ministros de Cultura de los países socialistas, celebrada en mayo bajo el lema “El Arte, un arma de la Revolución”. Allí se escucharon discursos de Luis Pavón, Juan Marinello y Belarmino Castilla. Los participantes del Encuentro hicieron una visita a la Casa de las Américas, donde fueron recibidos por Haydee Santamaría.

intencionalmente en distintas publicaciones como candidato al Premio Nobel de Literatura”.⁵⁶

De pronto, una nueva preocupación se cernía sobre el horizonte de guerra ideológica del MININT: por su creciente prestigio internacional y alguna carambola de la Academia Sueca, un escritor cubano, “de procedencia católica, de extracción pequeño-burguesa y plenamente definido como enemigo ideológico de la Revolución”, podía ganar el más prestigioso de los premios mundiales de Literatura. Había que hacer cualquier cosa para impedirlo.

Se comprende entonces por qué se ignoraron los premios de Lezama, por qué se le mantuvo bajo vigilancia y por qué todas las invitaciones extranjeras que le llegaron durante los años setenta fueron vetadas con saña por el gobierno cubano. Aquel ostracismo no fue resultado de la desidia administrativa ni de la voluntad de algunos burócratas resentidos, sino política de Estado a cargo del Ministerio del Interior.

Mientras tanto, ese mismo 1974 a Lezama le seguían lloviendo propuestas de viaje:

“La universidad de la Aurora, en Cali, Colombia, me invitó al IV Congreso de la Narrativa Hispanoamericana, con tal de que diera una charla o una conferencia con otros dos escritores. Llegaron los pasajes aquí a La Habana, pero el resultado fue el de siempre: no se me concedió la salida. Ahora recibo otra invitación del Ateneo de Madrid, para dar unas conferencias. Siempre acepto, pero el resultado es previsible.

Yo estoy ya en un momento de mi vida en que me hace falta viajar, ver un poco de otro paisaje. La resonancia que ha tenido mi obra en el extranjero, me permitiría hacerlo. Pero la Ananké, la fatalidad está ahí, con su ojo fijo de cíclope.”

Esta *ananké* también tenía, por lo visto, un delegado en el servicio de correos. En su carteo con el poeta español José Ángel Valente, Lezama le pide un ejemplar de la edición que, con la ayuda de María Zambrano, ha hecho Valente

⁵⁶ Informe secreto, hoja número 12. Clasificación del Fondo o Signatura de archivo: BA MfS ZAIG 6083 d. Cortesía de Jorge Luis García Vázquez.

de la *Guía espiritual* de Miguel de Molinos para Seix Barral. En enero de 1975, el poeta gallego confirma a Lezama que le ha enviado el libro desde Ginebra, pero meses después, en julio, Lezama le explica que la *Guía* “fue decomisada, según comunicación que recibí. Parece que, al leer la palabra *espiritual*, se entendió que hacía referencia a la metapsíquica, o vulgo espiritismo, y que era una obra para los numerosos discípulos de Allan [Kardec]. Ya ve Usted que Molinos sigue ganando batallas, se aniquila o lo aniquilan”. Valente se indigna con la noticia:

Me entristeció, en cambio, la suerte ahora reservada a Molinos, tan parecida en el fondo a la que tuvo hace doscientos años casi. ¿No pasa el tiempo? ¿Hay un elemento horrible en la historia, que —bajo faces cambiadas— mantiene [como] apelación su identidad impositiva? ¿Es ese elemento el que hace que la historia si lo fuera de sí misma sea redimible? Pensé, primero, en hacer público comentario de este episodio de la larga cadena de las aniquilaciones. Pero supuse, después, que el comentario podía resultar inconveniente.

La idea de que su interlocutor pueda denunciar públicamente el decomiso asusta a Lezama, que en carta posterior a Valente le pide que “no comente lo de Miguel de Molinos, por motivos obvios. Bástenos saber que sigue dando batallas”.⁵⁷

A finales de 1974, después de haber viajado mes y medio por Europa con su esposo en una excursión organizada por la Universidad de San Juan, Eloísa decide operarse de la misma enfermedad que había aquejado a su hermana Rosa: diverticulitis. Pasará dos veces por el quirófano, en octubre de 1974 y en abril de 1975.

Esos últimos años, Lezama vive a la espera de noticias e imaginando a través de sus lecturas (*El hombre sin atributos* de Musil, o el *Diario* de Paul Klee, por ejemplo) el ancho mundo que se le resiste: “Me parece que vivo esas existencias maravillosas, mientras permanezco, aunque con disgusto, inmovilizado, pues en el año pasado y en éste he recibido como seis invitaciones

⁵⁷ Véase Rafael Rojas: “José Lezama Lima y la aduana del silencio”, en *Rialta*, 7/09/2020: <https://rialta.org/jose-lezama-lima-y-la-aduana-del-silencio>. La correspondencia entre Lezama y Valente ha sido editada y comentada por Javier Fornieles en: *José Ángel Valente y José Lezama Lima, Maestro Cantor. Correspondencia y otros textos*, Espuela de Plata, Sevilla, 2012.

para viajar a España, a México, a Italia, a Colombia, y siempre con el mismo resultado. Me tengo que quedar en mi casita, hasta que Dios quiera. Estoy aburrido y cansado”. “Mi hermano estaba loco por salir” —confirma Eloísa. “Y ella, ni se diga. María Luisa estaba desesperada. Me dijo: ‘Estamos atrapados como ratas’”.⁵⁸

Aquel que antes presumía de “peregrino inmóvil”, se siente ahora cada vez más frustrado, reducido a viajar a través de los cuentos que su hermana le hace de las ciudades europeas por las que va pasando (Madrid, París, Londres, Lisboa...) en sus vacaciones. Tras rezar por la salud de su hermana le tocará evocarla en el nombre de un ciclón sobre el que ese otoño del 75 hablan los noticieros cubanos: “Decían los periódicos ‘Eloísa se dirige hacia Cuba’, y por lo menos simbólicamente te vimos llegar y comunicarnos tu alegría de siempre”.

Eloísa ha hecho su periplo europeo con cierto sentido de culpa (“pensé que ese viaje le correspondía a él”). Coincide en Madrid con varios amigos de Lezama: Cintio y Fina, Parajón... pero no da detalles de esos encuentros en las cartas a su hermano para no comprometer a los que viven en la isla. Ahora llama por teléfono a La Habana con más frecuencia y sigue haciendo gestiones para facilitar un hipotético viaje de Lezama. Dos nuevas invitaciones al escritor (de la Universidad de Madrid para un curso sobre el barroco, y a un homenaje a Alfonso Reyes en México en mayo de 1975), no obtienen respuesta, pero la esperanza de que se produzca un milagro sigue en pie. Lezama sigue esperando. Los días se le escurren en la monotonía hogareña, mientras escribe sus últimos poemas. Una bronquitis, un intercambio de fotos y chismes familiares, relecturas, algún paquete con ropa que sufrirá el peaje del decomiso, una recepción en la embajada de España donde coincide con Dulce María Loynaz, un invierno cruel que lo obliga a acopiar sábanas y frazadas...

Mientras Lezama le confiesa abiertamente a su hermana que “estamos muy solos y el cerco se aprieta cada vez más”, sus parientes viven a la espera de que el gobierno cubano autorice los viajes de reunificación familiar. Orlandito, el hijo de Eloísa, ha cumplido la mayoría de edad y lleva tiempo con ganas de visitar la isla de la que tanto le han hablado sus padres. Primero, el viaje se frustra por las operaciones de Eloísa, y luego por un accidente automovilístico,

⁵⁸ Véase la entrevista con Eloísa que aparece en el documental de Iván González Cruz, “José Lezama Lima: la cultura como resistencia” (Generalitat Valenciana, 2003).

en junio de 1975, que deja al joven con collarín, “con esa posición de almirante japonés que otea el horizonte”. La noticia del accidente estremece a Lezama: “Yo vivo siempre como en acecho de esas cosas pavorosas”, le escribe a su hermana.

La perspectiva de ver a su sobrino y ahijado alegre, pero también inquieta a Lezama, que en mayo de 1976 trata de explicarle a Eloísa por qué recibir al joven en Trocadero 162 no es buena idea: “Tengo en mi casa muy pocas comodidades y él es un muchacho acostumbrado a vivir muy bien. El segundo cuarto tiene un colchón viejo y destrozado. Hay que bañarse con jarritos”.

ESPERAR ES LA PALABRA que define los últimos años de Lezama. Se repite en sus cartas y reaparece en sus poemas, revelando un cansancio que se regodea en “las virtudes de la aceptación”. “Si Pascal pensaba que gran parte de los males de su época estaban en que pocas personas podían estar sentadas un cuarto de hora, preparémonos a estar sentados una eternidad. Y pedir que el sillón envejezca antes que nosotros”, le había escrito a Valente en febrero de 1975.⁵⁹ A finales de ese mismo año, mientras Franco convalece, el poeta gallego le confiesa que está harto de su exilio en Ginebra y piensa regresar a España. Pero Lezama, siempre prudente, le aconseja que espere: “Todo allí es muy confuso y hay que tener mucho cuidado en meterse en la boca del diablo. María [Zambrano] y usted están muy bien fuera de España, como vigías, oteando y esclareciendo. En cualquier momento vuelve a repetirse el carnaval de la muerte y su vida y su obra son muy necesarias”.⁶⁰

En sus lecturas, Lezama también regresa sobre el quietismo que ya lo había fascinado a principios de los años 40. Era un gran admirador de Miguel de Molinos y su *Guía Espiritual* estaba entre los libros del “Curso Delfico”. La obra del fraile aragonés había sido una de las pasiones de Zambrano, propagada entre su círculo habanero. Con los diálogos de Zambrano y Lezama, La Habana fue el escenario secreto de una lucha entre el afán contemplativo del heterodoxo

⁵⁹ En el poema titulado “Esperar la ausencia”, fechado el 14 de mayo de 1974, Lezama le había dado forma poética a esta circunstancia: “Sentirse más adherido a la madera/ mientras el movimiento del sillón/ va inquietando los huesos escondidos,/ como si quisiéramos que no fueran vistos/ por aquellos que van a llegar”.

⁶⁰ Carta de José Lezama Lima a José Ángel Valente, 9 de febrero de 1975.

español y el discursivo y meditativo de los jesuitas, principales detractores del quietismo, la creencia de que la perfección se halla en la inmovilidad y la resignación absolutas del alma a Dios, dejando que el hombre sea asimilado por el espíritu divino. Como tal inacción requiere anular la voluntad humana, de ello se desprende que todas las acciones, tanto las buenas como las malas, son una limitación para el acercamiento a Dios. Molinos propone que para llegar a Él el alma no ha de hacer nada, sino limitarse a su pureza y aligerarse de toda preocupación o meditación. Esto produce un vacío espiritual, una *nada*, que sería el sendero más breve para la salvación. Esa doctrina, que ya en el siglo XVII había sido emparentada con el budismo y su búsqueda del nirvana, adquieren en el último Lezama un explícito cariz zen, desarrollado en su poema “El pabellón del vacío”:

Voy con el tornillo
preguntando en la pared,
un sonido sin color
un color tapado con un manto.
Pero vacilo y momentáneamente
ciego, apenas puedo sentirme.
De pronto, recuerdo,
con las uñas voy abriendo
el *tokonoma* en la pared.
Un pequeño vacío en la pared.

Lezama Lima elige dos incidentes prosaicos, hacer un mínimo agujero en la pared y raspar el mantel con la uña, como posibilidades cotidianas de experimentar el vacío. Estas acciones triviales también pueden ser puertas hacia un conocimiento más profundo porque los mundos físico y espiritual forman una unidad esencial. El *tokonoma* (*toko no ma*, literalmente “hueco en la pared” o “lugar del vacío”) es un pequeño cubículo o elemento de la morada japonesa, más elevado que el resto, donde se cuelga alguna pintura desplegable y se coloca algún arreglo floral. Ha sido elevado a categoría estética por su capacidad para convertirse en un “espacio en retracción”, de figurar una impresión de

eternidad, que surge luego de perder la noción del tiempo. En ese sentido filosófico, y no en el propiamente decorativo, es que lo usa el escritor cubano.

Desgastado ya el voluntarismo de su juventud que lo había impulsado a fundaciones y refundaciones, en sus últimos años Lezama refuerza la tendencia a evitar esfuerzos y apartarse de las cosas mundanas. “Necesito un pequeño vacío,/ allí me voy reduciendo/ para reaparecer de nuevo,/ palparme y poner la frente en su lugar”. La marginación impulsa el adiestramiento en el no ser, su reducción a un punto hueco, figuración de la *nada* quietista.

En ese triángulo de correspondencia(s) Lezama-Zambrano-Valente, tejido en torno al molinismo, hay un fermento místico que parece la respuesta del cubano a su muerte civil. Si en los años 40 Lezama veía en Molinos una “degeneración” de la teresiana “oración de quietud”, ahora parece confiar cada vez más en la gracia priorizada por el “clérigo oscuro”. A Zambrano, por ejemplo, le confiesa que recuerda los años de *Orígenes* compartidos con ella “como los mejores de mi vida” y la confirma como interlocutora fundamental en un momento de profunda crisis: “A quién dirigirnos sino a usted en los momentos de prueba, pero en los que permanece firme nuestro sentido de la persona y la de su dignidad”.⁶¹ En medio de la sequedad y las tinieblas, él también ha escogido un “sufrir y esperar”, confiando en que Dios hará el resto, regodeándose en esa *nada* molinista, que no es solo influencia oriental sino que “está en la raíz misma de lo hispánico y de lo nuestro”. Como Molinos, Lezama se siente un “*extrangero engendrado por su tierra*” o, Valente *dixit*, un habitante de la “expatria”. También él ha terminado siendo un heterodoxo, una víctima de la inquisición. Le queda confiar en la redención póstuma, evocarle a Valente la tozudez del hereje: “Usted recordará que cuando fue condenado exclamó: *El día del juicio veremos quién tiene razón*”.

“El que está en esa oquedad —ha escrito Valente sobre “El pabellón del vacío”— es inalcanzable, ya no puede ser vulnerado desde el tiempo. Tal es el mensaje del poema último de Lezama y el de toda su poesía y el de su entero existir y el de su vida en su momento extremo. El que entra en el *tokonoma* no muere, reaparece, vuelve siempre”.

Por medio de esa *nada*, que tanto recuerda la vacuidad budista, se muere de muchas maneras, en todos los tiempos y a todas horas. Pero también, se

⁶¹ Carta de JLL a María Zambrano, del 31/12/1975. En *Cartas a Eloísa...*, edic. cit., pág. 302.

resucita constantemente desde cualquier vacío mínimo, al alcance de la mano.
Esta es la idea que sostiene uno de los mayores poemas de Lezama:

Tener cerca de lo que nos rodea
y cerca de nuestro cuerpo,
la idea fija de que nuestra alma
y su envoltura caben
en un pequeño vacío en la pared
o en un papel de seda raspado con la uña.
Me voy reduciendo,
soy un punto que desaparece y vuelve
y quepo entero en el *tokonoma*.
(...)
Pero el vacío es calmoso,
lo podemos atraer con un hilo
e inaugurarlo en la insignificancia.
Araño en la pared con la uña,
la cal va cayendo
como si fuese un pedazo de la concha
de la tortuga celeste.
¿La aridez en el vacío
es el primer y último camino?
Me duermo, en el *tokonoma*
evaporo el otro que sigue caminando.

La clave del último Lezama es esta oscilación entre el vacío que engendra la espera y la idea de la resurrección, entendida no sólo en un sentido cristiano sino también alquímico. Cuerpo que se pierde, que se vuelve invisible, y cuerpo que se recobra en imagen luego de atravesar el vacío. Ambos motivos se entretajan en los poemas póstumos pero también en la inconclusa *Oppiano Licario*, que debió llamarse *La vuelta de Oppiano Licario*, puesto que narra el regreso trascendente del personaje avistado en *Paradiso*. Las mismas metáforas aparecen en verso y en prosa. El propio título de *Fragmentos...* aparece glosado por Ynaca Eco cuando dice: “Se nos ha dado un imán de la evocación, todos los

fragmentos hacia un posible cuerpo nuevo, vemos al homúnculo en su marcha, y como una prueba de su existencia recurva sobre nosotros, nos inflama y al final nos abraza”. Así, también, el verso final de “El pabellón del vacío” (“evaporo el otro que sigue caminando”) está en *Oppiano*: “Las evaporaciones que desprende el cuerpo como abstracciones que después se ponen a andar”.

En la novela hay también una breve referencia al *tokonoma* y un guiño fundamental a la idea del vacío: el manuscrito del libro que Oppiano Licario le deja a Cemí con su hermana Ynaca, la *Súmula, nunca infusa, de excepciones morfológicas*, tiene un centro hueco, el recuadro en blanco de un poema que Lezama, por lo visto, no llegó a escribir, pero que debía ser el único fragmento superviviente del original. Varios críticos han visto en ese espacio en blanco o excepción suprema una metáfora del destino de la isla y del propio Licario, como proyecto inacabado de homúnculo o ser para la resurrección. Otros lo consideran algo circunstancial, producto del carácter trunco del manuscrito, y proponen posibles guiones de ese poema ausente.

Lo que Gaztelu llama “el martirio de soledad” de Lezama implica también cierta connivencia con los objetos, que se van animando a medida que aumenta el aislamiento, decretando los términos de una confabulación poética: la casa se vuelve una extensión del cuerpo. Así en “Esperar la ausencia”, “La caja”, “El esperado” (escrito en agosto de 1973, luego de una visita a Trocadero del guitarrista, ya exiliado, Rey de la Torre que le recuerda las tertulias musicales organizadas en “el palacio Orbón” de la calle Calzada) o “Poner el dedo”. A fuerza de inmovilidad, el poeta es el testigo de una gradual decadencia material y busca refugio en un rincón o agujero desde donde, como explica Álvarez Bravo, cree burlar su fatalidad:

“Guardián de la resurrección, de la semilla, Lezama Lima, inmovilizado en su casa, que tantas veces veía, inerme, inundarse de aguas albañales; donde el agua potable sólo llegaba, cuando llegaba, por unos minutos; donde los libros eran devorados por las ratas; donde la humedad consumía los cuadros, los papeles, los objetos, las ropas cada vez más escasas; donde cada cosa que se

rompía era una pérdida definitiva, era como un rey marcado por su destino indescifrable”.⁶²

EN ENERO DE 1976, Juan Carlos Onetti regresa a La Habana como jurado del Premio Casa de las Américas. El escritor uruguayo, acompañado del periodista español José María Álvarez, visita a Lezama y éste les pide que hagan todo lo posible por sacarlo de Cuba. Las gestiones (con Guillén y Retamar...) resultan contraproducentes: “No existía problema Lezama Lima por la única razón de que Lezama Lima no existía”.⁶³

A finales del mes siguiente, otro viejo amigo de Lezama, Enrique Labrador Ruiz le escribe una nota para avisarle que en pocos días se irá definitivamente del país junto con su esposa. Labrador es mayor que Lezama, está a punto de cumplir 74 años y ha tomado la difícil decisión que Lezama no se atreve a tomar. La amistad entre ambos se remonta a los años 40, cuando Labrador colaboraba en las revistas *origenistas* pero sin sentido de pertenencia, una solidaridad de gremio republicano. Luego se han seguido viendo, pero la relación es menos una complicidad literaria que una suma de circunstancias y conversaciones. Lezama, además de haberlo incluido en el selecto índice de *Orígenes*, apreciaba sinceramente su obra: en una encuesta de *Lunes de Revolución* mencionará una novela de Labrador, *La sangre hambrienta* (1950), entre los diez libros cubanos que rescataría. (Lo mismo hará Carpentier, a quien, por cierto, Labrador le negó talento para la novela “porque sólo usa elementos históricos en sus escritos”).

⁶² Armando Álvarez Bravo, “La novela de Lezama Lima”, *Coloquio internacional sobre la obra de José Lezama Lima*, Editorial Fundamentos, tomo 1, Madrid, 1984, pág. 88.

⁶³ “Lezama estaba viviendo bajo una feroz vigilancia, en una absoluta soledad impuesta. La policía política lo negaba, como es natural. Haydée y todos los demás jerarcas tampoco querían hablar sobre este asunto. No existía problema Lezama Lima por la única razón de que Lezama Lima no existía. Y una tarde, Lezama, muy triste, muy acabado, nos pidió, Onetti estaba presente, que hiciéramos todo lo posible por sacarlo de Cuba. Hablé con varios responsables culturales. Nicolás Guillén se encerraba más allá de estas cuestiones, estaba demasiado ocupado con la burocracia. Haydée simplemente permanecía como una especie de Pilar Primo de Rivera del castrismo. Retamar, que es inteligente y él sabrá sus pactos, me aseguraba hasta el agotamiento que Lezama no sufría ningún tipo de persecución, que estaba perfectamente, que no tenía más que ir y preguntarle. Pero evidentemente yo ya había hablado antes con Lezama Lima. Todo resultó inútil. No le dejaban salir de la isla”. José María Álvarez, *El otro lado del espejo*, Renacimiento, Madrid, 2010, pp. 188-189.

A esas alturas de los 70, cuando se despide con un “hasta siempre”, Labrador es un clásico de la narrativa cubana, pero también una figura un poco descolocada, alguien que no pertenece propiamente a ninguna generación y que a pesar de su larga carrera como periodista y narrador, no tiene el reconocimiento que cree merecer. Después del éxito de *Paradiso*, siente algo de envidia por Lezama, pero sigue coincidiendo con él, sobre todo en las recepciones que organiza la legación diplomática española, donde puede consolar su nostalgia por el whisky.

Ambos, Labrador y Lezama, son excepciones dentro de esa cultura revolucionaria que acogieron con entusiasmo a principios de los 60 (en el caso de Labrador, desde las filas del Partido Socialista Popular). Ahora padecen el exilio interior, afrontado con diferentes temperamentos. “Lezama era precavido, temeroso; Labrador, en cambio, contaba historias grotescas a grito pelado, bebía whisky a destajo y no se cuidaba de nada” —recuerda Jorge Edwards.⁶⁴

Es cierto que Labrador ya no soportaba el creciente control que la Revolución iba imponiendo a todos los escritores. Años después, cuando tras breves estancias en España y Venezuela termine en Miami, él mismo explicará las razones de su exilio:

“Mis contemporáneos (nótese que no digo mi generación) hizo un trabajo [literario] sobresaliente. Todo eso se acabó con la institucionalización del régimen, que afectó todos los aspectos de la sociedad cubana, incluyendo la literatura. La literatura es algo que necesita independencia. El escritor creativo no puede estar bajo el control de un Comité de Defensa de la Revolución o un comité de censura que le diga esto es bueno o esto es malo. Esas personas simplemente no saben nada de literatura. Ese tipo de actitud mata el trabajo de uno. Esa es la razón por la que dejé Cuba. No era capaz de crear allí”.⁶⁵

⁶⁴ Jorge Edwards, “Absueltos por la Historia”, en *El País*, Madrid, 5/04/2011.

⁶⁵ “Conversation with Enrique Labrador Ruiz”, by José B. Fernández, *Latin American Literary Review*, Vol. 8, No. 16, Hispanic Caribbean Literature (Spring, 1980), pp. 271-272. [La traducción al español es mía].

En el exilio, lejos de su célebre biblioteca, que competía con la de Lezama en número de volúmenes⁶⁶, Labrador, como tantos otros escritores cubanos hasta hoy, rezumará una nostalgia amarga. Entre sus últimos manuscritos hay un curioso apunte donde desliza reproches incomprensibles contra su antiguo amigo y vuelve a conectar con un añejo poso de resentimientos:

“*La Venada y el tortugo*⁶⁷ es el título de una fábula que dejó oculta Lezama; sería curioso que se publicara alguna vez por los acuciosos de secretos del poeta. De tortugo no creo que tuviera más que el carapacho, pero María Luisa de venada..., no sé. Él habla de su matrimonio como de cosa convenida para hacer más ligera la marcha bajo las ramas. No más, y se comprende. El estar aquejado de muchas dolencias, hasta de aquella que le llevó a la desesperación (fimosis vulgar y corriente) le hizo decir que su mujer había llegado tarde a su vida. [...] La doctora que atendía a su mujer era Ada Kurí (sic), la esposa de Raúl Roa. Pero jamás mienta su nombre. ¿A qué temía? Tal vez había resentimientos invencibles y prefería callar. Él fue una víctima de su conducta acomodaticia (no que se prestara para todo pero accedía) y sufrió no sólo las perversidades del régimen sin proferir una palabra, sino que apareció hasta el último momento como un fiel servidor. Nada más extraño a la verdad pero su vida apoltronada le impuso barreras.

Algunos que tuvo siempre como íntimos le bailaban el agua de la profecía. No es mentira [*tachado, en el manuscrito, se lee: lo tuvieron por años encariñado con el Nóbel*]. “Serás rey...” Para llegar a esto, una prosa tan carpinteada que muestra ofensivamente las coanas de su esqueleto, no era precisamente lo indicado. Libros de abandonos y vejeces toman en un momento, según el tiempo, su lugar en el entresuelo; el lugar de la azotea es otro y está ocupado por una eternidad de conspicuos arrapiezos. No confundir un logro con una moda”.⁶⁸

⁶⁶ Luego de su salida del país, la famosa biblioteca de Labrador fue arrojada hacia un camión desde el primer piso de su casa en la calle Reina 108, altos. Corrió así la misma suerte que la de José María Chacón y Calvo, dispersada y/o destruida tras su muerte en 1969.

⁶⁷ Reinaldo Arenas cuenta que, entre sus amigos cercanos, Lezama se refería a María Luisa como “la venada desmelenada”, cargando siempre una vieja cartera de nylon blanco.

⁶⁸ Enrique Labrador Ruíz, “Que de acercarme a morir voy viviendo”, manuscrito corregido a mano, en Enrique Labrador Ruíz Papers, Cuban Heritage Collection, University of Miami Library, Colección: CHC 0111, Box 3, Folder 293.

Labrador se refería a Lezama como un gran poeta, pero nunca apreció al narrador. “De novela Lezama no sabía un carajo”, llega a decir en una entrevista.⁶⁹ Como suele suceder entre escritores, el resquemor tiene que ver con el reparto de nichos: el prosista de las novelas “gasiformes” y “caudiformes” no le perdonaba al autor de *Paradiso* que hubiera conseguido el éxito internacional que él nunca tuvo.

Ese exilio cubano anterior al Mariel nunca entendió muy bien a Lezama; algunos incluso lo acusaban, como puede verse en su correspondencia con Eloísa, de hacerle el juego al régimen o se inventaban prebendas que Lezama nunca tuvo. Que Labrador Ruiz, que militó en el PSP y en 1959 viajó por China, Checoslovaquia y la Unión Soviética como representante cultural de la naciente Revolución, juzgue a Lezama como una figura acomodaticia en el duro contexto de los 70, resulta bastante injusto. Pero era el momento amargo de verificar el fracaso de un sueño, y todo tendía a confundirse. Al salir de Cuba, Labrador dejaba atrás el ideal roto de una generación: la verdadera república, una patria nacida, como dice en algún artículo, de la “etérea costilla de Martí”. Lo que parecía sueño cuajado era ahora dispersión, metáfora inútil, tertulia en la Sagüesera: “Ese país de las maravillas también lo tuve yo. Pero como todas las cosas de mi vida, fragmento, proyecto, logro y tan pronto grumo de nieve entre las manos”.⁷⁰

EL 15 DE MARZO, Lezama y María Luisa bautizaron a la hija de José Prats Sariol, su amigo y alumno del Curso Delfico. La ceremonia fue oficiada por el reverendo Gaztelu en la Iglesia del Espíritu Santo (en el cruce de las calles Cuba y Acosta, en la Habana Vieja). Gaztelu discutió con Lezama porque Ariadna, el nombre de la niña, le parecía demasiado pagano, y sugirió ponerle el que se asentó como definitivo en la fe de bautizo: Ariadna de la Caridad.

⁶⁹ "Si Kafka hubiera nacido en Cuba no fuera más que un escritor costumbrista". [Entrevista de Enrique Labrador Ruiz con Alejandro Anreus], en *Diario de Cuba*, 15/01/2017. https://diariodecuba.com/cultura/1484241230_28079.html

⁷⁰ Enrique Labrador Ruiz, “Fecha”, en *La Nación*, Caracas, 24 de febrero de 1978.

Los dos “pepes”, Prats Sariol y Triana, y sus respectivas esposas seguían, en esos años, ocupándose de Lezama. La Vespa de Chantal cubría frecuentemente el trayecto entre el apartamento de Nuevo Vedado, donde residía con Triana, y Trocadero 162. Las relaciones de Chantal con la embajada y el cuerpo diplomático, más los francos que su madre le enviaba de vez en cuando y su acceso libre al supermercado de Miramar reservado a extranjeros, fueron providenciales para Lezama y María Luisa.

El restaurante preferido por todos ellos era el *1830*, junto al torreón de la Chorrera, al final del Vedado, cuyo plato estrella era, por esa época, un filete de pargo rebosado, relleno de jamón y queso. “Lezama siempre dejaba también un huequito (sic) para los postres: *tatianoff* de chocolate, natilla, flan... Recuerdo que pedía dos”, me dice Prats Sariol. “Fui con ellos en tres ocasiones. Maruchi y yo íbamos en guagua hasta su casa y de ahí al restaurante con un *botero* amigo de ellos, que vivía en la cuadra, y que contrataban desde varios días antes”.

También en ese restaurante, a principios de mayo de 1976, tuvo lugar la gloriosa comida de Lezama y María Luisa con Claude Gallimard y Cortázar, a la que también asistieron la novia de Gallimard en ese entonces, Colette Rousselot (aún casada con un muy enfermo Jacques Duhamel), Triana, Chantal y Ugné Karvelis. Tras el fallecimiento del mítico Gaston Gallimard, en enero, su hijo Claude, de 62 años, se había convertido en el presidente del grupo editorial francés. Claude y sus dos asistentes, Colette y Ugné, decidieron visitar la isla y remolcaron a Cortázar, que regresaba a Cuba luego de varios años de expiación por su apoyo inicial a Padilla. No fue una comida de trabajo, pues Lezama hacía mucho que había optado por Seuil para publicar en Francia. Aún así, una astuta Ugné no dejó de preguntar por la esperada continuación de *Paradiso*, cuyo éxito rotundo le había dejado a Gallimard el amargo sabor de una oportunidad perdida.

Aquel almuerzo, que empezó a las doce del día y terminó a las seis de la tarde, fue una apoteosis del Lezama conversador. Esa tarde se oyeron los nombres de Villon, Montaigne, Pascal, Valéry y Proust mezclados con la literatura cubana del siglo XIX. También se habló de Andrés (*Kimbisa*) Petit, el mulato con fama de mago que introdujo por primera vez a los blancos en la sociedad secreta abakuá, marcando uno de los grandes hitos del sincretismo cubano. Lezama estaba en un estado de exultación fantástica. “Nunca he vuelto

a tener una conversación así, era el desvarío en estado puro”—recuerda Triana. Cortázar intentaba hablar, pero quedaba relegado por la prosapia lezamiana. “Era muy divertido” —cuenta también Chantal. “Lezama no iba a dejar Seuil, pero Claude representaba su mundo soñado, el mundo de los escritores que él amaba. Las anécdotas del pequeño Gallimard, que había jugado ajedrez con Valéry, estremecían a Lezama: estaba ante alguien que había conocido de cerca a casi todos los grandes escritores franceses que él tanto admiraba”.

Días después, el 13 de mayo, Cortázar y Ugné volvieron a invitar a comer a Lezama y le insistieron para que abandonara Seuil —y a Sarduy, su influyente asesor. Lezama se negó, una vez más. Estuvieron ese día en casa de Triana, y Cortázar recuerda que a Lezama le costó subir la breve escalera que llevaba al primer piso, “pero apenas hubo descansado un momento encendió uno de sus grandes tabacos y apreció como siempre el vino y la comida, mientras el paso de un gato por las rodillas de uno de nosotros alzaba en él una asombrosa evocación del antiguo Egipto con sus gatos divinizados, la poesía de Baudelaire y todo lo que podía surgir en su imaginación de palabras como Angora, siamés y otras estirpes gatunas”.⁷¹

En abril, apremiado por los editores de sus Obras Completas y por Jaime Salinas, de Alianza Editorial, que le pedía juntar sus narraciones breves, Lezama había escrito una carta a Cintio y Fina pidiéndoles que buscaran en la Biblioteca Nacional el original de su cuento “Fugados”, publicado en la revista *Grafos* en 1936. Lezama no le daba mucho valor a ese texto, pero Cintio le responde enseguida, celebrando “un cuento esencial suyo y nuestro, el cuento habanero que faltaba del malecón, del contrapunto del malecón y del colegio”. “Nos hemos reconocido —le dice Fina en otra carta de esos días— en ese adolescente que se promete un escape secreto y luego siente que aquello no parecía ser su finalidad, y que las olas parecían anunciar una aventura más comprometedora”.⁷² Al elogio suma un soneto titulado “Oficios del participio pasivo”.

Es una correspondencia emotiva la de esa Pascua de Resurrección de 1976 en que los amigos le elogian lo que consideran su mejor cuento —el

⁷¹ Julio Cortázar: “Para José Lezama Lima en la buena estrella”, testimonio recogido en *Cercanía de Lezama Lima*, ed. cit., pág. 192.

⁷² Las cartas de Cintio y Fina aparecen en *Miscelánea...*, edic. cit., pp. 637-638 y 656-659.

primero de todos. Lezama, agradecido, les responde enseguida: califica su vieja *philia* con Cintio y Fina de “misterio diáfano” y los imagina en su cubículo-acuario como los kornacs o tripulantes del gigantesco elefante que es la Biblioteca Nacional, disparando “flechas cuya finalidad es producir el nacimiento de nuevos mundos, de planetas y planetoides que zumban como trompos”. En la lectura entrañable que hacen sus viejos amigos de aquel viejo cuento se le revela la unidad de lo que ha hecho durante toda su vida, una escritura “tan misteriosa que podemos asemejarla a una larga línea que recorre el hielo y el fuego, creando la temperatura propia de la poesía”.⁷³

Una de las últimas personas que visitó a Lezama en su casa, el mismo mes de su fallecimiento, fue el pintor y diseñador Umberto Peña, *Peñita*, como lo llamaba Lezama. “Lo noté triste, abatido...”, recuerda. “En los últimos tiempos se sintió acosado por la cercanía de la muerte, y a veces lo hallé en ese estado, meditabundo, desalentado. Me confesó alguna vez su miedo a morir sin poder terminar los libros en los cuales se hallaba trabajando”.⁷⁴

Aún así, parece que conservaba la ilusión de viajar. Una de las últimas cartas que escribió, el 5 de agosto de 1976, está dirigida a la directora de la editorial Era, Neus Espresate, para pedirle que “bajo ningún concepto le entregue a nadie, si no va autorizado con una carta firmada por mí de mi puño y letra, ninguna cantidad de lo que allí conservo sobre mis derechos de autor. Yo tengo la esperanza de visitar ese país en compañía de mi esposa y prefiero que eso esté allí, pues necesito ese respaldo económico”.⁷⁵

SOBRE LA MUERTE de Lezama, como sobre casi cualquier pasaje de su vida, se agolpan y superponen las versiones, disímiles en numerosos detalles, coincidentes en unos pocos. La más detallada está en un libro (inédito) de su

⁷³ En *Cartas a Eloísa...*, edic. cit., pág. 270.

⁷⁴ Ver el testimonio de Peña, “Una amistad en su centro mágico”, en *Cercanía*, edic. cit., pp. 231-239. Después de la muerte de Lezama, María Luisa regaló a Peña las corbatas de Lezama para que las usara en sus *Trapices*.

⁷⁵ La carta deja adivinar desavenencias monetarias con Eloísa, que desde 1968 venía cobrando los derechos de *Paradiso*. O quizás Lezama trata de evitar que otros intermediarios que viajaban a México (Moreno Fragnals, Loló de la Torriente...) y que tal vez se habían ofrecido a servirles de cobradores, retiraran parte de esos derechos.

doctor de cabecera, José Luis Moreno del Toro, que además de escribir versos era oficial de los servicios médicos del Ministerio del Interior.⁷⁶ En su prolija crónica, el doctor queda como un héroe de la medicina intensiva, que incluso llegó a pernoctar dos veces en el sofá del poeta con tal de no descuidarlo. Sin embargo, al repasar los pormenores de su relato es difícil evitar la sospecha de que ha sido reconstruido para desmentir la acusación de negligencia médica que hizo Eloísa desde el exilio.

Moreno del Toro dice que todo empezó una semana antes de la muerte. El domingo 1 de agosto de 1976, Lezama lo llamó sobre las 11 am y le pidió que pasara por Trocadero porque no se sentía bien. El paciente fue auscultado y se le midió la presión, pero no mostraba ninguna señal preocupante: “Le aconsejé que tomara abundante líquido, vigilara variantes o nuevos síntomas y que ante cualquier situación me llamara”.

Ese mismo día, muy tarde en la noche, casi de madrugada, Lezama recibió a Moreno Fragnals, que partía al día siguiente para México, y le pidió encarecidamente que le trajese ejemplares del primer tomo de sus *Obras completas*, recién impreso por la editorial Aguilar.

Al día siguiente, el lunes 2, María Luisa llamó al doctor por teléfono y le dijo que Lezama estaba muy decaído.

“En horas de la noche fui a verlo y, sospechando que pudiera tener una infección urinaria, le pedí que orinara en un frasco de vidrio limpio. Cerca de las 10:00 pm no había podido orinar, lo que me sugirió que no estaba ingiriendo suficiente cantidad de líquidos, como le había indicado. Argumentó que era cierto, pero que en la noche no quería hacerlo pues entonces se veía obligado a despertarse varias veces y entre el asma y los deseos de orinar, pasaría la noche en vela. Le insistí en que había varias formas de solucionar ese aparente problema, pero que era absolutamente obligatorio seguir mis indicaciones.”

Nueva visita de Moreno del Toro el martes 3 de agosto al anochecer, la hora en

⁷⁶ El libro, titulado *El paciente impaciente. Mi amistad con José Lezama Lima*, fue anunciado varias veces pero nunca llegó a publicarse. Un fragmento, “Últimos días de Lezama”, fue publicado en la revista *Casa de las Américas*, n.º. 261, La Habana, oct.-dic. 2010, pp. 127-133.

que Lezama acostumbraba a tomar su “desayuno nocturno”:

“Su estado de salud parecía mejor, bromeó al respecto y me refirió que, con dificultades, había dormido a ‘grandes trancos’. La orina turbia indicaba que la situación andaba por ese camino. Regresé pasada una hora con los resultados y un frasco estéril, con la intención de realizar un estudio bacteriológico de la orina (urocultivo), para comenzar el tratamiento con antimicrobianos y antibióticos que le receté. Fui hasta la farmacia más cercana, traje los medicamentos y le dejé la prescripción de cómo administrarlos.”

Preocupado por una posible infección urinaria que degenerara en neumonía, Moreno del Toro le encargó a María Luisa hacerle a Lezama ejercicios de puño-percusión en la espalda para aliviar la respiración de su esposo, cuyos pulmones “no se podían dar el lujo de una infección, pues tenía un enfisema crónico, que se había ido agravando con el paso del tiempo, por su sedentarismo y el aumento de peso”.

Otras fuentes coinciden en estos síntomas iniciales. Según Ciro Bianchi “parece que en algún momento llegó a orinar sangre”.⁷⁷ Virgilio Piñera habla de “una trivial cistitis y unas décimas de fiebre”. Prats Sariol menciona también la cistitis y la fiebre desde el 31 de julio, es decir, diez días antes de la muerte.⁷⁸

La noche del miércoles 4, cuando el doctor pasó a visitarlo, tuvo que insistir: una angustiada María Luisa le abrió al fin la puerta y le dijo: “Joseíto se cayó, tiene fiebre que le subió a 38”.

Bianchi también asegura que Lezama habría sufrido, no el miércoles sino días después, una caída dentro de su casa, lo que obligó a su esposa a hacer esfuerzos casi inverosímiles para incorporarlo: “El poeta tuvo fuerzas para responder y, apoyado en su esposa, caminó hasta la cama. Allí se desplomó de tal manera, que María Luisa debió buscar la ayuda de dos transeúntes ocasionales para que lo acomodaran en el lecho”.

⁷⁷ Ciro Bianchi Ross: “Cómo murió Lezama Lima”, en *Juventud Rebelde*, La Habana, 30/07/2006.

⁷⁸ José Prats Sariol: “Tres para Lezama”, en *Encuentro en la Red*: 9/08/2006. <https://www.cubaencuentro.com/cultura/articulos/tres-para-lezama-23018>

Aquí las cosas empiezan a volverse un poco confusas. Moreno del Toro dice que sus malestares obligaron a Lezama a cancelar una visita de Alba de Céspedes, prevista para el miércoles 4. No hay certeza de esta visita, aunque hubo otras de amigos cercanos esa semana. Según Bianchi, sí vio a Alba (el viernes 6) y fue la alarma de la visitante, que habría encontrado al poeta “muy desmejorado”, lo que provocó una llamada de Alfredo Guevara a la mañana siguiente, diciéndole a María Luisa que “todo estaba previsto” en el pabellón Borges del Hospital Calixto García para recibir a Lezama, y que una ambulancia había salido ya a buscarlo. “Conversaban todavía Guevara y María Luisa — asegura Bianchi— cuando el vehículo aparcaba frente a la casa de Lezama”. Según Del Toro, en cambio, la ambulancia fue gestión suya, “dadas mis relaciones estrechas con la Cruz Roja cubana”. Ese transporte médico fue a buscar a Lezama el sábado (sin éxito) y regresó de nuevo el domingo.

En una entrevista de febrero del 2003,⁷⁹ Moreno del Toro califica la versión de Bianchi como “inexacta” y defiende su exclusiva sobre las últimas horas del escritor: “el único que puede hablar y saber exactamente qué pasó soy yo”. Para poner en contexto este celo biográfico no está de más recordar que el escritor Norberto Fuentes se refiere a esta “síntesis de Apolo y Esculapio” como un informante de la Seguridad del Estado sobre el vasto “tema Lezama”:

“Si eras gordo, asmático, casi imposible de mover en tu humanidad de cachalote rendido, como era el caso de José Lezama Lima, entonces te clavaban con la presencia permanente de un médico para atenderte. El doctor José Luis Moreno del Toro (este sí nombre verdadero pero no de guerra) fue el sonriente Joseph Menguele criollo que le situaron como médico de cabecera al autor de *Paradiso*, y por cada auscultación de pecho y pulmones o un poco de salbutamol, el líquido prodigioso para rellenar su aerosol de inhalación, le sacaba dos párrafos de un informe”.⁸⁰

⁷⁹ En el portal *La Ventana*, Casa de las Américas:
<http://laventana.casa.cult.cu/modules.php?name=News&file=print&sid=936>

⁸⁰ Norberto Fuentes: “Raúl Rivero, el rehén deseado”, en *ABC*, Madrid, 2/12/2004. Fuentes, que conoció al doctor a través del cineasta Luis Felipe Bernaza, me confirma que éste fue médico de la prisión habanera Combinado del Este. Sobre el presunto trabajo de Moreno del Toro para la Seguridad del Estado, Fuentes abunda en el libro *Plaza sitiada* (Cuarteles de invierno, Miami, 2018).

Es posible que Moreno del Toro, que a veces vestía uniforme del MININT y tenía, como hemos visto, contactos en las altas esferas del gobierno, fuera un colaborador del DSE. Aunque no debió ser el único: otros menos evidentes podían haber hecho mejor ese trabajo.⁸¹

Parece que el entonces presidente cubano, Osvaldo Dorticós, estaba preocupado por la posibilidad de que Lezama muriera de pronto en su casa y se suscitara algún escándalo en la prensa extranjera. Se ha escrito que llegó a llamarlo por teléfono (o a encargar a Alfredo Guevara de que llamase) para conocer su estado. El tema se comentaba también en los pasillos del Comité Central del Partido Comunista luego de que Del Toro avisara a José Felipe Carneado, por entonces Jefe del Departamento de Ciencia, Cultura y Centros Docentes del PCC.

“Carneado, hombre muy inteligente, culto y capaz, con un cargo de responsabilidad en el Comité Central del Partido, había tenido encuentros con Lezama en varias ocasiones —dice Moreno del Toro— y juntos habían degustado no solo conversaciones sino también habanos: ambos sufrían de ese placer, a pesar de lo contraproducente para sus padecimientos respectivos”.

En efecto, Carneado, un atildado comunista de la “vieja guardia” del Partido Socialista Popular a quien el PCC había colocado a cargo de los “asuntos religiosos”, visitó a Lezama, pero no sólo para compartir unos puros. José Triana asegura que en 1972 fue él quien le llevó al poeta, envuelta en un cartucho, la medalla del premio Maldoror.⁸²

A finales de 1975 o principios de 1976, según cuenta Enrico Mario Santí que le dijo María Luisa, un artículo en la prensa extranjera creó preocupación

⁸¹ Fuentes menciona también como informante a Manuel Moreno Fragnals, lo cual no he podido corroborar. El origen de esa información es un personaje sombrío: la secretaria de Luis Pavón en el Consejo Nacional de Cultura, Marilú Moré de Castro. Según ella, el acercamiento del historiador a Lezama esos últimos años fue una suerte de misión informal.

⁸² *Cartas a Eloísa y otra correspondencia*, Verbum, Madrid, 1998, pág. 173, nota. 4. La misma anécdota, con el detalle del cartucho, me hicieron Triana y Chantal Dumaine en París, durante una entrevista (el 19 de enero de 2001). En una versión más fiable, Prats Sariol dice que no fue Carneado el de la grosería, sino un mensajero del Consejo Nacional de Cultura, enviado por su director, Luis Pavón.

entre los funcionarios que “atendían” a Lezama. El artículo comparaba dos fotos del poeta, antes y después de 1959, y decía algo así como “lo que puede hacer una Revolución con un gran escritor”. Carneado lo citó en la sede del PCC. Lezama remoloneó, evitó las llamadas y puso diversos pretextos para no acudir a la cita. Un par de días después, enviaron un auto a recogerlo.

“Llegando a Palacio, se les dirigió a un despacho y les ofrecieron té. Entra Carneado amistoso, con una carpeta, repleta, bajo el brazo. A las *plaisanteries*, prosigue el cuerpo del delito: el susodicho artículo que le dan a leer al poeta y sobre el cual le pregunta: ‘¿Ha tenido usted algo que ver en esto?’ Respuesta: ‘No, puesto que en este país no se tiene acceso a la prensa extranjera, no puedo ser responsable de lo que se escribe sobre mí fuera de Cuba’. Segunda pregunta (o respuesta): ‘Lo cierto es que usted hace mucho que no publica nada aquí’. Tercera: ‘No se me publica, pero nunca he dejado de escribir. Si no se me publica no es por mí, sino por el Estado, dueño de las publicaciones. Durante los últimos cinco años nadie me ha pedido nada’. ‘Bien, hagamos una cosa —Carneado *dixit*—, deme usted algunos poemas para enviárselos a Nicolás Guillén y que los publique en la revista *Unión*’. Lezama: ‘Con todo respeto le digo que no puedo. En mi vida he enviado nada de lo que escribo sin que antes se me pida’. Carneado: ‘Bien, yo hablaré con Guillén y él se los pedirá directamente’”.⁸³

Una versión similar a la de Santí, y de la misma fuente (es decir, María Luisa), nos da Juan Anllo Vázquez, que visitó Cuba en 1979 con unos encargos de José Ángel Valente para la esposa de Lezama. Vázquez precisa que el artículo problemático fue publicado en la revista española *Índice*,⁸⁴ pero no le pone nombre a Carneado:

⁸³ Enrico Mario Santí: “En el umbral del silencio”, en *Aldabonazo en Trocadero 162*, Aduana Vieja, Madrid, 2008, pp. 148-149.

⁸⁴ En este detalle el autor yerra. No pudo haber sido el reportaje de *Índice*, donde no aparecen las fotos mencionadas, y que luego fue reproducido en *La Gaceta de Cuba*. El artículo que sí pudo resultar “problemático” para las autoridades cubanas fue un reportaje de José María Álvarez, publicado en febrero de 1976 en la revista española *Cambio 16*, donde, además de una dura crítica al Premio Casa de las Américas (“Casi todos los libros eran rematadamente malos (...) Es un proceso que se repite inexorablemente. El dirigismo en la literatura y el arte ha estrangulado la vitalidad de los primeros años de la revolución”), se leía: “Lezama Lima, un

“Lezama acudió a la cita acompañado de su esposa y apenas llegaron el dirigente revolucionario le mostró el artículo de la revista. Pese a la negativa del escritor de que tuviera algo que ver con dicha publicación, de la que dijo no saber nada, el dirigente insistió en si tenía alguna queja contra la Revolución. Y entonces Lezama contestó que nunca había escrito nada contra la Revolución y que su única queja es que desde hacía años no le publicaban nada, a pesar de haber enviado diversos textos a la revista de la UNEAC. El dirigente entonces le pidió que le hiciera llegar a él personalmente algunos de sus poemas inéditos, garantizándole que los publicarían (...)”.⁸⁵

El padre Gaztelu, que tuvo mucha relación con Carneado⁸⁶, me hizo un resumen más amable de ese encuentro: “A los cuatro o cinco años que nadie podía hablar

hombre que hoy está absolutamente marginado”. También se hablaba de *Paradiso*, recién publicado en España: “representa una victoria sobre la muerte y sobre la reacción mucho más evidente que los cincuenta mil panfletos que se publican constantemente en Cuba”. No cuesta imaginar cómo cayó aquello en la *Casa* donde trabajaba Lezama. Se quejaron ante Onetti, que aparecía mencionado, y que luego llegó a escribir a *Cambio 16* para aclarar que “es equivocado que la totalidad de las novelas trataran del proceso insurreccional en Latinoamérica” y jurar que su amigo Álvarez “no leyó, por mi intermedio, absolutamente ninguno de los manuscritos presentados al concurso de novela. Empleó sus energías en investigaciones sobre la nueva Cuba que se está edificando y que cuenta con mi más asombrada admiración”. El artículo de *Cambio16* le costó al periodista la ruptura con Cuba, comunicada por Fernández Retamar: “El gobierno castrista, por boca de Retamar, me ha comunicado que no soy persona grata. ¿Qué sucedió para llegar a esta situación? Todo ha sido muy lamentable. Para mí ha resultado extremadamente doloroso (...). Pero todo se agravó muchísimo cuando vi a Lezama Lima. Ya antes había tenido alguna discusión a causa de Borges, porque Borges es inenarrable en Cuba. Igual que Octavio Paz, de quien aseguran que cobra de la CIA por denunciar a izquierdistas, y que es cómplice de fusilamientos... En fin, disparates. Pero la situación de Lezama agudizó toda esta serie de problemas. (...) La tarde que me despedí de él, estaba seguro de que nunca más volvería a verlo. Porque sabía que me negarían el visado para regresar a La Habana, y que él no saldría vivo de Cuba. Al regresar a Madrid, en una entrevista que me hicieron, aludí a la situación en que se encontraba Lezama. Meses más tarde, en Budapest, cuando el Congreso, Retamar me comunicó que las relaciones estaban rotas, que en Cuba no querían saber absolutamente nada de mí”. José María Álvarez, edic. cit., pp. 188-189.

⁸⁵ Juan Anllo Vázquez: “El ‘bloqueo’ de Fidel Castro a sus escritores”, en *The Huffington Post* (5/12/2016). https://www.huffingtonpost.es/juan-anllo-vazquez/el-bloqueo-de-fidel-castro-a-sus-escritores_b_13368524.html

⁸⁶ Aquí habría que entrar en el espinoso tema de las relaciones del Padre Gaztelu con funcionarios de la Revolución. En julio de 1961, Lezama le escribía a su hermana Eloísa: “Á. capea el temporal con verdadera astucia romana. Tiene amistades y las utiliza para mantenerse a flote. De todas maneras está inquieto, pues nadie puede predecir en qué forma los acontecimientos se batirán sobre la roca de Pedro”. Al final, Gaztelu no fue incluido en la lista de sacerdotes (muchos de ellos españoles) expulsados de la isla por Fidel Castro en septiembre de 1961. Puede haberlo salvado estar entre los religiosos que visitaron a los asaltantes del Moncada, presos en Isla de Pinos. O sus buenas relaciones con varios de los comandantes de la Revolución (ofició, por ejemplo, en la boda de Crescencio Pérez). Para muchos, Gaztelu era “un cura rojo”, y

de Lezama públicamente, Carneado me llamó para preguntarme: ‘¿Crees que si yo voy a ver a Lezama me recibirá?’. Y yo le respondí: ‘Si tú vas a verlo, él te recibirá con mucho gusto’. Le mandó una máquina a Lezama y Lezama fue al ministerio, y luego de hablar le pidió dos poemas”.

Prats Sariol también confirma el encuentro entre Carneado y Lezama:

“Carneado lo invita por teléfono a visitarlo y le dice que un auto lo irá a buscar y a llevarlo de vuelta. Imagínate lo nervioso que se puso Lezama... Me parece que hubo dos encuentros en 1976, y después hablaron otra vez, cuando Luis Marré, director de *La Gaceta de Cuba*, recibe órdenes del Cielo Ideológico de llamar a Lezama y pedirle colaboraciones. Esto ocurre en junio de 1976. Seguro. A Carneado, Lezama lo valoraba como una persona de “maneras”, un buen “interlocutor” o “negociador”. Pero por supuesto que los íntimos, y él mismo, coincidimos en que ese acercamiento era cumpliendo órdenes”.⁸⁷

Otra versión, de Amauri Gutiérrez Coto, asegura que hubo visita de Carneado a Lezama en 1975, “en la cual se disculpó por la actitud que habían tenido varios funcionarios con el escritor”, precisando que la anécdota se la habría contado de viva voz “un testigo presencial”.⁸⁸ Ese testigo, me aclara Gutiérrez Coto, era Cintio Vitier. Lo de las disculpas coincide, en efecto, con la opinión de Vitier en una entrevista anterior: “La inesperada muerte de Lezama ocurrió cuando se

sus opiniones durante los años 70, tal y como aparecen recogidas por Ernesto Cardenal en su libro *En Cuba*, eran bastante favorables al sistema, como también las del prudentísimo nuncio, Mons. Cesare Zacchi, cuyas gestiones propiciaron que varios de los religiosos expulsados regresaran a Cuba años después. En una entrevista que Gaztelu me concedió en Miami, dijo literalmente lo siguiente: “Cintio demoró cinco años en meterse en la Revolución, se iba a asilar en España. Y el revolucionario era yo, el simple y tonto fui yo”.

⁸⁷ Entrevista con José Prats Sariol, 20 de septiembre de 2022.

⁸⁸ Amauri Gutiérrez Coto: “Más que fábulas, el pecado de los falsos mitos. Respuesta al poeta Antonio José Ponte”, *Vitral*. Año XII, No. 69, septiembre-octubre, 2005. La cita completa de Gutiérrez Coto en su polémica con Ponte es: “Frente a la pregunta de por qué no apeló a instancias superiores, parece que Lezama sí lo hizo. La respuesta vino en 1975 con una visita de Carneado a su casa en la que se disculpó personalmente por la actitud de ciertos funcionarios. Esta anécdota, que me contó de viva voz un testigo presencial, requerirá para otros una futura verificación”.

habían dado ya los pasos decisivos para rectificar errores que sólo podían beneficiar a los enemigos de la Revolución”.⁸⁹

VARIAS PISTAS INDICAN que cuando Lezama muere había un “acercamiento” oficial en proceso: el Estado cubano sopesaba “rescatar” al escritor luego de haberlo vetado durante años. Hay distintas versiones sobre las causas de esa aproximación: la ya citada de un artículo en la prensa extranjera que preocupó a la *nomenklatura*; otra según la cual el propio Lezama escribió o habló a “las altas instancias” para quejarse; el hecho de que en enero de 1976 se crease un nuevo Ministerio de Cultura, que modificó un poco la política anterior⁹⁰, y una documentada visita de Gabriel García Márquez a Trocadero, en julio de 1976, cuando Lezama pudo haber lamentado su suerte⁹¹... O, a lo mejor, todo eso junto.

Carneado fue la persona encargada del protocolo de perdón (otros castigados lo tramitaron con él en esa misma época⁹²). Pero Lezama murió de

⁸⁹ Cintio Vitier en “La amistad tranquila y alegre, en eco de mucho júbilo”, en *Cercanía de Lezama Lima*, ed. cit., pág. 83.

⁹⁰ Manuel Díaz Martínez resume bien en qué consistió este cambio de política: “Pavón fue depuesto cuando el régimen entendió que era menos conflictivo y más rentable dar a los intelectuales menos palos y más zanahorias. Una sentencia del Tribunal Supremo que obligó al CNC a reponer en sus puestos y pagarles los sueldos acumulados a los “parametrados” terminó, en 1976, con la era Pavón. Pero no con el *pavonato*, que es el régimen mismo. (“El pavonato”, en *El País*, Madrid, 26/01/2007).

⁹¹ García Márquez llegó en 1976 a La Habana y se alojó en el Hotel Nacional con la intención de entrevistar a Fidel Castro. Ya había dado pruebas de su incondicional fidelidad a la Revolución cubana (incluso después del Caso Padilla), que le valieron las críticas de sus colegas (Vargas Llosa, por ejemplo, lo llamó “lacayo de Castro”). Pasó un mes en el hotel esperando la ansiada llamada del Comandante y visitando a Eliseo Diego y su familia. El contacto se lo habían dado en México Jomi García Ascot y María Luisa Elío (los dos catalanes a los que Gabo dedicara años antes su novela *Cien años de soledad*), que a su vez debieron mandarlo a ver a Lezama. Finalmente García Márquez se encontró con Castro y el resultado fue “Operación Carlota: Cuba en Angola”, reportaje por encargo, publicado en la revista *Tricontinental* en 1977. Hasta su muerte, Gabo fue un importante valedor internacional del castrismo y su opinión sobre Lezama, si la hubo, debió resultar al menos atendible.

⁹² Por ejemplo, el escritor Eduardo Heras León, que en “El Quinquenio Gris: testimonio de una lealtad” cuenta lo siguiente: “En los primeros días de mayo de 1976, solicité una entrevista con José Felipe Carneado, Jefe del Departamento de Cultura, Ciencia y Centros Docentes del Comité Central del Partido. Yo había sido compañero de su hija Vicky en la Escuela Normal de La Habana, y él me conocía perfectamente. Afable y cortés me recibió y le dije: ‘Felipe, hoy cumpla cinco años en [la fábrica de acero] ‘Vanguardia Socialista’. ¿Usted no cree que ya es tiempo suficiente?’. Me respondió: ‘No suficiente, es demasiado, Heras. ¿Para dónde quieres ir?’ ‘Para un lugar afín a mi especialidad’. Me aseguró que eso se resolvería muy pronto. Y unos días después, abandoné la fábrica para comenzar como editor en la Editorial Arte y Literatura del

pronto y la “absolución” oficial llegó tarde. En cuanto a los poemas, sí llegaron a publicarse, evidentemente por recomendación de Carneado, en el número de julio de 1976 de *La Gaceta de Cuba* (que salió con retraso, al igual que un ensayo sobre Alicia Alonso), ya muerto su autor.⁹³

Esos poemas, según cuenta Santí que le dijo María Luisa habían llegado a la UNEAC por una vía poco ortodoxa: el mismo chofer que antes los había llevado a ver a Carneado se apareció en Trocadero días después y Lezama le entregó los manuscritos. Empezó entonces a llamar a sus amigos, anunciando que había una rehabilitación en camino, y que no sólo él saldría beneficiado. Pero cuando llegó el siguiente número de la revista UNIÓN los poemas no estaban. “Todo ha sido una gran tomadura de pelo”, le dijo el escritor a su esposa, mientras tiraba el ejemplar de la revista contra la pared.⁹⁴

Para Prats Sariol, “la especulación era de quién provenía la orden de acercarse a Lezama; es decir, quiénes convencieron a Fidel de levantarle el embargo, aflojar represiones a escritores y artistas tras crear el Ministerio de Cultura con la nueva Constitución y poner a Hart... Se decía que podría haber sido García Márquez o Carlos Rafael Rodríguez... No excluyas la posibilidad de algún visitante, habría que ver qué intelectual extranjero visitó Cuba en 1975-76... O nadie. Pura astucia política de cara al extranjero.”

Lejos de todo esto queda la versión de Moreno del Toro sobre el rol de Carneado en esos últimos días de Lezama. Según su relato, tras comunicarse con la secretaria del funcionario, Rosa Filgueira Lee, para explicarle su preocupación, éste le respondió, obsequioso: “¿Qué le hace falta, doctor, qué se necesita, qué podemos hacer?”.

Instituto Cubano del Libro”. Conferencia ofrecida en el Instituto Superior de Arte, el 15 de mayo del año 2007, e incluida en *Eduardo Heras León: en el aula inmensa de la vida* (Ediciones La Luz, Colección Memoria Nuestra, Holguín, 2018).

⁹³ Esos poemas son “Esperar la ausencia” y “Fabulilla de Danae”, incluidos en *Fragmentos a su imán*. Originalmente eran para la revista *Unión*, órgano de la UNEAC, comandada, más que dirigida, por Otto Fernández, que la dedicaba mayormente a la literatura de los países socialistas. El único lugar donde había una mínima esperanza de que Lezama fuera publicado era *La Gaceta*... (también llamada *La Gaveta de Cuba* por sus habituales retrasos), dirigida oficialmente por Guillén, pero oficiosamente por Luis Marré. Desde 1972, el nombre de Lezama no había aparecido en esas páginas, donde antes solía ser una firma habitual. El artículo sobre Alicia Alonso fue “Fiesta de Alicia Alonso”, publicado en *Cuba en el ballet*, vol. 7, N° 2, correspondiente a mayo-agosto de 1976. Había sido escrito mucho antes, en agosto de 1973.

⁹⁴ Véase el testimonio de Enrico Mario Santí en el documental *Lezama Lima: soltar la lengua* (Video Vuelta Producciones, TV UNAM, 2019), de Ernesto Fundora.

El otro personaje oficial (además de Dorticós, Guevara, Carneado...) implicado en su atención esos días fue Roberto Fernández Retamar, por entonces director de la revista *Casa de las Américas*. Retamar y su esposa, Adelaida de Juan, eran amigos de Lezama desde la época de *Orígenes*, si bien después de 1971 sus visitas a Trocadero se espaciaron.

Del Toro dice haber llamado el sábado 7 a Retamar para explicarle la situación y pedirle que convenciera a Lezama de hospitalizarse. El propio Retamar asegura que en cuanto tuvo estas noticias acudió a Trocadero, “aunque no pensé que se tratase de algo serio”. En cualquier caso, sus intentos también fueron infructuosos.

Esos últimos días hubo contadas visitas de los más íntimos. Según Prats Sariol, Lezama recibió en su casa a Fina García Marruz y Cintio Vitier, el Padre Gaztelu, Armando Bilbao y Reinaldo Arenas, Umberto Peña y el escritor Imeldo Álvarez. Tomás Eloy Martínez habla de una visita de Cintio al hospital, en la que Lezama le dijo que los médicos exageraban lo que era “un simple catarrito”.⁹⁵ Otros testimonios afirman que Fina y Cintio no fueron a Trocadero ni al hospital porque la madre de Cintio estaba, en la misma época, muy enferma. En cuanto a Arenas, como veremos luego, no se encontraba en La Habana en esas fechas.

La mayoría de los allegados coincide en que Moreno del Toro actuó con diligencia. Desde el miércoles 4 de agosto habría empezado a insistirle a Lezama que se ingresara en el hospital donde él trabajaba y que el poeta ya conocía, pues en 1971 tanto él como María Luisa se habían atendido allí.

“El ‘no’ rotundo fue su respuesta. Traté de convencerlo, explicarle y hasta suplicarle que fuéramos al hospital, que sería una breve estancia. Luego, en un aparte con su esposa, le expliqué que los medicamentos parecían no estar haciendo los efectos deseados y que la situación estaba avanzando hacia la complicación y no hacia la solución de la enfermedad. No hubo manera, me pidió una oportunidad hasta el día siguiente.”

Lezama, según varios testigos, era muy reticente a seguir las indicaciones médicas. Cuando se le sugerían análisis y radiografías, siempre encontraba una

⁹⁵ Tomás Eloy Martínez: “Último viaje del peregrino inmóvil”, en *La Nación*, Buenos Aires, 29 de septiembre de 2007.

manera de posponerlos o reclamaba que se le hicieran las pruebas en casa. Prefería los remedios caseros y evitaba los hospitales, a cuya puerta, solía decir, “está anclada la nave de Proserpina”.

El jueves 5, temprano, María Luisa le dijo a Del Toro que Lezama se sentía un poco mejor, aunque no había querido tomar mucho líquido “para no desconcertar a los corpúsculos de Malpighi” encargados del filtrado renal. El doctor se quedó hasta muy tarde en Trocadero, tratando, una vez más, de vencer las reticencias al ingreso y discutiendo con María Luisa, que le confesó que en vez de los antibióticos recetados se había limitado a darle infusiones de pelusas de maíz y cocimientos hechos con la raíz del guisano de caballo.

“Le señalé: ‘María Luisa, Lezama no puede, de ninguna forma, darse el lujo de esta infección, y lo que tiene no es una bobería, hace cinco días que está con una infección urinaria y ahora está complicada, muy complicada con una severa infección respiratoria, y como usted me ha oído decirle muchas veces en estos días, ese riesgo no lo podemos correr. Llevamos perdidos en esta batalla tres días que son cruciales, y yo no sé si usted se da cuenta, pero estamos bordeando el desastre. Fue una locura no haberle dado los antibióticos’. Fui más allá, con peligro de ofender los característicos rasgos de su personalidad, pero dado lo grave de la situación, no me quedó más alternativa que expresarle: ‘Es una irresponsabilidad no haberle dado los medicamentos y los antibacterianos que le indiqué y le traje, tenemos que pasar a convencerlo de ingresar, no queda otro remedio’. Al conjuro de estas palabras se rasgó el velo del templo: hacia las 3:00 am, pude administrarle el antibiótico por vía intramuscular, y cerca de las 4:00 am me retiré, Lezama tenía muchos estertores y secreciones, la fiebre había descendido con la ayuda de medicamentos.”

El viernes 6, antes de las 8 de la mañana, María Luisa volvió a llamar al doctor. Lezama seguía con fiebre y falta de aire, pero también plantado en su negativa al ingreso.

“Me tumbé a dormir en el sofá de la sala, el cuadro clínico se agravaba, la fiebre no bajaba. Lezama no quería ingerir líquidos y el cuadro respiratorio se

complicaba. Cada vez, la administración del medicamento era una verdadera odisea.”

El sábado 7, por la mañana, fue la llamada de Guevara y la primera visita de la ambulancia, ya mencionada. Según Bianchi, Lezama se negó a salir de su casa. “Hoy no estoy para hospitales —dijo—, mi mente no está acondicionada aún para la Mudanza” (Lezama tenía la poética costumbre de referirse a la muerte como “la Gran Mudanza” o “la Gran Enemiga”). Moreno del Toro confirma la tozudez del enfermo y cita una frase similar: “‘Hoy no estoy para el hospital, doctor’, señaló con firmeza, a pesar de que se mantenía con fiebre y expectoración abundante”.

El domingo 8 la ambulancia volvió de urgencia: el escritor había sufrido un desmayo y su doctor decidió aprovechar la ocasión para trasladarlo. Los enfermeros debieron sacar al obeso paciente por la ventana-balcón de Trocadero pues la camilla no tenía espacio para doblar entre la puerta del departamento y la que daba a la calle. Según Tomás Eloy Martínez, “los camilleros que montaban guardia intentaron llevarlo a la ambulancia pero fueron vencidos por el cuerpo descomunal del poeta. Los vecinos más fuertes del barrio acudieron a socorrerlos. Aun así, se les quedaba estancado a cada paso. Les cerraban el paso los muebles, las figuritas de porcelana, las torres de libros. Tuvieron que quitar las persianas del balcón y abrir un hueco en la mampostería”.

Moreno del Toro confirma estos mismos hechos:

“Cuando por fin se pudo decidir el traslado al hospital tropezamos con dos dificultades: primero, las dimensiones de la camilla y del paciente, lo que fue resuelto con cierta facilidad gracias a la ayuda de algunos vecinos que colaboraron, más el trabajo y la pericia de la tripulación de la ambulancia; para la segunda fue necesario romper el herrumbroso y viejo candado que guardaba las rejas de la primera ventana de la sala, para sacarlo, no sin dificultad, en la camilla, ya que las dimensiones estrechas de la puerta, la angulación existente entre ella, la escalera a los pisos superiores y la puerta principal del edificio de Trocadero 162, así como la posición de la camilla y el paciente, dificultaban la maniobra.”

El traslado hasta la ambulancia se convirtió en un espectáculo para toda la cuadra. Recordemos que el barrio ya era, desde antes de la Revolución, bastante marginal, y allí Lezama era visto como un bicho raro. Cerca de la casa había un punto de distribución de leche, y las personas que hacían la cola solían ver al escritor acodado en su ventana, como una suerte de prisionero; algunos incluso conversaban con él. Otros niños de la vecindad (los “tupamaros”, como los llamaba el escritor), llegaron a tirarle piedras que a veces entraban a través de los postigos. Los vecinos de los altos de Trocadero también fueron durante años la pesadilla de Lezama: le hacían la vida imposible con sus escándalos y la basura que arrojaban al patio interior.⁹⁶ La excepción era Emilia, la vecina que vivía puerta con puerta, que sí era muy cercana a la familia y en esos días finales fue de gran ayuda.

Ya en el hospital, y después de algunos trámites de rigor y rayos X, a Lezama le diagnosticaron una pulmonía. Estuvo consciente, al menos, hasta las ocho y media de la noche. En ese lapso, habría recibido varias visitas, incluida la de Retamar, que se permitió una broma literaria: “Joseíto, le dije (...), tienes que portarte bien y dejarte hacer todo lo que sea necesario. Fíjate que te han traído al pabellón Borges, que es a donde traen a los buenos poetas. Si no lo haces, te mandarán al Sánchez Galarraga”. La despedida tuvo un tono confiado: “Me confesó que se sentía mejor, y hasta halló ánimo para bromear conmigo: ‘Cuando creían que había descendido a la mansión del Hades, me encuentran en Guanabacoa, bailando una rumba’”.⁹⁷ Al salir del hospital, Retamar llamó a Eliseo Diego para avisarle de que Lezama estaba ingresado, pero que se trataba de algo sin importancia.

Durante todo el domingo, Lezama mantuvo su buen humor. Goloso, pidió a Onilda, la esposa de Moreno del Toro, que le llevara un pudín, “comida de ángeles”. Prats Sariol y su esposa, que también acudieron a la hora de visita, se encontraron “a un Lezama optimista, burlándose de su gordura con la de Santo

⁹⁶ Además de los constantes gritos y pleitos, convenía protegerse de sus delaciones, por lo cual Lezama y María Luisa ponían con un volumen muy bajo los programas radiales de *La Voz de los Estados Unidos de América*, que escuchaban para mantenerse informados.

⁹⁷ Roberto Fernández Retamar: “Un cuarto de siglo con Lezama”, en *Revolución y Cultura*, nov.-dic. de 1983, pp. 2-11. Se trata de la transcripción de las palabras que Retamar pronunció en un evento de la UNESCO en París, en mayo de ese mismo año.

Tomás, bajo la certeza de que la enfermedad doblaba por la esquina, a perderse. No fue así”. Las flemas aumentaban y le enrarecían la respiración. Tuvieron que inyectarle más antibióticos, darle broncodilatadores y, al final, entubarlo. Desde hacía años había desarrollado una EPOC (enfermedad pulmonar crónica obstructiva) y su corazón empezó a fallar.

Moreno del Toro tenía la mejor disposición, pero quizás no estaba a la altura profesional del caso. Él defiende lo contrario y cita los nombres de otros galenos implicados, desde el director del hospital, doctor Roberto Menchaca, y el viceministro de Salud Pública, doctor Pedro Azcuy Henríquez, que habrían esperado a Lezama para viabilizar su ingreso, hasta una especialista en medicina interna, la doctora Mercedes Batule y el intensivista José Antonio Negrín Villavicencio, que estaba de guardia ese día en la sala de Terapia Intensiva.

Prats Sariol resume su impresión de tal despliegue: “los pronósticos enrevesados se aciclonaban, sobre todo entre nosotros, los neófitos que oíamos a los médicos discutir variantes clínicas, recetar medicamentos, especular”. Junto a la cama B de la habitación 16 del pabellón Borges, María Luisa y Onilda sostenían las manos del poeta mientras se tragaban las lágrimas.⁹⁸ En algún momento, le oyeron decir con un hilo de voz y los ojos aún abiertos: “Ave María, me cubre la manta negra”. Poco después, sobre las nueve, le sobrevino un paro cardiorrespiratorio que, según Prats Sariol, Moreno “decidió tratar en una operación a corazón abierto, darle masajes a ver si el músculo volvía a trabajar”. El bombeo no resultó: a las dos y cuarenta de la madrugada del lunes 9 de agosto de 1976, José Lezama Lima ya era cadáver.⁹⁹

Afuera del pabellón estaban dos fieles amigos del bando de los “indeseables”: el arquitecto Armando Bilbao (a quien Héctor Abad Faciolince califica en su diario de “el último amor de Lezama”) y su tocayo Armando Suárez del Villar, destacado teatrista cubano, que en 1966 había pasado por la

⁹⁸ Moreno del Toro recuerda que en la habitación de enfrente estaba ingresado un viejo amigo de Lezama: Gonzalo de Quesada y Miranda, hijo de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, amigo y albacea de Martí. Moriría un mes después, el 12 de septiembre de 1976.

⁹⁹ Alguien tan poco “sospechoso” de contubernio oficialista como Virgilio Piñera escribe que “se hizo todo lo humanamente y mucho más por salvarlo, pero no fue posible”. Carta a Humberto Rodríguez Tomeu, en *Diario de Poesía*, Buenos Aires, Primavera de 1999, pág. 26. (Incluida en Virgilio Piñera, *De vuelta y vuelta. Correspondencia 1932-1978*, Ediciones UNIÓN, La Habana, 2011, pp. 245-246).

UMAP pese a ser, por cierto, pariente de Dorticós.¹⁰⁰

En opinión de Moreno del Toro, las horas perdidas antes del ingreso fueron fatales. La culpa, entonces, sería de Lezama, por tozudo oblomovista, y de María Luisa, por no obligarlo a ingresar antes. Más o menos lo mismo sostiene Retamar:

“[El sábado] se hizo todo lo posible por trasladarlo de inmediato al pabellón Borges, del Hospital Calixto García, pero desafortunadamente su esposa no logró convencerlo de que fuese. En nuestro país, a todos los enfermos se les brinda una esmerada atención médica. En el caso de Lezama, esa atención fue extremada. Se le prepararon en el hospital condiciones óptimas, y lo aguardaban, como se dice en el lenguaje popular, con todos los hierros. Sin embargo, él no aceptó ingresar sino al día siguiente, y esa demora resultó fatal”.

Según su hermana Eloísa, que recibió en Miami la noticia del ingreso a las 11 de la mañana del domingo, Lezama no estuvo todo lo bien atendido que debiera:

“En el Calixto García no lo vio ningún especialista pulmonar y los médicos del hospital no llegaron porque era el fin de semana y no había asistencia médica... Mi hermano murió sin asistencia médica especializada. Esa noche después de que falleció, hablé con Cintio, que me dijo: ‘Toda Cuba llora, tú estás confundida’. Yo estaba brava porque, ¿cómo es posible que a mi hermano no le hubiesen dado la mejor atención médica? Claro, su salud estaba deteriorada. Él fumaba mucho, mucho. Esa fue en parte la causa de su muerte. Pudo haber vivido mucho más”.¹⁰¹

Materia controvertida es la causa última del deceso, que debe constar en la autopsia oficial. La versión de Bianchi invoca un poético paralelismo biográfico

¹⁰⁰ Armando Suárez del Villar (1936-2012) estuvo, según el detallado testimonio de Félix Luis Viera, en la “compañía 4”, reservada para los homosexuales, en una de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción en la provincia de Camagüey.
<https://www.cubaencuentro.com/cultura/articulos/murio-el-soldado-umap-no-67-armando-suarez-del-villar-280217>

¹⁰¹ “Eloísa Lezama Lima: una resistencia fogosa”, Entrevista con Nedda G. de Anhalt, en *Vuelta* n° 143, México, octubre de 1988, pág. 29.

(“Lezama decía que su padre había muerto de una ‘tonta’ pulmonía. Otra ‘tonta’ pulmonía se lo llevaría a él también”). Moreno del Toro primero lo corrige y precisa que Lezama no murió de pulmonía, sino de un infarto. Años después, adapta su relato al de Bianchi: sin dejar de mencionar el infarto, asegura que

“Lezama muere de una bronconeumonía, como complicación de una tórpida y precipitada sepsis urinaria en una semana de evolución asentada, y se ensañó en sus pulmones prágicos de asmático que cargaba con un enfisema respiratorio obstructivo crónico. Esto evolucionó desde los primeros días de su vida, agravado por su marcado sedentarismo y la obesidad de sus últimos años, cuando apenas deambulaba los breves pasos de su casa, de la sala al comedor y algunos recorridos a otras piezas obligatorias de la casa”.

Aunque Lezama llevaba una semana en los trajines de su enfermedad, la noticia de su muerte cogió por sorpresa al ambiente cultural habanero. El propio Retamar dice que “cuando telefoneé a varios de los amigos comunes, tuve que empezar por pedirle excusas por no haberles avisado antes de la enfermedad. Nunca esperé ese desenlace”.

EL VELORIO TUVO LUGAR en el tercer y último piso de la antigua funeraria Rivero, en Calzada y K, en el Vedado. Allí estaban, según testimonios diversos, Cintio Vitier y Eliseo Diego con sus esposas Fina y Bella García Marruz, monseñor Gaztelu, Octavio Smith, Portocarrero... Pasaron esa tarde Alicia Alonso, Raúl Roa y su esposa, Juan David, Ambrosio Fonet, Umberto Peña, Félix Beltrán, Adigio Benítez, Salvador Bueno... También la tropilla de la UNEAC: Ángel Augier, enviado por Nicolás Guillén; José Antonio Portuondo, Luis Marré, César López y los jóvenes “que entonces se nucleaban en torno al mensuario cultural *El Caimán Barbudo*”: Luis Rogelio Noguerras, Guillermo Rodríguez Rivera, etc. Confirmados, además, Reynaldo González y Edmundo Desnoes, el propio Prats Sariol, Piñera, el fotógrafo Chinolope, Heberto Padilla y Belkis Cuza, Manuel Díaz Martínez con su esposa Ofelia Gronlier, Triana y Chantal, Loló de la Torriente, Enrique Saínez, la pintora Antonia Eiriz, se dice que hasta Mario Benedetti, al que Lezama apodaba “el pesado del arrabal”...

En un artículo publicado en la revista *Vuelta*¹⁰², Cabrera Infante asegura que al velorio también asistió Reinaldo Arenas, y lo convierte en “su informante” sobre los hechos. Sin embargo, en una carta del 17 de agosto a María Luisa, el propio Arenas dice que “estaba por Oriente cuando supe la terrible noticia”. Podría ser una excusa, porque en su autobiografía lo cuenta de otra manera. Según su correspondencia con Jorge y Margarita Camacho, la última visita que habría hecho Arenas a Trocadero 162 fue el 26 de abril de 1976.

Otra descripción del velatorio, con detalles adicionales, es la del escritor Reynaldo González:

“En el salón, la llegada de muchos que apenas entraban a la capilla ardiente, ajenos como eran a aquella vida y a aquella muerte. Cumplían un rito oficial. Y me recordé en la pequeña morgue de la funeraria, junto a algunos de los mencionados por el cronista, más el escultor Osneldo García y la pintora Antonia Eiriz, todos aterrados, “ayudando” o estorbando el trabajo de Camporino, a quien le habíamos encargado que hiciera su mascarilla y la impronta de sus manos. El cadáver de Lezama amenazaba con cierto grado de descomposición, además de estar mal acomodado en el estrecho féretro. Era preciso hacerle algunas punciones, a escondidas de su viuda, que se negaba. El trabajo de la mascarilla y la mano devenía, pues, un pretexto, pero fue cierto. Aquel señor, Camporino, del cual sólo recuerdo su apellido, le había hecho la mascarilla mortuoria a otro grande de nuestras letras, Rubén Martínez Villena, y por ello lo contrató Umberto Peña. Para él era cuestión de oficio. Para nosotros, mover y tratar el cadáver de un ser muy querido y admirado, algo infrecuente y pavoroso. Quizás para romper nuestro sobrecogimiento, mi torpeza al untar glicerina a las manos del cadáver, consideró oportuno improvisar un chiste: ‘Imagínense si en vez de ser escritor, el muerto fuera atleta, tendríamos que empavesarle las piernas completas’, dijo. José Triana y Antonia Eiriz se abrazaron. Ella,

¹⁰² Guillermo Cabrera Infante: “¿Quién es ese Ciro Bianchi y por qué está diciendo esas cosas de mí?”, *Vuelta*, n.º 217, México, diciembre de 1994, pp. 59-64.

comprendiendo la intención de quien era un simple ‘operario’, razonó: “El chiste le hubiera gustado al gordo”.¹⁰³

Habría que corregir a González en algunos particulares. Según Julio Girona, no fue Camporino sino el escultor Juan José Sicre quien se encargó (con ayuda del propio Girona) de hacer la mascarilla de Villena. La de Lezama fue obra de un pariente de Camporino, Osneldo García (Camporino es su segundo apellido), y de otro profesor de la ENA, Pánfilo Cañizares. Hoy reposa, restaurada, en la Casa Museo de Trocadero. La pagaron los amigos, como me confirmó Triana: “Un grupo aportamos dinero para hacerlo, porque Lezama adoraba la mascarilla de Pascal. Y me decía: ‘¿Tú crees que llegaré a tener una mascarilla, como Pascal?’”. Otro testigo de esa noche, José Vélez, cuenta que costó mucho tomar la impronta de las manos del cadáver porque estaban hinchadas, edematosas.

Cintio Vitier tuvo que escribir su oración fúnebre en uno de los salones del tanatorio, después que María Luisa se negara en redondo a que el entonces vicepresidente de la UNEAC, Ángel Augier, despidiera el duelo. Entre la viuda y Vitier se ocuparon de hacerle una crónica telefónica a Eloísa, angustiada en Miami: “Cintio no hacía más que decirme por teléfono —porque estuvimos hablando toda la noche desde la funeraria—: ‘están las grandes autoridades, está Fulano y Mengano. Acaba de entrar Perengano’. ¡Y a mí qué me importaba quienes estaban! Mi hermano estaba muerto y me torturaba pensar que ese cerebro tan privilegiado se lo iban a comer los gusanos”.

“Por la madrugada, como suele ocurrir, sólo quedamos unos pocos — cuenta Prats Sariol—, aunque por allí habían pasado desde Alicia Alonso hasta René Portocarrero y Raúl Milián”. Es inexacto: Portocarrero sí fue; Milián, según el testimonio recogido por Carlos Espinosa en *Cercanía de Lezama*, se quedó en casa, llorando.

La noticia de la muerte circuló poco a poco entre los conocidos, pero no hubo una inmediata declaración institucional. Se trató de evitar que el velorio fuera público, si bien el cuerpo fue acogido en la sala principal de la funeraria, destinada a los finados importantes. Sobre las dos de la tarde, Díaz Martínez asegura que en el lugar sólo había dos funcionarios del Instituto Cubano del

¹⁰³ Reynaldo González: “Lezama y Piñera: diálogo difícil y entrañable”, en *Juventud Rebelde*; incluido luego como “Lezama y Piñera: diálogo espinoso y deleitable” en *Lezama sin pedir permiso*, Letras Cubanas, 2007, pp. 128-129.

Libro. La policía política y los funcionarios temían que aquello se convirtiera una reunión de los excomulgados por la política cultural de la época, empezando por Padilla. La ceremonia, por tanto, debía planificarse con cuidado. También era importante dejar claro que se le había dado una buena atención médica al fallecido para evitar cualquier especulación en la prensa extranjera. Uno de los funcionarios con que se topó Díaz Martínez le aclaró: “Se hizo lo que se pudo por salvarlo”.

Al final, el amplio salón de la funeraria Rivero se llenó. En la entrada, se acumulaban las coronas florales: una de Eloísa y su esposo, la de Triana y Chantal, otra del Sindicato Nacional de Trabajadores de Artes y Espectáculos... “Todos nos mirábamos en silencio —cuenta Ofelia Gronlier—, asombrados de que, sin que hubiese habido ningún acuerdo previo, de la forma más espontánea y a pesar de nuestra vida retraída, casi de exilio interior, todos, absolutamente todos los conflictivos, los apestados, los ‘flojos’ de la intelectualidad cubana estuviésemos allí. Allí estábamos los de La Habana y los del interior de la isla, los que quedaban de *Orígenes*, los de la Generación del 50, los ‘intelectuales del silencio’, los ‘caimaneros’, los coloquiales, los herméticos, los que hacían o habían hecho poesía social, los más nuevos, los que aún no tenían obra, junto a los músicos, a la gente de teatro, de cine, de televisión, del ballet y la danza... Apenas nos sentamos se inició un murmullo bajo y cargado de ansiedad, que se interrumpía con la llegada de cada nuevo apestado y que se reanudaba tan pronto el recién llegado se incorporaba al grupo. Esta combinación de pausa-murmullo se repitió toda la noche.

A medida que iba acercándose la hora del entierro, crecía la tensión. La expectación era grande porque aquella enorme cantidad de gente no convocada se había ido agrupando guiada por su instinto y ahora, de un lado, estaban los oficiales y, del otro, los apestados. A las nueve de la mañana empezaron los movimientos habituales para sacar el féretro. Se retiraron las numerosas coronas. María Luisa no lloraba. Algunos tomaron el ascensor; otros bajamos por la gran escalera de mármol que da al vestíbulo. Las puertas de cristal estaban abiertas y salimos a la calle”.¹⁰⁴

¹⁰⁴ Ofelia Gronlier Lamar: “Lezama en mi memoria”, en *El Copo y la Rueda*, blog de Gabriela Díaz Gronlier. Link: <https://www.elcopoylarueda.com/lezama-en-mi-memoria-ofelia-gronlier-lamar/>

Ciro Bianchi asegura que en el velorio, “sin que se separaran un solo momento del féretro, estuvieron los que fueron brazos ejecutores de la persecución contra Lezama. Algunos de los que asistieron no tenían nada que hacer allí como no fuera cumplir un compromiso oficial y simular, y a veces ni eso, un pesar que estaban muy lejos de sentir”.

Alrededor de las diez de la mañana de un soleado martes 10 de agosto, la carroza fúnebre llegó al cementerio de Colón. Allí, un antiguo apunte del diario de Lezama demostró una singular precisión oracular: “Qué imposible nuestro cementerio. El sol, contento de la enemistad del mármol, quema como un soplete”. En la capilla, el Padre Gaztelu ofició el responso. Al terminar, entre diez personas cargaron el ataúd para meterlo en el coche fúnebre. Los asistentes emprendieron de nuevo la marcha en silencio tras la limusina beige (un Cadillac 1959) hasta llegar a la sepultura, que fue abierta por tres forzudos enterradores. El cuerpo descendió, Lezama reposaría junto a su madre. Habló entonces Cintio Vitier: “Damos sepultura a un hombre bueno, un cubano intachable y un poeta genial que con su obra y su maestrazgo llena una época de nuestra cultura...”.

Chantal hizo unas fotos del entierro que nunca se han publicado, aunque sí las ha compartido conmigo.¹⁰⁵ Heberto Padilla y Reinaldo Arenas cuentan que el ICAIC filmó el sepelio por órdenes de Alfredo Guevara. Nunca se ha visto ese metraje, aunque sin duda hubo un camarógrafo en el cementerio: aparece en varias de las fotos de Chantal, trepado sobre una tumba. En la ceremonia, Padilla no dejó de advertir, “de reojo, las activas brigadas del Departamento de Seguridad del Estado que se desplegaban en torno como si realizaran maniobras de rutina”.¹⁰⁶

En el periódico *Juventud Rebelde*, la noticia del sepelio dedicó la mitad de sus diez líneas a aclarar que “los médicos que atendieron al distinguido hombre de letras hicieron todos los esfuerzos por salvar la vida de quien con su desaparición deja una sensible pérdida para la literatura nacional”. Meses después, Cintio Vitier publicó su oración fúnebre en *La Gaceta de Cuba* (un

¹⁰⁵ Triana y Chantal habían estado en su casa el martes 3 de agosto, y ese día Lezama les había confesado que padecía molestias urinarias. “Como Chantal había logrado conseguir una casa en la playa, nos fuimos el miércoles y nos quedamos hasta el sábado. Cuando llegamos, Lezama acababa de morir”, cuenta Triana. En el velorio, Triana empezó a escribir un poema, “Coloquio de sombras”.

¹⁰⁶ Heberto Padilla, *La mala memoria*, Editorial Hypermedia, Madrid, 2018, pág. 150.

texto breve, que acaba citando la invocación lezamiana al “ángel de la jiribilla”), precedida de una nota donde se aclaraba que “el destacado escritor y poeta cubano (sic) José Lezama Lima [falleció] víctima de una repentina enfermedad, y después de agotarse todos los medios y recursos de la ciencia médica”. De nuevo, la insistencia oficial en la atención médica recibida, para evitar rumores y especulaciones.

Luego del entierro, y aunque muchos se ofrecieron a acompañarla en esas horas difíciles, María Luisa prefirió regresar sola a la casa de Trocadero. Tras introducir la llave en la cerradura y empujar la puerta para entrar, esta se vino abajo.

DENTRO DEL GREMIO literario cubano, la muerte de Lezama provocó una conmoción silenciosa. Una sensación de orfandad, de falta de referente, venía a sumarse a los males de una política cultural orientada hacia el modelo soviético de la “literatura comprometida”.

Aunque en términos cronológicos Lezama era el primero de los *originistas* en morir, con él desaparecía toda una época, el *Ancien Régime* de la cultura cubana. Para los escritores jóvenes representaba alguien ninguneado dentro de la isla que, sin embargo, había conseguido el prestigio internacional. En ese sentido, su última correspondencia resulta significativa: Lezama se escribía libremente (no por el correo normal sino a través de intermediarios) con intelectuales como Octavio Paz o Emir Rodríguez Monegal, mal vistos en La Habana por sus críticas al castrismo; esas cartas también son, como precisa Rafael Rojas, “un testimonio de rebelión contra el silencio y la fractura que la Guerra Fría impuso al campo intelectual latinoamericano”.¹⁰⁷

Moreno Friginals se ha referido a Lezama como el último representante de la cultura criolla en Cuba, embajador de una idea de nacionalidad colocada “en otra dimensión”; Eliseo Diego lo llama “el último criollo auténtico del siglo XIX”. Ambas definiciones constatan de manera velada un evidente desencaje entre el escritor y el modelo revolucionario de los años 70. Homosexual y hermético, es decir, incompatible con los parámetros ideológicos del llamado

¹⁰⁷ Rafael Rojas: “Paradiso en el boom”, en *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*. Taurus, México, 2018, pág. 118.

“Quinquenio Gris”, en su vida como en su obra Lezama también defendió una manera abierta de entender la cultura cubana y de incorporarla con naturalidad al diálogo con lo universal, sin broncos alardes nacionalistas. No hacía distinciones al referirse a Spengler, Mallarmé o Martí, al *Libro de los Muertos* tibetano o un periodista habanero del siglo XVIII. Habitaba un mundo de jerarquías horizontales, y todo lo que tocaba quedaba de inmediato consagrado por su verba festiva y libérrima, incompatible con cualquier ortodoxia. Uno de sus más grandes y definitorios dones era justamente la virtud para la conversación. Muerto, se extinguía también esa dimensión fundamental de su figura.

Para Cintio Vitier, que recibió la noticia del fallecimiento de Lezama por boca del doctor Moreno del Toro, “al amanecer de una noche en que mi madre estuvo a punto de morir y no murió”, el deceso marcó el momento de la recapitulación: un parteaguas memorioso. La marginación final de su amigo no podía ser ignorada: “antes estaba en la vida como en la muerte, ahora estaba en la muerte como en la vida”. Pocos meses después, Vitier se sentó en su cubículo de la Biblioteca Nacional y escribió de un tirón *De Peña pobre*, subtitulada “memoria y novela”, un libro que no será publicado —en México— hasta 1978.¹⁰⁸ Esas páginas son la primera historia del llamado “ceremonial de *Orígenes*”. Allí Lezama es entrevistado a lo lejos como “príncipe de una dinastía perdida” y luego convertido en Maestro, alguien que otorga sentido y resolución a una época. “Es posible por la poesía constituir la Tribu dentro de la Ciudad”, escribe Vitier, justo cuando esa Tribu ha perdido su centro.

La muerte de Lezama también fue llorada por una figura tan poco dada a servilismos literarios como Virgilio Piñera. “Cuando Lezama murió —cuenta Abilio Estévez—, [Virgilio] se sumió en una consternación y una solemnidad que veía en él por primera vez. Recuerdo que yo aún no sabía la noticia. Lo llamé a eso de las nueve de la mañana y me sorprendió el tono de la voz que escuché al otro lado del hilo telefónico. “¿Qué pasa?”, le pregunté. “Algo terrible ha sucedido”, me respondió; una frase impropia en él si se tiene en cuenta que fue

¹⁰⁸ Cintio Vitier: “Hacia *De Peña pobre*”, *Poética. Obras 1*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1997, p. 224.) Vitier precisa que el libro fue escrito en un estado de trance, sin revisiones, entre noviembre de 1976 y enero de 1977. En su ensayo “Novelar *Orígenes*”, César A. Salgado ha hecho notar que otra importante memoria-novela, *Los años de Orígenes*, de Lorenzo García Vega si bien empezó a escribirse antes también recibió su empujón definitivo después de la muerte de Lezama. <https://rialta.org/novelar-origenes/>

dicha no con tono sarcástico, sino con absoluta seriedad. Corrí a verle. Estaba como siempre en su casa, con una camiseta y un short verde, pero con todas las ventanas cerradas; en el apartamento parecía de noche y hacía un calor insoportable. “Lezama murió”, me dijo en cuanto me vio. Más que triste o conmovido, se veía fuera de sí, con miedo, como si la muerte del otro lo dejara indefenso o como si un peligro lo acechara. Nunca olvidé esa reacción tan extraña porque después, en otras oportunidades, sucedió que al hablar sobre Lezama y su muerte adoptaba una actitud como de alguien a quien han abandonado a merced de su propio destino”.¹⁰⁹

Días después del entierro, en el que Padilla lo recuerda llorando, Piñera le escribe a su íntimo amigo Humberto Rodríguez Tomeu: “Piensa en el estado que me ha sumido esa muerte, que además de ser un aviso —no al lector, sino al escritor— es todo un desgarramiento”¹¹⁰. Piñera y Lezama tenían una relación especial, casi simbiótica, que ha sido muy comentada. “Creo que para él resultaba una tranquilidad saber que su antagonista vivía en Trocadero, a pesar de que hacía dos o tres años no se veían” —escribe Estévez. “Me parece que al morir Lezama, algo murió también en Virgilio, como si al Doctor Jekyll le quitaran a Míster Hyde. Era un presupuesto de su vida que comenzaba a faltar, y cuando eso ocurre ya es la muerte que se acerca”.

Vigilado y censurado por las autoridades, sin referente ni interlocutor a su altura entre los vivos, Piñera supo que era hora de lidiar con la posteridad, esa gran pregunta que le suscitaba el “modelo Lezama”. Había entendido siempre la literatura como una batalla pero ahora el trono de su generación era póstumo e indisputable. La atenta vigilancia del otro había terminado, estaba solo con su ambición y sus dudas. Esa sensación se recoge en el poema “El hechizado”, que Piñera dedicó “a Lezama, en su muerte”: “Por un plazo que no pude señalar/ me llevas la ventaja de tu muerte:/ lo mismo que en la vida fue tu suerte/ llegar primero. Yo, en segundo lugar”. No tuvo que esperar mucho. Morirá tres años después, en 1979, a los 67 años, de un infarto. El mismo día de su funeral la policía entró en su apartamento para confiscar varios manuscritos

¹⁰⁹ Abilio Estévez en: Carlos Espinosa Domínguez, *Virgilio Piñera en persona*, Término Editorial, 2003, pág. 244.

¹¹⁰ Carta a Humberto Rodríguez Tomeu, del 15 de noviembre de 1976, en *Virgilio Piñera de vuelta y vuelta. Correspondencia 1932-1978*, ed. cit., pág. 245.

inéditos.

Para la generación más joven, la muerte de Lezama también significó una pérdida, aunque con matices liberadores. El mejor ejemplo de esta ambivalencia puede ser la reacción de Reinaldo Arenas, contada en su autobiografía *Antes que anochezca* —y fabulada en la novela *El color del verano*. Arenas, que desde finales de los 60 visitaba Trocadero 162, veía en Lezama un modelo de salvación por la palabra, “uno de nuestros más auténticos ejemplos de audacia y heroísmo intelectuales”, como dice en un ensayo. “El hecho de saber que él aún existe, que aún podemos disfrutar de su presencia y de su conversación que son partes principalísimas de su obra, es decir, de su vida, es un privilegio que raramente el tiempo tiene la gentileza de ofrecernos”, escribía un joven Arenas a finales de 1969.¹¹¹

La noticia de la muerte de Lezama se la dio a Reinaldo su amigo Armando López Salamó en el balcón de la casa del teatrista Julio Gómez¹¹², en el Náutico, donde ambos estaban de visita. Armando había leído la breve nota sobre el sepelio aparecida en la prensa, y alguien lo había llamado para avisarle del fallecimiento, aunque él solo había visto a Lezama una vez.

Así se describe ese momento en *Antes que anochezca*:

“Mientras alimentaba las gatas de Elia, se me acercó un día Amando López y me dijo: “¡Cómo se nos fue Joseíto!”. Y yo le pregunté: “¿Qué Joseíto?”. Y me dijo: “¿No te has enterado? Ayer se murió Lezama Lima”. Entonces me mostró una pequeña nota que, entre varias noticias insignificantes, anunciaba en términos muy breves esta noticia: “Efectuado el sepelio de José Lezama Lima”.

Esa noche fui a la casa de Julio Gómez, donde se reunían bellos adolescentes (...) A este hombre, homosexual ostensible, nunca lo depuraron a pesar de

¹¹¹ Reinaldo Arenas: “El reino de la imagen”, en *La Gaceta de Cuba*, nº 88, La Habana, 1970, pp. 23-26.

¹¹² Gómez, que aparece en *El color del verano* como “Aristóteles Pumariega”, era un señor muy pintoresco con una accidentada biografía, interesado en el cine y el teatro experimentales, que fundó en La Habana el Grupo los 12. “A pesar de ser homosexual, se casó con una joven alemana, una radical de izquierdas, que trabajaba para la ONU. La mujer murió de un cáncer del cerebro y le dejó una pensión. Vivió sus últimos años en Miami, donde también habían vivido sus padres. Era muy agradable interlocutor y un amigo entusiasta. Falleció el 31 de agosto de 2011 por una complicación intestinal.” (Entrevista con Vicente Echerri, nov. del 2022).

toda la depuración que se efectuó en el teatro; al parecer trabajaba para la Seguridad del Estado. La noche que enterraron a Lezama yo fui a visitarlo y me lo encontré en una casa llena de adolescentes en trusa, todos prestos a acostarse con cualquiera de nosotros. Yo me fui para el portal de la casa y en un momento determinado empecé a gritar. Amando y Julio se me acercaron sin saber lo que me pasaba, mientras yo gritaba: “¡Hoy enterraron a Lezama Lima, hoy enterraron a Lezama Lima!”.

Al día siguiente, Arenas e “Hiram Prats” (pseudónimo del poeta Delfín Prats Pupo) se fueron al Parque Lenin, en las afueras de La Habana, donde tras hacer cola para comprar quesos crema y chocolates realizaron una especie de ritual, “un acto de exorcismo y homenaje”. Luego de llorar desconsoladamente al escritor muerto, Delfín azotó a Reinaldo con unas espigas de flores blancas (ramas de *mariposas* silvestres, flor nacional cubana) y ambos amigos se bañaron desnudos en la represa, bajo la mirada sorprendida de unos adolescentes con los que, por supuesto, terminarán fornicando. Una escena muy similar aparece en *El color del verano*, donde Lezama, además, protagoniza varias escenas farsescas.

OTRA FARSA, AUNQUE involuntaria, es el poema de José Agustín Goytisolo, “Posible imagen del entierro de don José Lezama Lima”, que se publicó en la revista española *Cuadernos para el diálogo* poco después de la muerte del cubano. Goytisolo había sido uno de los paladines de la obra del cubano en España, y antes le había dedicado un largo poema, “Vida de José Lezama Lima”, con el que este busca dialogar. El resultado, sin embargo, sólo puede ser leído como una parodia de elegía:

“Me gusta imaginar que don José Lezama Lima ha tenido,/ en La Habana, un entierro de postín, con velatorio a base de/ ron, cerveza fría y vinos importados y canapés y frutas y/ dulces que es una barbaridad y luego un furgón o coche/ musical con caballos y cocheros y lacayos a la federica, todos/ cantando un gorigori al seguro paso del poderoso mulo en el/ abismo, del fumador de tabacos que aliviaba el asma de la/ tierra con Changó,

Yemayá, Oggué, Obatalá, Ochún la de la/ Caridad del Cobre, y la Santísima Trinidad, vestidos de verde/ olivo para escándalo de serafines, tronos, potestades,/ arcángeles y ángeles del cielo y de la tierra y un coro de/ garzones leptosomáticos y otro de mulatas chinas,/ entrecruzadas en la danza de la jerigonza, las espaldas sudadas/ y brillantes, los muslos combativos...”

Como tantos otros “turistas del ideal”, Goytisoló había visto en la Revolución cubana una especie de orgía liberadora. Ciego a la marginación de Lezama durante los grises años 70, ahora intentaba convertir su entierro —tristón y vigilado— en un folclórico carnaval revolucionario. Desde finales de los 60, el catalán, que presumía de vínculos afectivos y familiares con Cuba¹¹³, había escogido la isla como un sensual paraíso privado. Pero, al igual que Barral, Cortázar, Feltrinelli y otros de sus contemporáneos, Goytisoló nunca se preguntó si el espejismo cubano era la variante tropical de una distopía socialista.¹¹⁴

El poema intenta demostrar con un puñado de enfebrecidas imágenes una afirmación del prólogo del mismo Goytisoló para “Posible imagen de JLL” (Ocnos, 1969): “Sí, Lezama es parte de la Revolución, es uno de sus múltiples e increíbles aspectos”. Atrincherado en esa certeza, el catalán junta en extravagante ceremonia fúnebre a milicianos y putas, curas y santeros, y hasta se las arregla para incluir a Fidel Castro, aludido con el mote popular de “El Caballo”:

“no sigan, no se oye nada, todos cantando/ cada quien por su lado, pero si lo bueno es eso, compañerita,/ él lo sabía, lo zúrrela es real, la guayaba no es

¹¹³ Su bisabuelo vasco por el lado paterno, Agustín Goytisoló Lizarzaburu, emigró a Cuba, instalándose en Cruces, muy cerca de Cienfuegos, y haciendo fortuna con el negocio azucarero. Luego la familia se trasladará a Barcelona, donde el abuelo Antonio se casaría con la hija de otro indiano menorquín: Catalina Taltavull Victory.

¹¹⁴ Escribe su biógrafo, Miguel Dalmau: “Aunque en la Cuba de 1966 algunos de esos errores empiezan a ser endémicos, el poeta Goytisoló no puede o no quiere verlos, embriagado como está por el fervor del proceso revolucionario. En su descargo dirá siempre que aún no se había impuesto en el país el predominio absoluto del PCC y se respiraba un aire de entusiasmo y de libertad general.” En *Los Goytisoló*, Barcelona, Anagrama, 1999. La posición de José Agustín contrasta con la de su hermano Juan, que también estuvo en Cuba varias veces en los años 60, pero sí percibió claramente la deriva autoritaria de la Revolución. A diferencia de sus hermanos Juan y Luis, José Agustín Goytisoló no firmó la carta de intelectuales a Fidel Castro tras el arresto de Padilla.

mejor que la/ granada y viceversa, y conversa y dispersa que el barroco se/ vuelve loco, que me den más ron, quiero y no puedo, me/ desabrocho la camisa de miliciano, y tú ¿ves cómo enseñas las/ tetas? ¡Ah!, si es por propaganda de la Revolución, mejor/ que mejor, entonces sigamos, esto se pone bueno, todo el/ mundo dejó de trabajar, la fiesta es por lo grande, llega Pepe/ Rodríguez Feo repartiendo los cartones de la charada, el Gato/ y la niña bonita, y ahora llega el Caballo, ino me diga!, eso no/ me lo pierdo, y suben y beben y cantan y entran en el/ cementerio y sigue la cosa, nunca se vio nada igual y así deseo/ que haya sido todo, como a don José Lezama Lima le hubiese/ gustado, con santeros y curas cantando en latín o en/ provenzal, con salvas de ordenanza militar al descender en su/ enorme ataúd a la tierra húmeda y caliente de la isla, y pensar/ esto me reconforta cantidad”.

Más sobria y ajustada a la realidad fue la “tribuna” que publicó en *El País* Carlos Spottorno, el 21 de agosto de 1976. El joven Spottorno, sobrino de Ortega y Gasset, había sido uno de los secretarios de la legación de España en La Habana entre 1969 y enero de 72, y allí, en su primer destino como diplomático, se hizo buen amigo de Lezama. Ahora le tocaba recordar su grandeza:

“Cubanos como él redimen a Cuba, a la Cuba de siempre. Guardián de la Isla, con alma de capitán, no la abandonó jamás. Y aunque todos en su nave decidieron olvidarle, con la arrogancia de un Grande y la dignidad de un Sabio, supo quedarse en su puesto y merecer el respeto de sus propios enemigos”.

¿Quiénes eran, exactamente, esos enemigos de Lezama? Los que, en los primeros sesenta se habían mofado de él y de su estilo en las páginas de *Lunes de Revolución* también estaban ya entre los apestados (Padilla, Piñera), los muertos (Baragaño) o se habían ido del país (Cabrera Infante). Otros se disculparon con el escritor por aquellos excesos y fueron recibidos como hijos pródigos (Antón Arrufat y Manuel Díaz Martínez). En resumen, Lezama y sus críticos tenían, después del caso Padilla, el mismo antagonista implacable: la política cultural del Quinquenio Gris, la deriva estalinista de la Revolución cubana.

Tras la amargura de Lezama y el ánimo sombrío que trasluce su poesía de esos últimos años parece estar la certeza de que la Revolución había desembocado en una sociedad autoritaria, hostil a la verdadera creación. A propósito de su último libro, *Fragmentos a su imán*, los críticos han hablado de “movimientos de retirada” (Pedro Marqués de Armas), “poemas de la desolación” (Remedios Mataix¹¹⁵) o “barroco carcelario” (término del propio Lezama reutilizado por Jorge Luis Arcos¹¹⁶). Como se ha dicho, hay en esos poemas últimos un ambiente sombrío que desemboca en la asfixiante certeza del “desierto que está creciendo” (Nietzsche). Son en su mayoría imágenes de un mundo que se desintegra, una ciudad secuestrada, una noche omnipresente en la que no se ve ninguna ventana. Al mismo tiempo, el poder alucinatorio de esos versos se multiplica. “Mientras más oprimido —parece ser la fórmula de este drama cinético y civil— y, por tanto, mientras menos móvil, más intenso el desplazamiento”, dice Marqués de Armas. “De una parte, la angustia del que no puede moverse, del hombre adherido a la madera del sillón, y de otra esos súbitos deslizamientos que rompen la inercia”.¹¹⁷

Sin duda, la retórica poética de Lezama cambió en esos últimos años, como si enfrentase no sólo una crisis exterior sino también una interna, más compleja y definitiva. La frustración y la angustia se redoblaron por el hecho de que el propio escritor, en un principio, había puesto sus esperanzas en esa supuesta “era de la posibilidad infinita” inaugurada por la Revolución. Ahora comprobaba en carne propia el fracaso de la utopía.

¹¹⁵ Véase Remedios Mataix: “Aquí llegamos, aquí no veníamos”. La poesía última de Lezama y los vaivenes de los cánones. En *José Lezama Lima: la palabra extensiva*, Verbum, Madrid, 2011, pp. 183-216.

¹¹⁶ “Como una derivación de todo ello, y anticipando ya el efecto de los rigores a que fue sometido hasta su muerte en 1976: muerte civil, no viajes, no publicación, no compareencias públicas, Lezama escribe también “El cuello”, fechado en junio de 1971, donde de alguna manera nombra la poética de buena parte del libro: el barroco carcelario. Este texto y los conocidos “Esperar la ausencia”, “¿Y mi cuerpo?”, “La caja”, “Poner el dedo”, son los poemas más desoladores que escribió Lezama. Son el testimonio eterno del poeta devastado por la Historia, su historia, la de la revolución cubana”. Jorge Luis Arcos, “El barroco carcelario. Lezama Lima y la Revolución”, en *Encuentro en la red*, 20/07/2006. [https://www.cubaencuentro.com/cultura/articulos/el-barroco-carcelario-21212/\(page\)/2](https://www.cubaencuentro.com/cultura/articulos/el-barroco-carcelario-21212/(page)/2)

¹¹⁷ Pedro Marqués de Armas, “Fragmentos no tanto a su imán”, en *Prosa de la nación. Ensayos de literatura cubana* (Casa Vacía, Richmond, 2018).

Que Lezama fue condenado al más severo ostracismo después de 1971 es asunto que nadie se atreve ya a discutir. “Fue como si hubiese dejado de existir”, dice Bianchi. “Peor, como si nunca hubiera existido”. Le grababan las llamadas y confiscaban su correo. Citar su nombre podía ser motivo de censura.¹¹⁸ Recibía visitas y llamadas de advertencia. Dependía de medicinas que le mandaban amigos y familiares desde el extranjero. Agradecía lo mismo sábanas que bolígrafos, zapatos o “un pomito de salsa Maggi”. Cuando su familia le enviaba algún paquete, la aduana le decomisaba cosas como una guayabera o un par de medias. Vivía en condiciones deplorables, pues la casa de Trocadero se inundaba (a veces de aguas albañales) sin que pudiera hacer mucho por mejorar esa situación. Era un anciano con problemas de salud, al que no dejaban salir de Cuba con su esposa para que no se quedara y provocase un escándalo internacional. De que pasaba hambre y mil trabajos (a los que Carlos Barral se refirió en algún artículo como “patriótico sacrificio de placeres” durante “los años duros del bloqueo”), hay numerosos testimonios, incluyendo las elocuentes cartas a su hermana Eloísa.

¿Por qué no emigró? Alberto Lauro cuenta que tras la muerte de Lezama, mientras “hacía limpieza” en la casa junto con Lourdes Marrero, encontró su pasaporte y unas planillas de la Embajada norteamericana a medio llenar. Ambos decidieron que lo mejor era destruirlas. ¿No habrá sido esta opción de emigrar, instigada por María Luisa, lo que provocó el intento de rehabilitación frustrado por su muerte? No hay manera de saberlo con certeza.

Según José Triana, “en esto de irse o quedarse había un juego en el que ambos [Lezama y María Luisa] se reforzaban. Ella quería irse, pero no se iba sin él. El quería irse, pero tenía miedo de coger un avión con más de 60 años para empezar de nuevo... Al final estaba hastiado, y en una conversación larga que tuvimos una noche me confesó su pesimismo: ‘¿En qué trampa hemos caído, Pepe? ¿Por qué hemos llegado hasta aquí?’”.

Arenas asegura que María Luisa quería que le dieran algún viaje a Lezama para quedarse, pues tenía a casi toda su familia fuera de Cuba y confiaba en que el creciente prestigio internacional del escritor bastaría para mantenerlos. Pero él no quería oír hablar del tema. Cuando salía, cortaba la

¹¹⁸ Como ejemplos, la censura de Vitier por citarlo en un artículo para el *Anuario Martiano*, o el caso de Armando Álvarez Bravo y su libro de poesía *Relaciones*, editado en 1973 por la UNEAC sin el prólogo de Lezama que llevaba originalmente.

conversación diciendo: “Irse a París y quedarse es deprimente, pero regresar es imposible”. Entonces ella, disgustada, se retiraba a su habitación, y Lezama, Arenas y Piñera empezaban a chismear sobre temas locales.

María Luisa, sin embargo, rumiaba su descontento. Al enterarse de que José Triana viajaría a París con Chantal, lo visitó para advertirle: “Ya sé que te vas y no quiero que regreses. Esto que estamos viviendo no merece ningún sacrificio. Que no te hagan a ti lo que le hicieron a Lezama”. “No regreses”, le insistía, dando incluso golpes sobre la mesa. Lezama era, según cuenta Chantal, “más hábil, más dulzón, con esa cosa de la educación católica que perdona, a fin de cuentas. Ella era una cuáquera, sentía ese deseo irrefrenable de poner las cosas en su sitio”.

Con el dólar penalizado en la isla, e incapaz de recaudar directamente sus derechos de autor, Lezama dependía de la buena voluntad de visitantes extranjeros o eventuales viajantes para cobrar o comprar cualquier cosa. Años antes, Cintio Vitier le aseguraba a Cardenal que tanto él como Lezama habían rechazado voluntariamente los pagos de editoriales extranjeras.¹¹⁹ La realidad es que Lezama trató de cobrar a través de intermediarios, no siempre con éxito, aunque se negó (por convicción o por miedo) a publicar sus libros fuera de Cuba si antes no se editaban en la isla.

Tras su muerte, María Luisa se puso a teclear frenéticamente los poemas de *Fragmentos a su imán* (recogidos en una de las libretas que le preparaba Umberto Peña) y el manuscrito inconcluso de *Oppiano Licario*. Entregó copias paralelas a las editoriales Arte y Literatura, en Cuba, y a la mexicana Era, además de enviarle a Eloísa otra copia de todo con una aeromoza. Su intención era que ambos libros aparecieran cuanto antes, pero esta vez el Estado cubano desplegó una insólita velocidad de gestión. En menos de un año, en septiembre de 1977, Arte y Literatura ya tenía impresas las ediciones cubanas de *Fragmentos...* (con prólogo de Vitier, fechado en enero de ese mismo año) y de la inconclusa *Oppiano Licario*, con prólogo de Moreno Fragnals, a quien la noticia de la muerte de Lezama le llegó en México mientras en su maleta el

¹¹⁹ “Cintio rechazó el dinero que una editorial alemana le iba a pagar por derechos de autor. Me cuenta que Lezama Lima también ha rechazado pagos de México, Francia, etc. Cuba no reconoce los derechos de autor. ‘Y está bien que así sea —me dice Cintio—. En una sociedad socialista la propiedad literaria no puede ser privada.’ (Ellos rechazaron el pago voluntariamente, me aclara.)”. Ernesto Cardenal, *En Cuba*, ed. cit., pág. 165.

paquete con las *Obras completas* de Aguilar le “pesaba como un fardo”. Meses después saldrían las ediciones mexicanas de los mismos libros.

Bianchi dice que Lezama jugaba con la idea de usar como epitafio una frase de Flaubert: “Todo perdido, nada perdido”¹²⁰. Esa no fue, sin embargo, la que se escogió finalmente para su tumba, donde aparece un verso del poema “Noche insular, jardines invisibles” que dice: “La mar violeta añora el nacimiento de los dioses,/ porque nacer es aquí una fiesta innombrable”.

La cita ha sido expropiada y deformada muchas veces¹²¹ para convertir a Lezama en una suerte de apóstol nacionalista. Pero, en efecto, no es lo mismo afirmar con católico goce “nacer es aquí una fiesta...”, que modificar el verso para acercarlo a la consigna: “nacer aquí es una fiesta...”. Esta frecuente confusión anuncia lo que sucederá con Lezama en las décadas siguientes: la distorsión de su figura para convertirlo en uno de los santones de la cultura oficial cubana, esa misma que antes lo había repudiado.

¹²⁰ “Me dijo en una ocasión: ‘Si algo he sabido hacer en la vida es aprovechar las posibilidades que se me han presentado. Por eso ahora que la obesidad, el asma, la disnea, los años, me han reducido a esta suerte de inmovilidad y en que –fuera de mi obra– no tengo otra cosa que hacer que seguir en la sala de mi casa esperando la muerte, puedo hacer mía la frase de Flaubert que quisiera fuera mi epitafio: *Todo perdido, nada perdido.*”” Ciro Bianchi Ross, “Recuerdos con Lezama”, en *Casa de las Américas*, n.º 261, oct.-dic. 2010, pág. 119. La frase, por cierto, no es de Flaubert. En su famosa novela *Il giardino dei Finzi Contini*, Giorgio Bassani se la atribuye a Stendhal, escrita en inglés en sus cuadernos: “All lost, nothing lost”; en realidad, el escritor francés la anotó al margen durante su lectura del *Tom Jones* de Fielding.

¹²¹ Como bien precisa Manuel Sosa en “Citar mal”, *Retrato de crítico con espejo roto*, Editorial Hypermedia, Madrid, 2018, pp. 36-42.